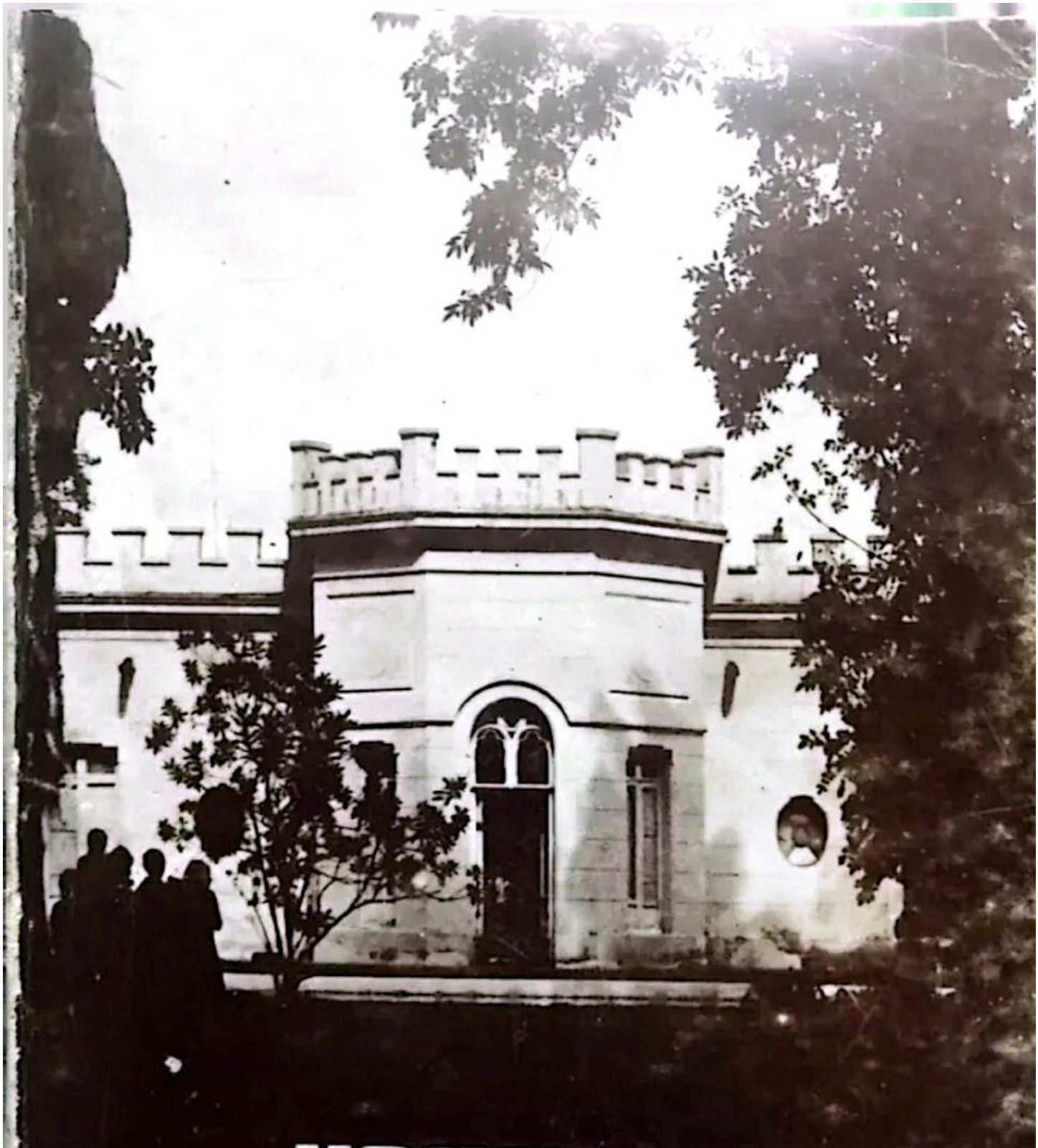


HACIENDAS

Luis Sandoval Godoy

pròlogo: Agustìn Yàñez

cba

HACIENDAS

SERIE EL BUHO

1974. Departamento de Bellas Artes
del Gobierno del Estado.
Jesús García 720. Guadalajara,
Jalisco, México.

Impreso y Hecho en México
Printed and made in México

HACIENDAS

Luis Sandoval Godoy

prólogo: Agustín Yáñez

Ediciones del Departamento de Bellas Artes.

P O R T O N

Y PATIO DE INGRESO A VIEJAS HACIENDAS

Por Agustín Yáñez.

Conocí en edad mayor, arruinados, deshechos, los viejos cascos de haciendas.

Las rutas anuales de niñez y pubertad, a lomo de burro, en compañía de mi madre, a busca del abuelo, cruzaban la barranca de Arcediano, el puente colgante del río Santiago; acometían los temidos desfiladeros de Peña Prieta, el acceso provisorio a San Marcelo, a cejas de La Huiguera e Ixtlahuacán —penoso, interminable— con mesones ominosos, con siniestros pasajes boscosos —robledales, encinos— de asaltos y robos, de cruces mortuarias, de sigilosos ruidos a la madrugada: Mascua y Agua Rica, Cocinas y Contla; y se internaban en la Caxcana, de rancho a rancho.

Sólo cerca de Cuquío, los arrieros, de lejos, apuntaban haciendas: edificaciones extensas; pero al fin, ranchos grandes: inmediaciones de El Consuelo —ah, qué sabroso, inolvidable jocoqui; qué sápidas tortillas, al paso matutino— y San Gabriel, y la Jarrilla, ranchos grandes, entrevistos al paso lento de burros, entre cantos, dichos y ocurrencias de arrieros, maestros decisivos de párvula sensibilidad.

No, ni la Caxcana, ni los Altos de Jalisco —cauce y desfiladeros del río Verde por medio— nunca fueron marcas feudales, acaparamientos monstruosos del agro. Dentro de limitadas proporciones, los propietarios acomodados empleaban algunos peones no acasillados, mas apoyaban el cultivo de sus tierras en aparceros, medieros. Nunca se sabía de tormentos, de tiendas de raya, ni de otros abusos distintos del agio, derivado de urgencias familiares o de malas cosechas, por malas lluvias, que comprometían el habilitamiento de semillas, yuntas, enseres y otros anticipos, bajo el sacrosanto, inviolable régimen de la palabra dada, todo lo cual confiere característico sentido de dignidad personal, consignado en los tipos que animan la novela *Tierras flacas.*

Ni siquiera conocí, sino al paso del tren o algún día, en gozosa caminata escolar, a pie —relatada en *Flor de juegos antiguos*—, San José del Castillo: El Castillo, a secas, hacienda proverbial de los Gutiérrez Hermosillo; mayorazgo, el poeta entrañable Alfonso; entrevistas, al paso, las arcadas de sus corredores.

Ah, sí, en esas excursiones dirigidas por nuestro maestro, hacia los tiempos de pastorales, fuimos huéspedes —a montón— en las haciendas de Zapotlanejo y Miraflores, a donde llegamos por el Santiago, desde la estación Capilla,

pasajeros de Chalupas atiborradas con curiosidades y alegrías infantiles: haciendas de ausentistas, eran ya pueblos, cuyos vecinos alcanzaban mantenencia independiente.

El plan de retratar la vida mexicana sobre sus múltiples ángulos; mas a la vez ahondar lo universal donde se den circunstancias de geografía y tiempos semejantes, halla tema toral en la tenencia de la tierra, bajo especie de relatos, proyectados en tríptico: 1 —las tierras de nadie, tierras de conquista, en la exhuberancia costeña; 2— la propiedad atomizada en rancho, en tierras de altiplano, erosionadas, incomunicadas (uno y otro asuntos realizados en *La tierra pródiga* y *Las tierras flacas);* 3— el régimen ejidal, novela en proceso con el título de *Cornelio Luna,* cuyo desarrollo ha sido descrito en estos términos: "me propongo retratar, en contrapunto, la vida de las haciendas antiguas y los problemas del reparto agrario, designio fundamental de la Revolución. La geografía elegida, cerca de río poderoso, pródigo, ponderará los extremos de la exuberancia costeña y la erosión altiplana". *(Perseverancia final,* Memoria de El Colegio Nacional, t.VI, núms. 2—3, México 1967—68).

A propósito de reunir materiales para la obra, vine recortando los artículos periodísticos en que Luis Sandoval Godoy recoge impresiones de presencia en las grandes haciendas jaliscienses, cuya fortaleza física resiste aún, ciertamente dañada, los reveses del tiempo y de la incuria: fincas imponentes en la cuenca de Chapala, en el valle de Ameca, en el sur del Estado.

Un buen día recibo inesperado libro: *Pueblos,* de Sandoval Godoy, quien al conferir vivencias de nobles villas viejas: Nochistlán, transeúnte capital épica de Nueva Galicia; Bolaños, imperial emporio minero, cita páginas,

pasajes míos arqueológicos, donde quise fijar, en palabras, las resonancias de ávida mocedad peregrina: evocaciones entrañables reunidas en los pliegos impresos de un libro nonato: *Por tierras de Nueva Galicia*, inconcluso, que yace sepulto en cajones. *Pueblos*, de Sandoval Godoy, ha replanteado la nostalgia: ¿cuándo, cuándo al fin esas amarillentas hojas tomarán cuerpo, encuadernadas, tal cual están, para ser distribuidas en comunión amistosa? ¿Cuándo será ese cuándo? Han pasado cuarenta y cinco años de aquellas andanzas, de aquellas imágenes, alguno de cuyos agrupamientos tiene por título *kodak emocional.*

Las líneas que agradecían el envío y lo comentaban, propusieron congregar las estampas de *haciendas* en armónico volumen. Respuesta: no sólo están en la imprenta los originales de la composición, sino términos irresistibles —en los que fueron reconocidos ensueños y sueños, ambiciones ilimitadas de naciente vocación literaria en la clausura fosca de la provincia — vencieron habitual renuencia para presentar autores y libros, trabajo innecesario, pues como decía el patriarca de la cultura jalisciense moderna, Ixca Farías —"si tu mal tiene remedio, para qué te apuras, y si no lo tiene, tampoco".

Afortunadamente, la obra de Sandoval Godoy goza de buena salud. Su ímpetu narrativo, su espíritu de observación fincado en lo mínimo de cosas y sujetos —ah, maestro Azorín— y su prosa asidua le deparan largos, anchos caminos y campos a conquistar.

En el portón se agolpa la peonada y se le juntan varilleros, mendincantes, a la espera de pagos o dones que les podrán cicatear . . .

En el patio interno, aglomeración de bestias: caballos, mulas, burros; ensillados, aparejados, a pelo; rumian, espantan moscas, cuellos y cabeza hacia el suelo, en espera de destinos . . .

A distancia, una memoria, una sensibilidad contempla, reconstruye fábulas de pasada grandeza, esplendores, cortesanías, jácaras, derroches. Acompasan visiones, las de Luis Sandoval Godoy, cronista del abandono, del silencio reinantes, otro día escenario de faenas fatigosas y de vida regalada, rota por la Revolución.

Gracias, amigo Luis, virgilio en la marcha por el purgatorio —ejemplar purgatorio de ríos caudales, aun con luces de paraíso— que son estas viejas haciendas: estropeadas murralladas, magníficas iglesias —torres, cúpulas, portadas, esculturas en profusión, retablos impresionantes—, residencias en que acumula polvo el tiempo, sobre muebles y retratos.

En los contornos, el ejido, los campos, el verdor, los hombres, los pájaros eternos, en incesante procreación.

San Lorenzo Acopilco, en otoño, 1973.

LA ESTANZUELA

Un sabor de ceniza se nos ha adherido tercamente al paladar. Veníamos caminando por estos rumbos; contemplamos cómo la tierra quedó desnuda otra vez y cómo se entristece el horizonte en el gris apagado de su soledad.

Vemos todo eso y un sabor de ceniza nos angustia interiormente. Lo que fue una hoguera enrojecida, lo que ardió en viva llama de fiesta y de alegría; el juego del fuego en su misterio de vida . . . todo ha venido a dar a esta ceniza negra y amarga como la muerte.

Que todo se acaba, que la ley de la vida es la ley de la muerte; que todo viene a dar en este reposo de cenizas que no son sino una acusación dolorosa de nuestra inevitable derrota.

La tierra ha vuelto a su silencio, un silencio imponente que lo cubre todo y que no se despierta ya ni con el vuelo negro de los tordos que aletean en vano por entre las sementeras cosechadas.

Así caminábamos por el rumbo de Etzatlán o de San Marcos, pero no llegamos hasta allá, porque antes, a la izquierda, nos atrajo el perfil siniestro de unas ruinas que se dibujaban en la luz desvaída de aquella tarde, antes de llegar a Teuchitlán.

Y torcimos el rumbo ya anticipándonos la visión desoladora de un montón pavoroso de escombros.

Penetramos por entre callecitas de tierra y corraleras de piedra y hierbas secas, como quien llega a un lugar prohibido, como quien invade un sitio vedado, como quien va a profanar la trágica quietud de un camposanto.

Todavía un pórtico majestuoso, el último vestigio de un pasado. Sobre el ático encalado, el relieve de unas letras que indican el nombre que esto llevó: Hacienda de La Estanzuela.

Nada más eso quedó en pie. Alrededor se extiende en podredumbre, el conjunto de ruinas más impresionante. Escondrijos ahumados, montones de ladrillos, restos de lo que fue una soberbia construcción, pasadizos y celdas oscuras como cárceles medioevales.

Hemos ido avanzando más y más por entre aquellos deshechos, como quien avanza por entre un mundo de carroña, como si en esos muros que se mantienen de pie estuviera atestiguándose viva la maldad que redujo todo esto a tan lamentable estado.

Al fondo encontramos una sala de dimensiones increíblemente enormes.

Es un juego de bóvedas oscuras y ahumadas que se

unen y combinan para formar aquel galerón inmenso como de una basílica romana, sino fuera por lo bajo y achaparrado de las mismas bóvedas.

Quisimos acercarnos y entrar en aquella imponente cavidad donde no pueden vivir sino los murciélagos. Y nos detuvimos atemorizados por un lamento apagado que venía desde aquella oscuridad; era como un sisear casi imperceptible y en otras ocasiones como un resuello agitado y convulso que terminaba siempre en un ay adolorido.

Nosotros no creemos en espantos; nunca hemos podido aceptar una manifestación preternatural de esta índole, y sin embargo, en aquel momento, algo nos hizo flaquear.

De entre aquellas sombras salió de pronto una señora que adivinó sin duda alguna nuestro espanto, y tratando de explicar las cosas nos dijo que los gemidos aquellos provenían de un señor enfermo; que el subterráneo aquel está compartido en varias viviendas y que en una de éstas vive aquel hombre.

La misma señora quiso desde aquel momento darnos todas las explicaciones que nosotros le pedimos. No muchos datos sólidos en realidad, sino más bien la queja de ver que todo aquello se está acabando y de saber que muy pronto no van a poder vivir aquí quienes se apoderaron de estas ruinas.

Nos muestra otro enorme galerón con techo de bóveda, también cuarteada y a punto de desplomarse. Dice la señora que no hace mucho se incendió esto por la malevolencia y venganza de alguien que prendió fuego al rastrojo almacenado allí. Se estremecieron los muros al empuje del

fuego y tronaron las bóvedas en cuarteaduras impresionantes.

Allí está otro patio enorme, que correspondió también a otra sala en los buenos tiempos de la hacienda. Todavía aquí vienen de vez en cuando unos titiriteros y aprovechan el corralón para funciones nocturnas que se alumbran con mechones de ocote o de petróleo.

Nos explica esta señora que el presidente de la comunidad, con acuerdo de todos los miembros, autoriza el usufructo de los recovecos que quedan todavía como cubículos dantescos de un purgatorio vivo.

Y se duele del espíritu de ventaja y avorazamiento de la gente. Destruyen, desbaratan, tumban, aprovechan cada uno lo que mejor encuentra: un trozo de madera, una puerta, unos bloques de cantera. A veces ni siquiera tienen utilidad de aquello que destruyen; es sólo el afán de destruir por destruir.

Y como en realidad nadie se siente dueño legal de nada, como estas casas aparecieron un día a merced de todos y a nadie costaron nada, todo está expuesto así a lo que la incuria y el salvajismo anónimo del vecindario quiere hacer en aquellas edificaciones.

Más espoleados por el espectáculo deprimente que tenemos a la vista y lo que esta señora nos dice acerca de la irresponsabilidad con que cada día se sigue destruyendo, le pedimos nos guíe hacia una persona que tenga algunos antecedentes históricos más concretos, fechas, nombres de los dueños antiguos, peripecias históricas.

Somos llevados a otras dependencias de la hacienda, lo

que fue propiamente la casa de los hacendados. También estas ruinas son poseídas por miembros de la comunidad agraria que se sirven de ellas a mejor poder.

Es un tendejón de muros altísimos y techos de hojalata, colocados después del incendio de esto. Casilleros improvisados de madera: refrescos, dulces, pan, prendedores, sombreros y toda esa pintoresca variedad de la más disímbola mercancía, olor penetrante de petróleo y panocha, que conocemos en los tendajones del pueblo.

El dueño es un señor gordo, de una pálida adiposidad que remueve y agita trabajosamente en los soplos del asma. Se sale del mostrador y se olvida de la clientela para ponerse a platicar a sus anchas. Resuella con fatiga y tiene que hacer espaciadas pausas, pero luego sigue y renueva una vez y otra el hilo de sus recuerdos.

Habla de los dueños antiguos de la hacienda y menciona a don Manuel Rivas, después a un hermano de éste, don Jesús Rivas. El último dueño fue don Guillermo Collignón.

Pero asegura y trae el testimonio de su señor padre, que todo esto perteneció a don Hilarión Romero Gil, un nombre orlado con aires de leyenda que pronuncian por estos rumbos con manifiesta devoción . . . la riqueza increíble de don Hilarión y también su increíble generosidad . . . La influencia de este señor en toda la región y el respeto y la consideración que le guardaban las más altas autoridades.

Nos dice el tendero que cuando pasaba por aquí la "cordada" conduciendo a algún preso de Ahualulco, de Etzatlán, sabían los familiares de aquel miserable que una palabra de don Hilarión podía destejer definitivamente los

pasos de la justicia. Y venían las esposas, las madres, a suplicarle al hacendado que intercediera en aquel trance.

Nunca decía que no, don Hilarión, y se salía al camino, a la sombra del mezquite aquel que nos señala todavía el hombre de las cansadas añoranzas; ya se tenía más o menos calculada la hora en que pasaban por aquí las cuerdas de presos. Se ponía don Hilarión al paso de aquellos hombres y levantaba nada más una mano. Se detenía la comitiva. Hablaba unas cuantas palabras con el jefe de la escolta y eso era todo. El preso era liberado de las gruesas ataduras que le sujetaban las manos por detrás y era entregado al hacendado quien se preocupaba él mismo por dar trabajo a aquel sujeto y por estar al tanto de su reivindicación.

Nuestro amigo tendero ha hecho una larga pausa. El relato le ha emocionado y tiene que tomar un punto de sosiego; apenas unos instantes porque luego quiere declararnos con vehemencia: la verdad, aquellos tiempos fueron muy diferentes a estos. Le voy más a aquellos tiempos que a estos.

Luego ha traído la conversación a la época tan difícil de la Revolución. Según asegura, estos llanos y estos pequeños montecillos que rodean la hacienda, fueron escenario de los encuentros mas rudos entre las diversas facciones que encabezaron los históricos bandos.

Habla del Gral. Diéguez, de Julián Medina, de Lucio Blanco, y describe las maniobras y escaramuzas, las luchas violentas y las huídas desesperadas de unos o de otros.

Dos imágenes en lo particular se han grabado profundamente en el recuerdo de nuestro amigo: una se refiere al rítmico sonar del tamborcillo de los indios yaquis que par-

ticiparon en las contiendas . . . Un monótono, aburrido, cansado e incansable sonar de aquel tamborcillo mientras pasaban los hombres de facciones temibles, fiereza y salvajismo que hacían a los pobres vecinos temblar de miedo.

Aparte de esta imagen auditiva, otra que se refiere especialmente a la fetidez que se respiraba por aquellos días. Uno no se imagina cómo pudo mancharse el aire limpio y azul de aquellos lugares con la corrupción de tantas reses muertas que nos dice este señor, abundaban por todos lados.

Con la frescura más irresponsable del mundo, aquellos revolucionarios echaban mano de una vaca, de un buey, del animal que primero se encontraban y lo degollaban para proveer su alimentación. Comían sólo las partes mejores de la res y lo demás lo dejaban allí mismo mientras se les ocurría destazar otro animal. A los pocos días, a las semanas, aquello se volvía un aire nauseabundo imposible de ser tolerado.

Veían aparecer a los federales o a las tropas de cualquiera otro de los cabecillas en lucha y corrían todos los pacíficos vecinos a esconderse. Pero no los dejaban, iban los soldados tras de ellos asegurándoles que no les iba a pasar nada, que sólo querían que les dieran de comer. Y ahí están las mujeres moliendo a metate día y noche para hacer tortillas y ofrecer lo mejor que podían a aquellos hombres.

Fue una lástima contemplar cómo después de aquellas luchas, las calles quedaron destruídas, la fábrica donde se claboraba alcohol de muy buena calidad, mezcal, panocha, azúcar, etc., arrasada casi en su totalidad. Los cañaverales

incendiados, las caballadas perdidas, las reses extinguidas.

No había trabajo para nadie y sí mucha necesidad y pobreza; luego vinieron epidemias y la gente trató de buscar otros lugares donde vivir.

El señor que nos refiere todo este trágico final se ha quedado viéndonos fijamente. Estamos seguros que no podría por el momento, pronunciar otra palabra: tal esfuerzo ha hecho que le ha dejado el paladar reseco a causa de este aire que ha tenido que inspirar repetidas veces con un cansancio del que no puede reponerse tan pronto como él quisiera.

Nos hemos despedido y hemos vuelto a pasar por entre esos montones de escombro; esa ceniza maldita que nos hirió tan profundamente, esa visión fatal de las cosas que vinieron a su exterminio más doloroso, porque el encono, la falsedad y el abuso, no podían engendrar otra cosa que ese montón de cenizas muertas condenadas a una irremediable esterilidad.

El sol a plomo iluminaba más tétricamente aquellas ruinas. Y no había otro alivio que el fatídico graznar de unos cuervos a distancia . . . Encima de todo un cielo azul, promesa y esperanza de lo eterno, sobre la ruindad de nuestra amarga condición.

USMAJAC

Y luego salió el sol. Fue un aguacero repentino que oscureció por un tiempo la línea verde de los cerros. Las callecitas se llenaron de charcos de agua. Un hombre a caballo pasó golpeando los espejos de agua.

Todo transcurrió en un instante. Siguió la lluvia por la cañada de cerros y salió el sol.

Uno podía quedarse toda la vida admirando la inocencia de aquel sol. Su luz casi blanca, su transparencia, su levedad. Qué extraña aquella luz.

Brincaba la luz en los charcos de las calles, en las corrientes que bajaban de los cerros, en el gotear fúlgido que quedó sonando todavía un buen rato de los canales y tejados de este pueblo.

Todas estas circunstancias nos dan de Usmajac una visión húmeda.

Cada pueblo, cada lugar, tiene sus características propias, las líneas que conforman su personalidad. Pero viene por otro lado nuestra visión subjetiva, lo que hace que bajo tales o cuales incidentes lleguemos a conservar de aquel lugar una imagen particularmente nuestra.

Nos decía el sacerdote de este pueblo:

—No me digan que tienen un interés muy grande por conocer algunos aspectos de Usmajac. La cosa no es tan simple como ustedes la exponen . . . Algún motivo muy especial los trajo aquí.

Y se asombraba y no volvía en sí de su asombro de vernos en el viejo pueblo . . .

—¿Pero quién sabe nada de Usmajac? Este es un pueblo arrumbado. La gente se queda en ayunas cuando uno dice el nombre de Usmajac. Hablen, pregunten, hagan una prueba . . . Encontrarán con que nadie sabe siquiera que exista un lugar que se llama así . . .

Alcanzábamos a divisar en la lejanía de los cerros la bruma con que el aguacero iban empañando el verdor florecido del campo. En algunas partes, la transparencia del sol dejaba casi contar las hebras de agua, ya hebras de luz que entretejían el cielo con la tierra.

Con el sol salieron también las golondrinas. Las ciudades no conocen el alboroto risueño de las golondrinas.

Es muy curiosa la geometría angulosa de estos pajaritos errantes que vienen por este tiempo y toman posesión de la tranquilidad de nuestros pueblos, por cuyas calles

rondan casi al ras del suelo, dejando el jugueteo cristalino de su canto.

Usmajac, Usmajac . . . En realidad, nosotros conocíamos el nombre desde hace mucho tiempo. Ya habíamos tratado de conocer este pueblo.

Y lo curioso fue que vinimos a dar a él casi por suerte. Ciertamente sin proponérnoslo.

Una lluvia inesperada nos cogió cuando salíamos de Sayula rumbo a Zapotlán. Habían anunciado la proximidad de un ciclón que venía sobre estos rumbos con furia devastadora.

El aguacero arreciaba y nosotros dudábamos: acaso fuera mejor volver riendas y posponer el viaje.

Un rayo de sol se abrió entre las nubes para iluminar las arboledas que quedaban a mano izquierda en medio de las cuales apuntaba una torre roja. Nos extrañó aquella fantástica visión. En realidad nunca habíamos caído en la cuenta de una torre así a la mitad de aquel camino.

Avanzamos apenas un par de kilómetros y llegamos a Usmajac cuando la lluvia alzaba sus faldas y dejaba al pueblo en la desnuda inocencia de un sol casi blanco.

Había un aire nuevo en las calles, después de la tormenta.

Brincando charcos, librando la corriente, esquivando el último gotear de las canales, fuimos a buscar la conversación de dos señores, envueltos en solemnes frazadas de lana negra que encontramos a un lado de la plaza.

Estaban optimistas: lluvias abundantes, buenas labores, excelentes cosechas. Nada dice tanto al campesino como el desarrollo normal de las lluvias en esta temporada.

—Ya verá que tenemos unas milpas de lo más lindo. Tanto que se tardó el temporal, pero ahora sí podemos esperar sin jiérrele una buena cosecha.

Y tendían los ojos extasiándose de aquella luz que temblaba en los milpares lejanos. La lluvia había puesto gotitas de agua en los tiernos listones de las plantas.

—Aquí tenemos dos calidades de terrenos: unos muy húmedos que casi no necesitan agua del cielo. Ahí están muy adelantadas las labores. En otras partes apenas andan ahora asegundando. Van retrasadas estas siembras; chanza que aquí casi no pega el frío . . .

Nos dicen que esta zona es más bien de tierra caliente; que se cultivan aquí con mucho rendimiento el maíz, el sorgo, la sandía, casi todo lo que se les ocurre sembrar.

Y nos traen sus recuerdos, sus inquietudes, sus gustos:

—Ora, tú, Lauro, cuéntale al señor de tus meros moles.

Don Lauro remueve comezones de pudor dentro de la cobija. Se sonríe malicioso y vuelve a esconder la cara.

Nos cuenta luego de muchas reticencias que él es un amantísimo bebedor; que no sabe qué haría él si le faltara un trago de tequila. No que se descompase, no . . .

—Pero, oiga, hasta Nuestro Señor, cuando vino al mundo, qué lindo vino . . .

Acepta su debilidad pero quiere hacernos notar que con todo eso es muy trabajador; qué esperanzas que rehuya a las más agobiadoras tareas del campo. Recio y fuerte, dedica toda su energía al trabajo, sólo que busca siempre el estímulo ese, ni modo de negarlo . . .

Y ya por el camino de la sinceridad y de las confidencias, se pone a hacer memoria de sus años de juventud, allá cuando anduvo peleando en el ejército carrancista.

—Si le contara todas las historias de aquel tiempo. Aquello fue duro, no crea que andábamos jugando; pero sucede que hasta el miedo llegaba uno a perder.

Ahora nos ha ofrecido don Lauro un cigarro. Aquellos recuerdos necesitan del humillo éste. Saca una mano por debajo de la cobija y aprieta con emocionada intensidad el cigarro que deja ir por la luz llovida de esta tarde, una columna azul.

—Anduve peleando contra Pancho Villa. Yo lo vide a él pasar por esta misma calle: era un viejote bigotón, bien dado él. Una parte de su gente entró por aquí y otra por aquel lado del cerro. Y allá, por la loma del Ingenio fue el agarre.

Uno con otro se refuerzan estos señores en el recuerdo de aquella lucha. Dicen que el combate duró 24 horas; que fue de lo más reñido, que no estemos creyendo que sonaba una bala aquí y otra allá, no, fue un ronquido parejo el que hacían los disparos cerrados de aquellos soldados, los de Carranza y los de Pancho Villa.

—Bueno, le voy a decir una cosa: el gobierno de

Carranza es el mismo que tenemos ahora. Yo nunca me he salido de la línea. Villa fue traicionero, se voltió contra Carranza porque quería ser presidente y en las volteretas de aquel tiempo fue a dar al lado contrario.

Después del combate quedó aquella loma, todos los llanos de la Hacienda de Amatitlán, cubiertos de cadáveres. Dicen que ni siquiera pudo tenerse el dato cierto sobre el número de las víctimas que resultaron de cada lado.

Desde aquí alcanzamos a ver el cerrillo aquel en el extremo de la calle larga de Usmajac. Sobre él se levantan las ruinas de la importante Hacienda.

El azul limpio del cielo, después del cortinaje de nubes que desgarró el sol, pone un fondo luminoso al histórico cerrito.

La luz tan blanda de este atardecer, matiza amorosamente la configuración de aquel sitio.

Y las golondrinas que no descansan en su ronda vesperal, van dejando en las calles un reguero como de risas de muchachas que se cuentan cosas alegres.

A don Lauro le ha llegado una súbita preocupación: qué tanto interés tenemos en conocer detalles de su actuación revolucionaria. A lo mejor somos gente del gobierno, o unos espías, o alguien, alguien que anda investigando con quien sabe qué propósitos . . .

Se envolvió en su cobija hasta los ojos y no fue posible obtener ya sino monosílabos entrecortados.

Los dos señores empezaron a vernos con desconfianza.

Su mirada no tenía ya la sinceridad amistosa. Aún alcanzamos a sentir una cierta hostilidad.

De la llaneza con que habían abierto los recovecos más lejanos de su memoria, vinimos a este mutismo huraño que nos llevó a darles las gracias por sus atenciones y luego, en recurso que podía inspirarles confianza, les dijimos que íbamos a visitar en seguida al sacerdote del pueblo para pedirle que nos completara una información general sobre tales y cuales particularidades de Usmajac.

El P. Contreras, con 17 años de ejercer su ministerio sacerdotal en este pueblo, dice que no se explica el por qué a últimas fechas ha despertado tanto interés el pueblo de Usmajac.

Y nos refiere que varias personas han estado aquí en busca de datos, referencias históricas, descripción de costumbres, tradiciones y todo eso.

El piensa que Usmajac ha progresado mucho. En los años que lleva aquí ha promovido diferentes obras, como el jardín, las bancas, el kiosko, el portal y graderío que lleva a la iglesia, el servicio público de agua.

Toda esta actividad, el trato constante con la gente, lo ha identificado medularmente a la vida y la historia de Usmajac.

De las noticias más antiguas que de aquí ha podido obtener, nos da el dato de su conformación geológica, dato que corresponde cabalmente a su nombre que quiere decir cuevas de arena o mantos de arena . . . Eso es Usmajac.

En efecto, su ubicación a bordo de playa en lo que fue

por toda esta planicie la Laguna de Sayula, explica ese migajón grueso de arena blanca y pura sobre el que se asienta Usmajac.

Las caudalosas avenidas de agua que bajan de los cerros hasta la llanada, han arrastrado mucha tierra y han cubierto los arenales, disponiendo de esta manera las mejores condiciones para la agricultura actual.

Se sabe que el pueblo original fue un núcleo indígena que mencionan los historiadores como Amatitlán, que quiere decir lugar de los amates, esas frutitas negras de un sabor agridulce que tienen alguna semejanza exterior con el capulín.

Sobrevino allá en tiempos de la conquista una terrible epidemia sobre Amatitlán. Los que amanecían con vida no anochecían. Cayó aquella peste como una maldición y el pueblo se quedó vacío, las casas abiertas, cadáveres insepultos y unos perros aullando a la luna el terror espantoso de aquellos días.

Sólo unos contados vecinos sobrevivieron al infortunio de la epidemia. En carrera despavorida huyeron del sitio maldito, llevándose consigo una imagen de María y un Cristo que les habían dejado los misioneros.

Buscaban abrigo, un sitio donde sentarse a vivir el recuerdo de sus deudos muertos y encontraron este lugar donde sin duda alguna había ya algunas chozas diseminadas.

Aquí se quedaron. Así tomó forma y ganó importancia el núcleo de vecinos que conformó desde los años de la Conquista, este pueblo de Usmajac.

Ya consolidada la población, fue doctrina o centro de evangelización de los padres del Convento de Sayula que siguieron inculcando el amor y la devoción a aquellas imágenes de Cristo y de María que todavía conserva Usmajac con legítimo orgullo.

La imagen de María corresponde a la advocación de La Natividad y tiene festejos muy rumbosos para el 8 de Septiembre. La imagen de Cristo en la cruz, está en la sacristía, nos dice el P. Contreras, y también recibe cultos muy fervorosos. Comúnmente se conoce a estas imágenes como la Virgen de Amatitlán y como el Señor de Amatitlán.

En lo que se refiere a las condiciones de vida que prevalecen aquí, puede decirse que son desahogadas en lo económico, dignas en lo moral y ya ahora se vive un afán meritorio por acrecentar los niveles de instrucción.

No falta el trabajo; las tierras son fértiles; las lluvias han venido ahora en pródiga abundancia.

Y ya ondean allá los milpales, poniendo un bullicio de fiesta a la luz llovida de este sol.

Un sol desteñido que ilumina las distancias verdecidas, se descompone en chispas o violentos reflejos, cuando golpea un tejado donde todavía está estilando el agua o va a asomarse a alguno de los charcos que quedaron a media calle.

Fue un aguacero repentino. Nadie creía que lo comenzó con tanto estruendo, fuera desvanecerse en este blando sol.

Y las golondrinas de Usmajac.

Y su torre nueva pintada de rojo, que es como un llamado a los viajeros que pasan por la carretera, o como un grito de vida entre el verde oleaje de los sembradíos.

Tenemos que regresar porque de aquel lado de la sierra, por Tapalpa, se está levantando una muralla de nubes. Se ahogará este sol en la tempestad que se anuncia.

EL CARMEN

—Es mejor que esperen; don Máximo es muy delicado. Le puede parecer mal que entren sin su permiso.

Un cielo azul irradiaba pureza. Todavía el verde triste de los cerros y los sembradíos meciendo el fruto de la estación.

Por aquellos vientos de Etzatlán habíamos caminado hasta torcer a la terracería que lleva a la Hacienda de El Carmen. No más de cuatro kilómetros de brincar por los hoyancos que dejó el temporal y estuvimos frente al cancel de la majestuosa edificación.

—No va a tardarse don Máximo. Sólo el puede darles permiso de pasar. No le gusta que se hagan las cosas sin su consentimiento.

Al alcance de la vista se tendía la planicie quemada en los primeros fríos; y al fondo el cerco de montañas que limitan el valle.

Todo lo que alcanzábamos a divisar se componía de sembradíos en sazón. Advertimos que no se cultiva ya el maíz, ni siquiera la caña que se ha generalizado ya en estos rumbos, sino precisamente el milo-maíz.

Un polvo de ceniza lo envuelve todo. El verde esmeralda de otros días convertido en ceniza. Lo que antes fue, lo que antes se había amado, lo que iluminó el paisaje en fiesta de vida, hoy parece nada más un reguero de cenizas muertas. La ceniza amarga de unos recuerdos.

Eso pensamos nosotros pero no la banda de pájaros que rondan por el aire azul de este día. Van y vienen de un lado para otro en parvada ruidosa.

Dicen que estos pájaros representan mermas de mucha consideración en las cosechas del milo. Donde llegan a detenerse limpian las espigas del rollizo grano.

Y hay unos hombres que trabajan en eso, en espantar los pájaros. Se pasan el día por las orillas de los barbechos, recorriéndolos de una parte a otra, asustando a gritos a los pájaros. Les llaman por este oficio, "pajareros".

Cuando nosotros pasamos por en medio de unos sembradíos estaba un grupo de "pajareros" sesteando perezosamente a la sombra de unos mezquites. Era casi la hora del mediodía, tiempo en que también los pájaros buscan alivio de los árboles.

Parecía que don Máximo no iba a llegar nunca y nos fuimos caminando por una de las callecitas que forman el pueblo en las afueras de la hacienda. Nos detuvimos en una casa de aspecto tan humilde como son casi todas las viviendas del lugar.

Aquí vive don Nacho, un anciano que cuenta muchas cosas de los tiempos viejos de la Hacienda. Su conversación es interesante y divertida.

Apenas una cocina de apariencia sórdida, humada y oscura. Nos sacaron unas sillas de tule al patio y ahí nos sentamos a platicar. Hacíamos rueda a una olla de pozole que estaba cociéndose en el patio, a la sombra de un árbol enorme. La esposa de don Nacho iba y venía de la cocina y cuchareaba y nos presumía disimuladamente los trozos de carne que hervían dentro de la olla.

Ha comenzado este anciano de ojos maliciosos y conversación vivaz a hacernos una enumeración de los dueños sucesivos que ha tenido El Carmen.

Menciona por allá, en los tiempos más antiguos, a un tal Florentino Cuervo, cuyo nombre se acuerda haber escuchado en su infancia. Luego la adquirió don Gilberto Gómez; vino después don Luis Corcuera, de quien adquirió todo esto, en seguida un señor Abelardo Buenrostro. Después compró un español de nombre Manuel González, que vendió a unos hermanos de nombre Adrián y Epigmenio, hasta que llegó así al poseedor actual.

Parece curioso realmente el cambio de dueños sucesivos que registra la historia de esta hacienda. Don Nacho dice que parece que esto no ha sabido administrarse y que en general se ha tenido aquí mucha dureza con los trabajadores.

Reconoce, sin embargo, que don Abelardo fue un hombre muy caritativo con la gente, pero que tuvo que malbaratar todo y marcharse de aquí porque un hijo suyo mató a un cristiano y esto le trajo grandes dificultades.

También don Manuel el español era bueno con la gente, pero su bondad era tal que nadie lo respetaba ni obedecía como era debido. De los dueños actuales no tiene sino frases de agradecimiento y de estimación por la calidad de su trato y de servicio hacia todos los necesitados.

En su época más antigua esta hacienda tuvo una importancia y poderío como en ninguna otra pudo verse. Bajo un mismo dueño se comprendían las haciendas de la Estancia de Ayones, el Zapote y Huescalapa.

Don Nacho vivió en esta última y dice que el florecimiento agrícola de Huescalapa sobrepasaba a todas las demás. Le dieron el oficio de peón de estribo del administrador, y como tal, debía tenerle listo el caballo a su amo, ponerle las espuelas y andar tras de él para todo lo que se le ofreciera.

Nada más para demostrar la riqueza de Huescalapa dice que llegaban a 45,000 hectólitros de maíz los que se recogían para parte de los medieros; que las ordeñas se componían de 600 vacas y las había en La Cofradía, en Atenquique, en Las Canoas y en Los Mazos, todos de la comprensión de Huescalapa.

Y todavía más, que cuando aquella hacienda tuvo que someterse al nuevo orden agrario, el maestro carpintero que se encargaba de tener en servicio las carretas, pudo regresarse a su casa dueño de 450 reses; que el último de los peones era poseedor de un mínimo de 10 vacas.

Eso en Huescalapa, porque en el Carmen las condiciones de los trabajadores eran muy difíciles. Tres hectólitros recibían de habilitación, por yunta y ni un grano más. Luego, el maíz y el frijol que recibían para semilla, era

bañado en petróleo para que no se lo fueran a comer. Si alguien tenía su labor a mayor distancia y quería hacer el camino subiéndose a alguna de las carretas que venían por el rumbo . . . pues no señor, había orden de que ninguno de los peones caminara en las carretas para no fatigar a los bueyes.

Que un trago de leche, un puño de maíz, alguna ayuda especial; ni esperanzas de nada, cuando en Huescalapa se repartían diariamente 40 litros de leche a los pobres, a los enfermos y a los viejitos.

Dice don Nacho que no se puede culpar a los patrones de esta tirantez; que ellos en realidad no se daban cuenta de las cosas, todo se debía al exagerado celo de administradores y mayordomos que así pensaban que debían obrar.

Quien sabe si ese sordo descontento que había en la peonada, esa insatisfacción que llevaban todos consigo, haya sido la causa de que ninguno de los dueños que fue teniendo la hacienda, la haya podido levantar.

Don Nacho entrecierra los ojos en una expresión de cansancio, o como si quisiera apurar el recuerdo de aquel mundo, de las lejanías que en el tiempo quiere revivir aquí.

También la esposa de don Nacho quiere revivir el fuego de leños ennegrecidos, cuyo humo se levanta liviano y azul y se desparrama en la nada. Quien sabe cuánto vaya a tardarse todavía el pozole de aquella enorme olla, para su cocimiento.

Mucho se había tardado también don Máximo, el señor que cuida la casona de la Hacienda y era tiempo de volver a ver si nos permitía ya conocer el interior del edificio.

Nos despedimos de don Nacho y él quiso acompañarnos un buen tramo. Que había platicado muy a gusto con nosotros; que éramos personas muy agradables; que le habíamos hecho acordarse de los días de su juventud. Todo eso nos dijo don Nacho y nos invitó para un determinado día: iba a hacer una birria y quería tener el gusto de que lo acompañáramos . . .

El sol iba llegando a medio cielo. Ni viento, ni nubes, ni pájaros, ni nada. Un sopor aletargado adormecía el aire de esta hora otoñal. Un hombre a caballo pasó haciendo sonar como cascabeles, la música de sus espuelas.

Que no, que don Máximo no regresaba aún. Algo debió hacerlo demorarse en el potrero; nunca se tarda tanto.

Nosotros no quisimos contener nuestra habitual paciencia y con un poco de atrevimiento abrimos el cancel y nos colamos al interior de la casona, husmeando y atisbando por todos los rincones.

Hierros venerables forjados al yunque dan forma al pesado y gigantesco cancel de la entrada principal. Un torreón esquinero, unos ventanales de mucha severidad en la parte alta y abajo un corredor cuya arquería mira a una huerta de naranjos y limoneros.

Este corredor está cerrado por una barandilla de hierro, tan elaborada y artística, que ella sola habla de los tiempos de bonanza de El Carmen. Los pisos, los portones interiores y la magnífica puerta que a un extremo del corredor lleva a la capilla de la hacienda, corresponden ciertamente a la traza original de esta construcción que puede contar ya las dos centurias.

Lo que llevamos visto hasta aquí corresponde a la parte exterior de la casa: corredores, patio, huerta, terraza, ingreso a la capilla... por aquí puede pasar el pueblo, hasta aquí puede llegar toda la gente.

Pero por las puertas que dan al corredor o por otro portón que se abre más allá del cuerpo de la capilla, se llega al interior de la casa, al recinto particular, sitio reservado en aquellos años para los dueños de la hacienda.

Otro corredor de purísimo enjalbe: nichos, hornacinas, ventanillos conventuales, rincones y escaleras... todo deja la sensación de un claustro franciscano del siglo dieciocho.

Hay un cierto abandono en los muebles de estilo muy antiguo que sirven actualmente a los dueños de esta hacienda.

Ese mismo abandono se advierte en el jardín interior, los árboles añosos, los rosales de ramajes secos y espinosos que tratan de escalar los muros, las puertas de madera apolillada y hasta las chorreaduras del agua que pintó extraños dibujos en las paredes...

Nos habían dicho que el Dr. Baeza Alzaga, actual poseedor de la hacienda ha querido conservar todo en su estado original, no ha admitido ninguna modificación ni arreglo que en alguna forma cambie la fisonomía primitiva de la casa.

También nos habían dicho que con cuidadoso empeño han recogido estas personas una serie de documentos muy interesantes que se refieren a la historia de la hacienda, a su

desarrollo y a las diversas peripecias por las que ha pasado. Que los datos, testimonios y fotografías que han logrado reunir dan material para una edición muy interesante de estas cuestiones que corresponden cabalmente a una hacienda que podía considerarse como tipo de hacienda colonial.

A la vista del visitante pueden verse en los muros del corredor interior varias fotografías que muestran a personajes sin duda muy significados en tales y cuales épocas de la historia de esta hacienda, grupos de gentes que en su modo de vestir están señalando la antigüedad a que corresponde, y dejan advertir también los sitios, lugares de esta misma hacienda en las condiciones que en aquellos tiempos se tenían.

Posiblemente este sea uno de los casos muy particulares en que se trata de cuidar, de conservar, de respetar un testimonio histórico configurado en la arquitectura de un edificio que tiene mucho que decir en relación con una época de nuestra historia. Ello ha de reconocerse en favor de los dueños actuales de El Carmen a quienes por cierto se respeta y se estima sinceramente entre los habitantes del poblado que rodea la casona.

Nos acordamos de la plática de don Nacho, el viejecito que amablemente nos recibió en su casa y nos confió los recuerdos más distantes que lleva en la memoria; todo esto dicho en charla muy amistosa y cordial y sobre el murmullo sordo de una olla de pozole que no dejó de hervir a poca distancia de donde estuvimos.

La conversación de don Nacho y la actitud amistosa de las personas con quienes tratamos; eso todo y los signos innegables de una prosperidad agrícola que representa sin

duda alguna, bases de comodidad para todo el vecindario.

La planada se extiende hasta el cerco de montañas que ya se entristecen de verde. Un horizonte interminable de espigas pesadas, casi negras, de milo-maíz que dicen tiene mejor rendimiento económico que el maíz ordinario.

El bullicio de pájaros que preparan un asalto en banda sobre interminables barbechos. Tienen que hacerlo ahora que los "pajareros" se quedaron dormidos a pierna suelta a la sombra de aquel mezquite.

Un cielo que brilla de tan azul. El vuelo y el graznar agorero de unos cuervos. Extensiones inmensas que se marchitan en un polvo de ceniza . . . Y la casona de El Carmen, testimonio guardado por el celo de unos moradores que saben apreciar los valores de nuestra arquitectura y nuestra historia.

VETA GRANDE

Topamos con la roca limpia, el peñascal desnudo.

Empezamos a buscar con los ojos y no pudimos divisar por ningún lado, un matujo que pusiera una nota de verdor en aquel horizonte de piedra.

Esta misma sequedad categórica hacía más desesperante el calor y más intensa nuestra búsqueda de un filo de sombra que nos ofreciera una pausa de descanso en el camino.

Tonos color de violeta a la distancia, donde se columbraban apenas pequeñas elevaciones pintadas de un cobrizo aceitunado. El sol a plomo bruñe y calcina las mismas piedras; de ahí su color negruzco y también esta sequedad y esta desolación de muerte.

Por este mar de piedras mordiscadas en filos hirientes, está tendido el camino a una de las más famosas minas de Zacatecas. Un camino trazado como una forma de suplicio,

donde no es posible hallar una sombra, un soplo de viento, una hierba, el canto de un pájaro . . .

Uno se imagina llevado al terreno extraño donde domina la muerte.

Y llegan a sentirse impulsos de locura, ganas de gritar, de sacudir aquel silencio, de despertar aquella inmensidad de piedra. Deseos de rogar al Padre Abraham permita a Lázaro mojar en agua la punta de sus dedos para venir a aliviarnos esta sed desesperada.

Caminamos de este modo no más de unos 20 kilómetros al oriente de la ciudad de Zacatecas, rumbo a las famosas minas de Veta Grande.

Las noticias acerca de este centro minero cuentan prodigios; fue uno de los más importantes yacimientos minerales.

Habíamos visto aquí el reino de la aridez y la miseria más espantosas y la verdad es que vamos pisando sobre rocas de plata.

No el gozo sensual de los colores, no el canto vegetal de la vida; no un bullicio de árboles, cantos de agua, germinación feraz . . . Y sin embargo, estas piedras encierran valores muy altos, son punto de codicia, fuente de una riqueza que nada tiene que ver con el paisaje adusto.

Los hombres volvieron la espalda a la naturaleza y se pusieron a morder el polvo, a arrastrarse y buscar entre las hendiduras de las piedras.

En todo esto íbamos pensando cuando al trastumbar

de una loma apareció a los ojos el caserío de lo que fue esta famosa Veta Grande.

En curiosa disposición va el caserío tendiéndose sobre la falda de un cerro, acomodándose entre las piedras, subiendo y bajando trabajosamente.

Y frente a este caserío, como si hubiera querido ponerse a la vista de los mineros un símbolo de elevación, la imagen de una iglesia.

Está separada del pueblo y levantada sobre un cerro, en lo más alto de él y dominando todo el caserío, esta maravillosa iglesia. El rosa de su cantera es un regalo a los ojos, la altivez de sus torres como dos brazos al cielo, una invitación a subir.

Esta invitación debió tener un significado entrañable para aquellos hombres, cuando al salir de las oquedades sombrías de la mina, encontraban a golpe de vista la iglesia. Una iglesia colocada allí como una sutilísima compensación psicológica para el ánimo de estos mineros.

Dedicado al culto de la Santa Cruz, este templo no se abre sino en el novenario y solemnidad del 3 de Mayo, fecha en que se celebran festejos muy característicos.

Dentro del pueblo hay otra iglesia más modesta, con imágenes de una palidez dramática y edificios que muestran todavía una grandeza impresionante.

Todo en tiempo pasado, todo como un testimonio de algo que fue.

Lo que ahora encuentra uno son sino puras ruinas,

montones de adobes desmoronándose, escombros, abandono y soledad frente a la iglesia del cerro que sigue ofreciéndose allá como un sueño en la lejanía, como una mística esperanza.

Entre estos profundos socavones, herrumbre y desperdicios amontonados, aparecen como ánimas en pena, rostros extraños, gentes que se asoman a vernos por entre los agujeros de las casas caídas.

El primer impulso del visitante es huir espantado, como de un sitio maldito. Siente un temor instintivo hacia aquellas expresiones misteriosas con que la gente ve llegar a un extraño.

La fuerza con que se han aferrado a la sequedad pavorosa del lugar, las hace parecer a ellas mismas como figuras de piedra.

No hace muchos años, será cosa de unos 30, tuvo esta mina su más alto florecimiento. Dicen las personas con quienes hemos podido cambiar un difícil diálogo, que recuerdan todavía los tiempos en que vivían aquí no menos de 18,000 gentes.

A estas fechas apenas habrá unos mil habitantes atraídos por aquel eco, empeñados en sostener aquel rumor que les quedó en los oídos. Dicen que las cosas han cambiado mucho, pero que ellos no cambiarían por nada su forma de vivir.

No sabe uno cómo pudo haber enraizado en rocas tan duras, fidelidad tan conmovedora.

Muchas de estas gentes jamás han salido de aquí y no

conocen nada que no sean estos montones de cascajo y esos adobes ruinosos. No tienen la más remota idea de otro paisaje, de otro modo de vivir.

Todo lo que saben hacer es santiguarse y descolgarse por el tiro de la mina y ponerse a excavar.

Dicen que antes era muy fácil trabajar en estas minas; hoy, con el sindicato las cosas se han complicado; no es tan sencillo que den trabajo a una persona.

Las mujeres, los niños participan de este mismo aire de fatalidad, y viven la vida impasible de los mayores.

Don Sabás Mercado es uno de esos hombres que viven aferrados a las escurrimbres de esta Veta Grande. Y ha accedido gentilmente a acompañarnos en un recorrido por el silencioso pueblo, sumido en sequedad, asombroso en sus ruinas.

Su conversación es fluida, sencillas sus palabras:

"Es dura esta vida, no hay que decir que no; pero uno está hecho en ella y no la cambiaría por nada. Si se acomoda uno, si tuvo suerte de que le dieran chamba en la mina, a cumplir lo mejor que se pueda y adelante.

"Ahorita hay dos turnos nada más, uno de 7 de la mañana a las 3 de la tarde, y otro de las 3 a las 10 de la noche. Estas cosas del horario son porque deben ser; la verdad es que a uno le sale lo mismo trabajar de día que de noche, ya que allá abajo siempre es de noche y anda uno tentaleando en la oscuridad.

"Bueno, no es tan así la cosa, porque todo trabajador

lleva su lámpara para aluzar lo que hace; antes eran de carburo y ahora de pilas secas.

"Bajan los individuos por el malacate y se van repartiendo unos por una galería o por otra, según por donde es la trabajada. A medias del tiempo, unos minutos para un taco o para un refresco. Hay lugares donde se siente un calor tan fuerte como si estuviera uno en el puritito infierno.

"Llega la hora de salir y van apareciendo los cristianos, llenos de tierra, empapados de sudor y con los ojos asustados.

"Fíjese que duele mucho la luz del día en los ojos; parecemos ratas a las que sacaron a fuerzas de su agujero.

"Una rutina de todos los días que no se rompe sino cuando sucede alguna de esas desgracias a que están expuestos los mineros. Que ya resultó un derrumbe y unas peñas de este pelo cayeron sobre unos trabajadores, que falló el estacado, que se reventó un cable . . .

"De cuando en cuando suceden desgracias de éstas. Ora verá luego que lleguemos al templo de arriba: ahí está un milagro patente de cuando se usaban aquí malacates de sangre . . .

"No se asuste, oiga, nada más porque oyó la palabra sangre . . . Así eran aquellas estramancias: una polea y un tiro de mulas a vuelta y vuelta sacaban la canastilla.

"Hay otros accidentes debidos a la poca experiencia de la gente. Mire, todo ese llano está picoteado de pozos y socavones hondísimos. Ahí quedaron muchos tiros abando-

nados y el otro día un muchacho andaba siguiendo un mapache y no se dio cuenta ni aquioras . . .

"Qué imposible hacer nada. Los pozos quedaron llenos de agua que se rebullía nomás por las patadas de la muerte que daba, mientras se escuchaban sus gritos como venidos del otro mundo . . . Usted cree, a 300 ó 400 metros de profundidad . . .

"Pero no piense que las cosas son tan tristes como parece: estamos acostumbrados a nuestra vida y somos felices en ella.

"Lo que nos apura ahorita es no tener gota de agua; ya nos cansamos de pedir al gobierno, pero nada se ha llegado a resolver. Estamos bebiendo de unos charcos cenagosos que quedaron desde las lluvias pasadas: agua revuelta con ajolotes, eso bebemos.

"Y seguro por eso nos ha resultado una enfermedad que consiste en unas ronchas por todo el cuerpo. Así andamos todos. Apenas nos acostamos y empezamos a tocar la bandolina . . . me refiero a unas comezones que nos hacen pasar la noche rascándonos las costillas.

"Nomás agua de beber nos hace falta. Con que las autoridades se acordaran de nosotros y arreglaran una bomba de agua, con eso tendríamos.

"Pero nada, vino el diputado y se hizo sordo a nuestras súplicas; en lugar de eso se le ocurrió dizque hacernos un centro para cultura. Quien sabe cuáles serán sus planes de bien a bien, o cómo anda pensando que nos metamos en esas cuestiones de la cultura, cuando no tenemos un jarro de agua limpia para beber.

"Y lo peor es que quiere hacer ese lugar para la cultura, nada menos que en la iglesia de piedra a medio acabar que está de aquel lado del cerro . . .

"Eso quería él, pero nos afederamos todos los vecinos y le dijimos que no, que esa iglesia la íbamos a terminar por nuestra cuenta. Es esa que estamos viendo ya; mire nomás que muros tan bonitos, el rajueliado de pura piedra de castilla y con el canto tan bien dado que dieron a los enormes peñascos.

"Lo vamos a acabar y vamos a poner en él a San Juan Bautista; ya tenemos el santito, usted debe haberlo visto en la iglesia de abajo.

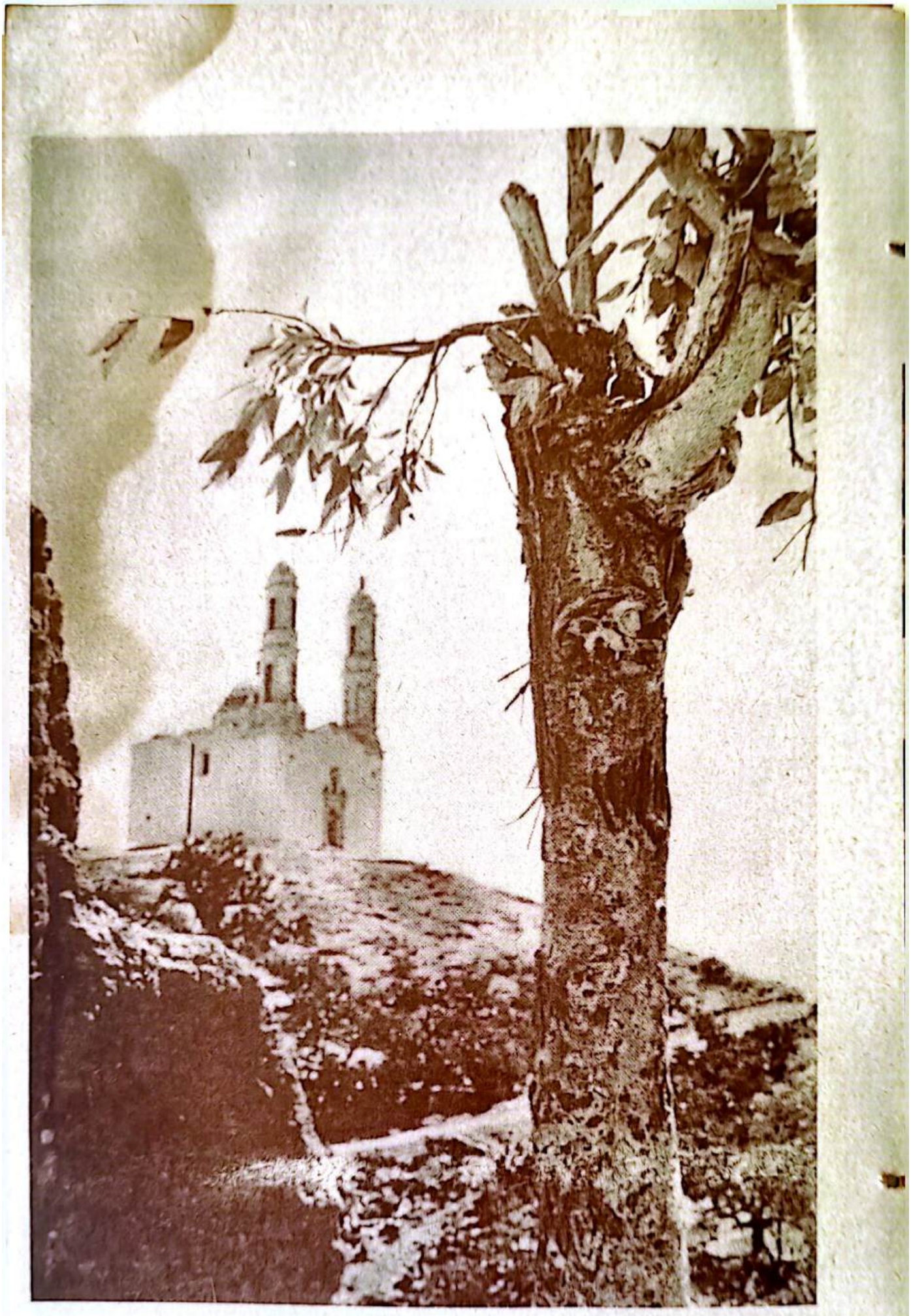
"Entonces sí van a ponerse buenas las fiestas, porque todo este campo parejo que queda enfrente va a servir para las morismas.

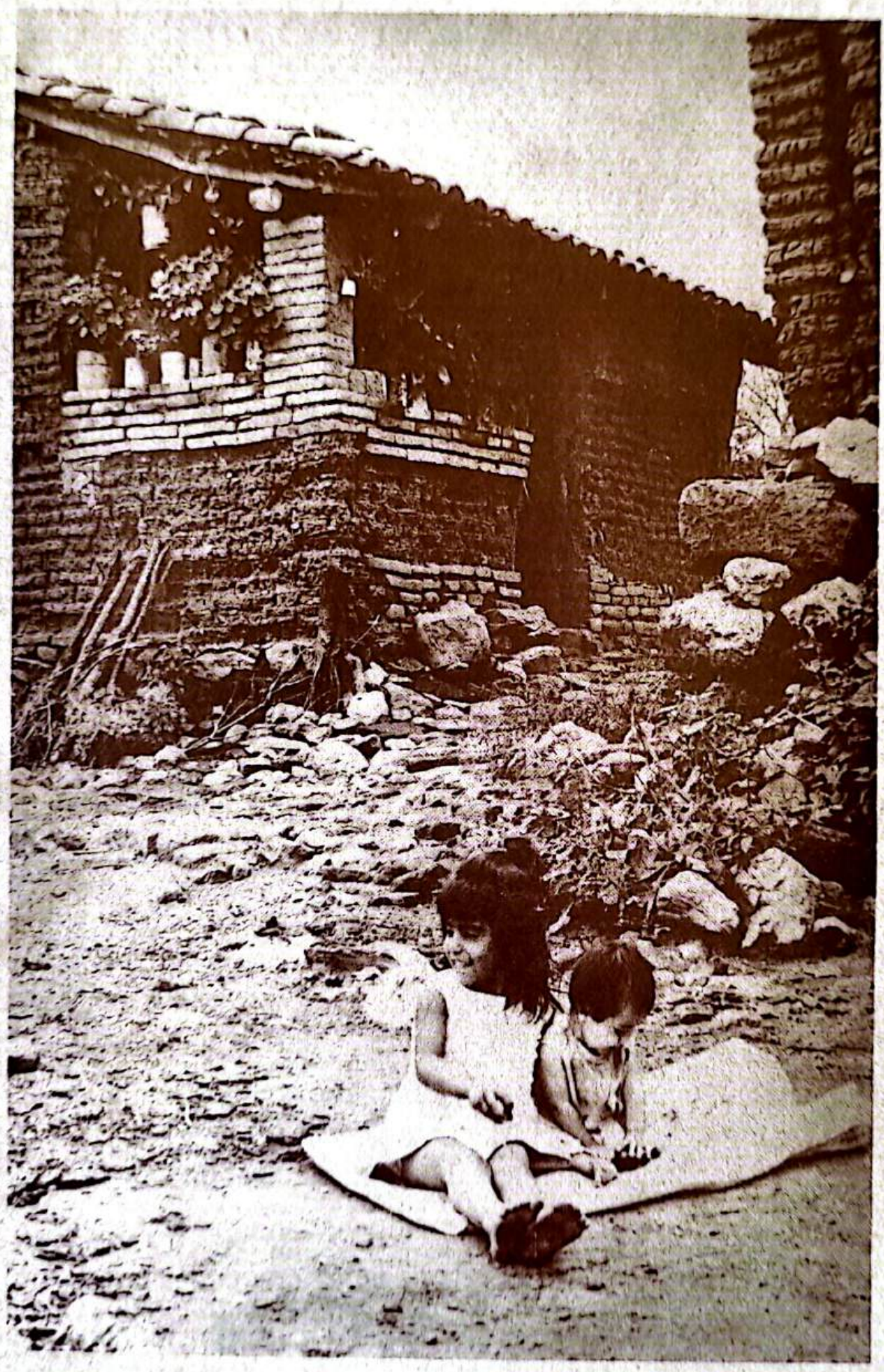
"Usted no sabe lo que es eso y se queda viéndome como tonto en vísperas . . . Las morismas son las fiestas más bonitas del rumbo. Estas fiestas son meramente de Pánuco, Zac. De ahí se han extendido a todos los pueblos de la región.

"Estas morismas son como una lucha de hombres a caballo que representan unos a los moros y otros a los cristianos.

"El gran turco y el jefe cristiano empiezan a retarse con palabras fuertes, y luego comienza el combate que dura tres días seguidos sin parar más que para eso de comer o de las necesidades.

"Al último vencen los cristianos que le mochan la





cabeza al turco, mientras todo el gentío se vuelve loco aplaudiendo y celebrando el triunfo. En un palo largo se pasea entre la gente la cabeza del turco, un cabezota rellena de hilachos que anda todavía estilando sangre.

"Toda la loma se puebla de gente. Es una fiesta de veras bonita. Mejor ni le platico todo lo que se hace en esta fiesta para dejarlo con ganas y se decida a dar una venida para entonces . . ."

Don Sabás Mercado sabe muchas cosas. En realidad nos ha sorprendido con su conversación tan bien informada en todos los aspectos de este centro minero. Sordo su hablar, semeja un ronroneo lejano, no con afectaciones de timidez, sino más bien en ese tono menor de quien estuviera hablándonos desde la lejana hondura de uno de estos pozos.

Vuelve una y otra vez sobre el mismo asunto:

Las morismas, una iglesia en la cumbre del cerro, el gozo diario con que salen a la luz, sus devociones tradicionales, los momentos trágicos, un grito lastimero de los que cayeron atrapados, su última rigidez, el gesto desesperado que les quedó para siempre.

Y con la monotonía de esta conversación seguimos contemplando la resignación callada de estos rostros de piedra. No tienen agua para beber. La tierra pedregosa y dura; los adobes carcomidos, un paisaje de rocas.

Y siempre el afán de hacer gotear la última destilación, recoger la miserable escurrimbre de lo que fue una mina tan famosa.

Una actitud fiel. No habían de desviarse de la línea que marcaron los mayores. En las buenas y en las malas han de seguir siendo mineros. Una escuela denominada "Niño Minero" prolonga la línea de las nuevas generaciones. Los niños seguirán los pasos de sus padres.

Así dejamos a Veta Grande, con su historia vieja, con sus grandezas vividas: suma de esfuerzos descomunales, el hombre contra la montaña, el brazo humano contra la roca en una lucha que lleva más de tres siglos.

Nada cuentan para estas gentes las estaciones, el árbol que retoña, el geranio que florece, el viento que se perfuma en primavera. Ni siquiera pueden tener las mujeres una mata de hierbabuena o de tomillo.

Muchos hombres han caído en la lucha; muchos han sido sangrientamente destrozados. Para estos muertos no ha habido el consuelo de una cruz en el sitio de su muerte.

Pero han sometido al peñasco. La tierra está horadada, la montaña vencida; y se han extraído caudales increíbles de oro y plata en barras sólidas.

Todo eso en el nombre de Veta Grande, el centro minero que se entrega en el aire siniestro de sus ruinas amontonadas alrededor de los montes de cascajo sacados de las entrañas de la tierra.

Eso, y su silencio duro y congelado en el aire, con la dureza de esas rocas, de ese mar de rocas que se pierde en el horizonte cobrizo, bajo un cielo de cárdenos, violentos tonos . . .

SANTA ANA

Había estado soplando un viento helado. Es el aire de otoño que ha empezado a dorar los pastos y a poner el cansancio de su luz, en las lejanías.

Hacia una de aquellas lejanías alcanzamos a columbrar la ruinosa torrecita de piedra que nos trajo a caminar por veredas y caminos escondidos entre la milpa.

Ya empezaba la tierra a resentirse de la sequedad de los primeros fríos. Se agrietaba el camino en partes, y en partes se adornaba con la última flor de la estación. Las milpas removidas por el aire se estremecían en un sonido áspero, como de ramas secas, como de lija empolvada. Y así, presentaban el fruto que las hacía doblarse a veces con el agobio de tanto peso.

Dos o tres veces hubimos de titubear y casi desistir al paso de los guarda-ganados que dificultaban el acceso hacia éste y al siguiente potrero.

La torrecita se perdió entre las sementeras. Pensamos si acaso no fuimos víctimas de una alucinación. La habíamos visto a distancia y no la encontrábamos ya.

Unos chiquillos venían por la vereda; resudaban prietos y encendidos con el peso de unas enormes calabazas. Nos dijeron que íbamos por buen camino, que del mezquite que se divisaba al extremo del camino, nada más a la vuelta, estaríamos ya frente al viejo templo de Santa Ana.

Y llegamos. La hora del mediodía se había vuelto pesada y sofocante. Unos caballos estaban sombreándose bajo una mezquitera. Sus dueños los dejaron allí, ensillados y todo, mientras fueron a tomarse un trago, un trago nada más para el polvo . . .

Se abre primero una callecita entre cercas de piedra y mezquites. Unas casas miserables de adobe casi negro, en las que no falta, sin embargo, el toque femenino de una maceta de geranios, sobre la pequeña barda o suspendida de algún modo en el mismo muro.

Un perro echado a la sombra de la pared, unos niños jugando entre la tierra suelta y la basura. Y un gallo haciendo vibrar el aire con el fuego de sus plumas y el estridor de su canto.

Lo demás no dice nada. Una explanada cuadrangular, matujos espinosos, estiércol de bestias, un hormiguero enorme se dibuja en círculo de tierra limpia . . . Eso y la luz dorada de este mediodía de octubre, y los campos a distancia cubiertos de maizales donde no acaba de cepillarse el viento.

Alcanzamos a escuchar de una de aquellas casuchas

miserables, la tonada popular de un corrido mexicano. Ahí tienen radio —nos dijeron— y venden vino y cerveza.

En uno de los ángulos de esta explanada, las ruinas imponentes de una iglesia y de una vieja arquería que es ya todo lo que queda de lo que llegó a ser esta Hacienda de Santa Ana.

Quien sabe desde qué casa de éstas vieron nuestra curiosidad y nuestra admiración ante las ruinas y cuando menos lo esperábamos, ya estaban rodeándonos tres, cuatro, seis campesinos dispuestos a darnos los escasos datos que tienen acerca de esta construcción.

De antes habíamos sabido que esta hacienda tuvo alguna relación con la Hacienda de San Clemente. Que los descendientes de aquellos hacendados se desparramaron por todos estos rumbos levantando cada uno su propia hacienda, dedicada al santo del nombre que correspondía al dueño, hombre o mujer, según fuere. Que así sucedió y vinieron entre otras las haciendas de Santa Ana, San Agustín, San Cayetano, etc.

Esta hacienda de Santa Ana debió establecerse a la sombra de la iglesia que, por su aspecto ha de corresponder al siglo XVII. Uno de los señores nos aseguró que en una de las piedras del arco de entrada está escrita la fecha 1671.

En un galerón enorme a donde se sube por una escalinata gastada por el tiempo, y en cuyo interior ruinoso, ya en medios techos, donde parecen ir galopando una fila de camellos . . . tan esbeltos y airosos son unos arcos que sostienen el parteaguas; en este galerón, decimos, existe toda-

vía una inscripción cincelada en piedra, que dice: José María Villaseñor 1879.

En la traza arquitectónica de este galerón que nos dicen estos buenos señores fue la troje inmensa donde se almacenaban muchos miles de hectólitros de maíz y la iglesia y los arcos de lo que fue la casa principal, hay una diferencia.

Si la troje magnífica con cien años de vida se encuentra casi reducida a ruinas, el templo y la arquería, con sus trescientos años seguros, podrían conservarse en mejores condiciones si es que la incuria y a veces el franco afán destructor de la gente, no estuvieran acabando con todo esto.

Son bajas y fuertes las formas de la arquería, y sin embargo de una dignidad tan armónica y bien equilibrada, que representan de verdad un gozo y una emoción para quien las contempla.

Hay en estos arcos molduraciones, adornos, claves de mucho preciosismo, piedras veteadas de rosa y de morado, como si dentro de la piedra común hubieran incrustado líneas de pedernales de colores.

Ahí está el corredor abandonado, sin techo, sin pisos, sin nada. Ni siquiera se conserva ya todo lo que hubo originalmente. Nos dicen nuestros cicerones que no hace mucho tiempo se tumbó una buena parte de la arquería para construir la escuela del ejido. Y nos hacen notar cómo luce con sus paredes de adobe recién blanqueadas y su letrerón enorme pintado de negro: Escuela Emiliano Zapata.

Por lo que hace la iglesia misma, tiene una primorosa fachada, donde se acomodan varios juegos de hornacinas ya sin escultura ninguna, cornizones, emblemas, dibujos labrados en piedra, con la ingenuidad indígena, contrafuertes lanzándose al vacío, y una serie de detalles ornamentales dignos de un minucioso estudio.

La torrecita se eleva llena de gracia. Todavía tiene una campana que no ha vuelto a tocarse desde hace muchos años.

La iglesia está desmoronándose. Nadie tiene el menor cuidado ni interés en ella. Por las aberturas de su puerta antiquísima, se alcanza a ver el interior . . . sembrado de milpas que aletean orondas de su fruto, al aire de este otoño . . .

Hay un sentimiento de tristeza, un reclamo de indignación que el visitante no puede disimular, a lá contemplación de todo esto, que no puede dejarse así, que no puede entregarse a su destrucción total.

Conforme a la exaltación proletaria puesta en boga en nuestra patria desde hace medio siglo, Santa Ana ofrece el círculo, por los bordes de esta explanada, de unas casas miserables de adobe donde la incuria, la suciedad y el conformismo más sublevante, están dando razón de sus moradores.

Nuestros amigos han querido confiarnos con sencillez sus preocupaciones, sus anhelos, sus dificultades.

No piden muchas cosas ni sueñan en realizaciones imposibles. Les basta tener lo indispensable "para irla pasando". Saben que las tierras cada vez son peores, que el

rendimiento de las cosechas viene a menos cada año, que la erosión, que las plagas, que el caciquismo . . . Se han hecho el ánimo a todo. Viven en un conformismo de mansedumbre y resignación. Están acostumbrados a vivir entre las ruinas, a hacerlas parte de su diario vivir. Las ruinas arquitectónicas, las ruinas de una agricultura que llegó a florecer en abundancia, las ruinas de un pasado que recuerdan entre humo, gritos de odio, amenzas de muerte y el derrumbamiento de un orden social socavado desde sus cimientos.

Cuando regresamos venía rindiéndose suavemente la luz de la media tarde. Abandono y tristeza en el callejón que empieza a desnudarse del verde esplendor de los milpares. Lucen ahora en desbordamiento otoñal las flores amarillas de los "tacotes" y entre ellas las primeras espinas de noviembre.

El aire se está endureciendo y agita y remueve los milpares secos que se balancean cansados de su peso. Lo que fue un arroyo de agua zarca, hoy es un arenal muerto.

Uno piensa en las cosas que fueron un día y otro dejaron de ser. Piensa uno en lo que fueron estas haciendas con su movimiento, la actividad, los rastros de su grandeza en las piedras sostenidas contra todos los embates; el caserío de adobes negros, desmoronados casi, entre montones de escombro, y un silencio doloroso y una quietud desesperante.

Lo mismo sucede en este otoño que ya es sólo un reflejo dorado: el recuerdo de aquellos campos florecidos, de los milpares en fiesta de color. Ahora este restañar adolorido del viento entre las espinas, el arroyo vacío, el ramaje descarnado, la corona hirviente de puras espinas.

Este otoño como el movimiento bélico-social que transformó estas haciendas, abre los follajes mentirosos y los aniquila para enseñar la verdad del fruto o de las espinas. Todas las plantas florecen, pero no todas las flores se convierten en fruto; hay algunas que sólo dan punzadores aguijones.

EL CASTILLO

Divisábamos para un lado y para otro. Las llanadas interminables, rocas y huizaches, a la extensión del horizonte. Pero en ningún lado los perfiles que imaginamos airosos, del Castillo.

A veces los nombres quedan muy lejos de la realidad. Y la fantasía acaba de descomponer las cosas. Arcadas, torreones, almenas, construcción magnífica en cal y canto . . . Todo ello, al trasluz de la tarde, en un perfil impresionante.

Pero nada aparecía a nuestro paso. Nada y sí los pastizales secos; la tierra árida y desnuda por decirlo mejor.

Nada y una soledad deprimente, el yermo, la aridez, el sabor salado del viento como quien camina en el desierto. Que no el Castillo, pensamos, sino la tierra infértil, dura y pedregosa de Castilla.

Algo debió pensarse cuando se dio a la hacienda que

buscamos ahora el título de El Castillo. Debió pensarse en la célebre provincia española, con su suelo árido, pegujales desmedrados y tristes, y las rocas, las rocas solas como floreciendo del suelo entre espinales de huizache.

Todo esto es así. Tramos lustrosos de un pedernal bruñido de sol. Y los golpes roquizos que ampollan bruscamente la uniformidad árida del terreno, y los cercados de piedra que se extienden como culebras, al yermo sofocante de un sol a plomo . . .

¿Dónde pudo haber aquí bienestar, riqueza económica, abundancia de frutos, ganados y cosechas que se dice fueron la base del florecimiento de todas nuestras haciendas?

En realidad, ésta de El Castillo fue una hacienda de tono menor, una pequeña hacienda en realidad, frente a otras que hemos conocido y cuya opulencia las convirtió en un poderío frente a cualquier orden que pudiera oponérseles, así civil, político o social.

Hemos querido detenernos en El Castillo porque en cualquier manera representa un testimonio admirable de la lucha del hombre contra las inclemencias naturales.

En duelo desesperado se aferraron aquellas gentes de las ubres resecas de estas tierras, y con tezón, con empuje, hicieron que las rocas produjeran, que el polvoroso salitre enverdeciera, que un claro de agua tras las menguadas lluvias que aquí caen, pusiera un toque de alivio en la sequedad de todo esto.

Hemos caminado de Lagos rumbo a León. Andamos muy cerca de los límites de Jalisco. Toda esta zona tiene

características de aridez muy señaladas. A mano derecha una indicación lleva a la Hacienda de El Castillo.

Un castillo que no pasa de un ilusionado sueño. Porque avanzamos más y no vemos sino pedregales de filos hirientes, pobres manchones de matujos espinosos y ese tipo de cercados en puras piedras que se acomodan una sobre la otra sin argamasa alguna.

Una cierta altura nos deja contemplar la distancia. El horizonte de polvo y sequedad deprime hondamente. Estas son las tierras flacas. Mejor sería decir, las tierras muertas.

Ni una fronda verde al alcance de los ojos. Los pájaros no pueden vivir en estos roquedales. El llano polvoso, la extensión monótona de ceniza, de aridez, de inclemente sequedad.

A fuerza de apurar los ojos hemos alcanzado a ver una manchita de agua; es el reflejo de una presa, de un bordo de agua, donde pestañea la luz ardorosa y cansada de esta tarde.

Saltando entre las piedras, ahogándonos entre fantasmones de tierra suelta, agigantados al trasluz del crepúsculo, llegamos a la casa de El Castillo.

Una iglesia severa levantada en piedra, sin mayor mérito arquitectónico, ni por las mismas líneas de su estilo, ni por el material de su fábrica, que todo lo que hicieron fue limpiar un tanto el patio de la misma iglesia y con aquel pedrerío levantar los muros.

Cercados enormes forman corraleras ya caídas y abandonadas en lo que debió ser el movimiento de ganado de

esta hacienda. Un cerdo de gordura descomunal gruñe fastidiado de nuestra importuna presencia.

No hay un alma a la vista. Nos sentimos en un lugar encantado. El aspecto ruinoso no es tétrico propiamente. Hay luz y claridad de cielo abierto en este montón de ruinas y cascajo.

Por la izquierda vemos una arquería pintada de color de rosa. Es agradable y armónico el suceder de los arcos que corresponden seguramente a la parte delantera de la hacienda, según lo dicen las puertas y ventanas que hay dentro de este corredor.

Y unas casas miserables por uno y otro lado; muros de piedra, patio de piedra, que pertenecen o pertenecieron a la peonada de la hacienda. Las construcciones no tienen ciertamente la sordidez impresionante de otros tugurios; la piedra, como quiera que sea, dignifica estas viviendas.

El cerdo que habíamos encontrado se salió del corral y viene removiendo su descomunal mole exigiendo la comida. A la exigencia de sus gruñidos sale una señora de una de aquellas casuchas, momento que aprovechamos para entablar conversación.

Es una mujer campesina, recia y de un saludable vigor, hecho en la misma dureza de los trabajos que desempeña.

Pero su conversación es obstinadamente vacía. Ella no sabe nada. Tiene cosa de unos cuatro años trabajando aquí. Vinieron de Paso de la Mesa, y no conoce ni sabe más fuera de los trabajos de labores y cosecha de estas tierras miserables.

Le insistimos en algún dato respecto de tradiciones, historias, díceres de la gente en relación con el pasado de esta hacienda. Y su estribillo repetido al cansancio:

—Sepa Dios, señor; nosotros no somos de aquí. No conocemos a nadie. Nadie queda aquí de las gentes antiguas. Todas se fueron. Esto quedó solo.

Así lo hallamos nosotros.

En esto aparece su marido, un hombre de elevada estatura, fortachón también, curtido en el sol y las piedras que llenan el paisaje. Está completamente sordo y no fue posible tener diálogo con él.

Lo único que sacamos en limpio fue el dato trágicamente significativo de la huída de todos los que hace años trabajaron aquí, como de un sitio de maldición.

Sucedió sin duda alguna al reparto de las tierras que pertenecieron a El Castillo. Una región de por sí desmedrada y pobre que no resistió el nuevo orden ejidal y todos abandonaron todo, y el caserón se quedó vacío, las tierras abandonadas, los corrales solos, las cercas por el suelo.

A estas fechas, los actuales dueños han establecido un establo que parece tener prosperidad. El sistema de forrajes y alimentos concentrados facilitan al menos el aprovechamiento de los espacios que tuvo esta hacienda.

Eso, y la casa grande construída de piedra que ha podido sostenerse en toda su importancia y que ahora, como lo dijimos, aparece recientemente pintada de color de rosa.

Un señor se acerca y observa la dificultosa conversa-

ción que tratamos de sostener con los esposos mencionados y se apresta a aliviar la reseca tensión. Se trata del actual mayordomo de la hacienda que tampoco sabe una pizca de antecedentes históricos, ni de tradiciones, ni de nada; vino hace poco tiempo y todo lo que él puede decirnos es que apenas es posible cultivar las hectáreas de siembra que quedaron a la hacienda, porque no hay ya gente que quiera venir a trabajar.

Insiste en el hecho desesperante: no hay gente de trabajo, nadie quiere venir a cultivar estas tierras que después de todo no son tan malas como parece. No se llega a sembrar ni la mitad de lo que se podría cultivar aquí.

Lo explica a su manera diciendo que la gente de ahora es muy comodina, que las familias han emigrado a las ciudades donde se mantienen apuradamente, de cualquier manera, al menos evitándose la dureza de las jornadas del campo, el sol, la tierra, la sequedad en que se realizan aquí las faenas campesinas.

Dice, además, que a la gente no le gusta que la manden, no soporta ya la sujeción a otra persona; prefiere ser libre, en cualquier forma de libertad, no importa que tenga que pagarla con estrecheces e incertidumbres económicas.

Todo esto nos dice el mayordomo en el afán de explicar la aversión que hemos advertido hacia estas haciendas, y el abandono y la falta de hombres que quieran trabajar estas tierras, a grado tal que se deja de hacer lo que podría hacerse, que deja de cosecharse lo que debería cosecharse.

Fenómeno ciertamente extraño que corresponde a las haciendas de este rumbo de Jalisco, porque hacia otros vientos hemos visto una actitud opuesta de parte a parte.

En aquellos otros rumbos la gente se amontona a las ruinas, se adhiere tenazmente a los muros derrumbados, a los socavones oscuros. Un pobre alero, unas láminas de cartón, las peores incomodidades, pero ahí están, siguen ahí firmes y leales a lo que fue su hacienda, a lo que centró el movimiento agrícola y social de sus mayores. Respetan, veneran casi las ruinas y nadie los arranca de ahí.

También en aquellos rumbos hay un empeño resuelto por cultivar la parte de tierra que pueden cultivar; nada dejan, nada desperdician, tratan de aprovechar hasta el último palmo.

Cierto es que las tierras en esa parte de Jalisco son más fértiles, responden al mínimo esfuerzo del hombre, un dejar caer el grano y ya viene la planta rolliza y el fruto henchido, en tanto que estos terrenos de acá son duros, origen el sudor humano en gotas vivas, el esfuerzo, la fatiga para ir viviendo apenas con un menguado y descolorido fruto.

En lo que respecta al disgusto con que los hombres de estas partes ven disminuida su libertad por el hecho de tener que observar una sujeción más o menos estrecha a la voluntad de una segunda persona, tenemos que ver en ello la gallardía característica de estos hombres.

El alteño es altivo. No es precisamente una posición de orgullo, sino una estima muy honda de su dignidad.

Habrá de concluir de todo esto que las tierras pobres no dan abundantes cosechas, pero dan hombres en todo el amplio y magnífico sentido de la palabra. Hay un desquite contra la negación de los recursos naturales, y un lanzarse a

la altura, en la culminación de los títulos más altos de la dignidad humana.

Santa Teresa de Jesús anduvo por tierras calizas, piedra cruda, espineras y horizontes yermos; fundó conventos enmedio de esas arideces e hizo resplandecer luminosamente los valores del espíritu.

No la riqueza vegetal, no la copiosa abundancia de los frutos de la tierra, sino la proliferación maravillosa de los altos dones del corazón.

Como en Castilla, la hacienda del Castillo. Una lección entre las piedras, un testimonio entre los roquedales muertos, una enseñanza entre las arideces de un horizonte desmedrado y triste.

Aquí no vienen a cantar los pájaros, aquí exultan los significados más valisos de nuestra estirpe, demostrando como en los cuarenta días del desierto evangélico, que no sólo de pan vive el hombre.

Si pudiéramos ahondar en lo que significa la rudeza de esa mujer a quien entrevistamos, su desplante abierto y su negación repetida de todo lo que quisimos saber . . . Una Teresa de Jesús calcada a la rústica, en las tierras desoladas de este Castillo.

CHINAMPAS

En general, la conformación del suelo en toda esta zona es pedregosa y árida.

Apenas sale uno de la carretera, y empieza a dar tumbos entre las piedras, a saltar entre los riscos, a librar el peñasco más elevado.

Suerte que es tiempo de verano, y entre las piedras mismas, se levantan mil especies de hierbas que aroman la mañana de profundo azul.

Que allá, en los tramos de tierra labrantía, resplandecen ya las siembras a punto de cosecha. Los maizales en sazonada opulencia, entretejidos de mirasoles y flores de santamaría.

Todo ese verdor y el fruto ya seguramente logrado, pero siempre el pedrerío duro, los cerros conformados en filosos cantos.

En tiempo de secas, esto ha de ser doloroso y muerto. Y el aire ha de golpearse con desesperación contra las lajas del cerro.

Hoy andamos en fiesta. Ya saltamos y brincamos felices entre los riscos del camino y ya hemos entrado en una como calzada de árboles añosos, venerables.

Se advierte en estos rugosos troncos, en estos fatigados ramajes, la presencia augusta de los siglos. Cuántos han pasado desde que esta arboleda lució frondas de juventud . . .

No lejos de este paseo de viejos sauces, olmos y sabinos, empieza a espejear el azul del cielo y la emborrascada blancura de las nubes . . . Es un lago o una presa.

Aún no hemos caminado medio kilómetro y ya topamos con otro horizonte de agua.

Uno no sabe qué decir de todo esto. La impresión de aridez, el hiriente tropezar de tanto risco; y las vegas florecidas y en plenitud de frutos. Todo eso y luego la abundancia de presas llenas a su capacidad.

No es esta una agua dormida así nada más. En esta agua se advierte el murmullo de la vida. Un murmullo escondido que salta entre las cañas, los sembradíos de hortaliza, los frijolares que se han abierto sitio entre las piedras.

Ya estamos en Chinampas. Hemos llegado a la hacienda de la cual nos ponderaron excelencias que ahora empezamos a constatar.

Ante todo el nombre. Se diría que el caserío humilde

que rodea la casa vieja y el adusto templo, están meciéndose en el agua.

La presa que vemos al frente, cubre una extensión inabarcable de agua. Y las edificaciones, y las arboledas, se asoman a la orilla y quedan reflejándose allí, como si estuvieran paseándose en una chinampa.

Por eso es el nombre que dieron a esta vieja hacienda, un nombre que configura mejor que nada las características exteriores.

Y luego las huellas vivas de la grandeza que llegó a alcanzar en los tiempos aquellos que precedieron a la Reforma Agraria.

Acá, en la parte posterior de la casa grande, hay un hacinamiento impresionante de ruinas. Arcos caídos, muros derrumbados, techos venidos en ruidosa caída.

Todo esto debió ser un centro de actividad muy intensa. Quizá molienda, acaso caballerizas y sebaderos, tal vez el sitio donde se elaboraban tales y cuales derivados de la leche.

No sabemos qué pudo ser esto, pero adivinamos la importancia de estas ruinas y la ocupación que se llegó a dar a innumerables personas.

En el interior de la casa grande, somos atendidos gentilmente por el Dr. Manuel Cortina Pizarro, actual propietario de la finca.

Nos habla de la reducción mínima en que quedaron las posesiones de la hacienda y de la cría de ganado a que está dedicada ahora.

Tiene expresiones de reconocimiento al esfuerzo de las autoridades por establecer centros ejidales que resuelvan el problema económico de tantos campesinos.

Y nos muestra la finca conservada en su fisonomía que cuenta con dos siglos por lo menos. El reloj de sol, el patio de los naranjos, el brocal del pozo, los herrajes de las ventanas, el angelillo mofletudo y risueño de la fuente, la cocina en su trazo tan curioso . . .

Pero con todas las características arquitectónicas, con todas las peculiaridades de su mobiliario, vino a sorprendernos sobre todo, el testimonio histórico que encontramos en un biombo.

El Dr. Cortina nos lo muestra con un disimulado orgullo. Nos dice que en él se puso a dibujar su papá, toda la historia, nombres y fechas del mayorazgo al cual perteneció esta hacienda.

Con preciosismo caligráfico se van entretejiendo nombres, se van dando fechas, se va entrelazando uno como árbol genealógico de todas estas haciendas que se han hecho famosas en la geografía nacional.

Con pureza de líneas, en la paciente y detenida quietud con que un monje de la Edad Media pudo pasarse meses y años en el dibujo de una sola capitular, así don Manuel Cortina Rivas, plasmó la historia gráfica de sus mayores, en este biombo.

Anduvo primero recogiendo datos, averiguando fechas, concertando genealogías, desarrollando parentelas.

Trabajo paciente y engorroso que le llevó mucho tiem-

po pero que luego le permitió dibujar todo un esquema genealógico, el santo y seña de quienes anduvieron en estos lugares.

El Dr. Cortina nos autoriza a reproducir toda esta cansada enumeración de nombres y de fechas. El sabe que representa un esfuerzo muy meritorio de su padre y que a muchas personas les habrá de interesar.

Nosotros también coincidimos en esta creencia del Dr. Cortina y pensamos que como documento inédito, habrá de ser muy valioso para los historiadores, aunque es posible que al lector común puedan parecerle tediosos tanta fecha y tanto nombre.

Hace algunos años murió don Manuel Cortina Rivas. Su presencia está todavía en estos corredores, en estas salas, que fueron escenario de sus ensueños, de su pulcritud, de su agradable conversación, y del afan con que trató siempre de mantener esto en su carácter rigurosamente tradicional.

Con este afan, trazó el "mapa humano", que transcribimos enseguida:

"En el año de 1656, don Pedro Rincón Ortega, fundó un mayorazgo con la Hacienda de la Limpia Concepción de Ciénega de Rincón de Mata y sus estancias anexas que alcanzaron una superficie aproximada de doscientos cinco sitios de ganado mayor, o sea, el equivalente a trescientas mil hectáreas ubicadas en su mayor parte en lo que es hoy día Estado de Jalisco, en sus municipios de Lagos, Encarnación y Ojuelos, cubriendo también algunas porciones de los Estados de Aguascalientes, Zacatecas, Guanajuato y San Luis Potosí.

Dicho mayorazgo lo heredaron sucesivamente:

En 1968, su sobrina, doña... Rincón de Vivar y Pérez Aguirre, casada con el Capitán don Nicolás Gallardo de Rodas. Su hijo don José Gallardo y Rincón de Vivar, para poder heredar en 1678, hubo de anteponer su apellido materno, como era de uso en los mayorazgos, dando origen así a que desde entonces se tuviera como un solo apellido el de Rincón Gallardo.

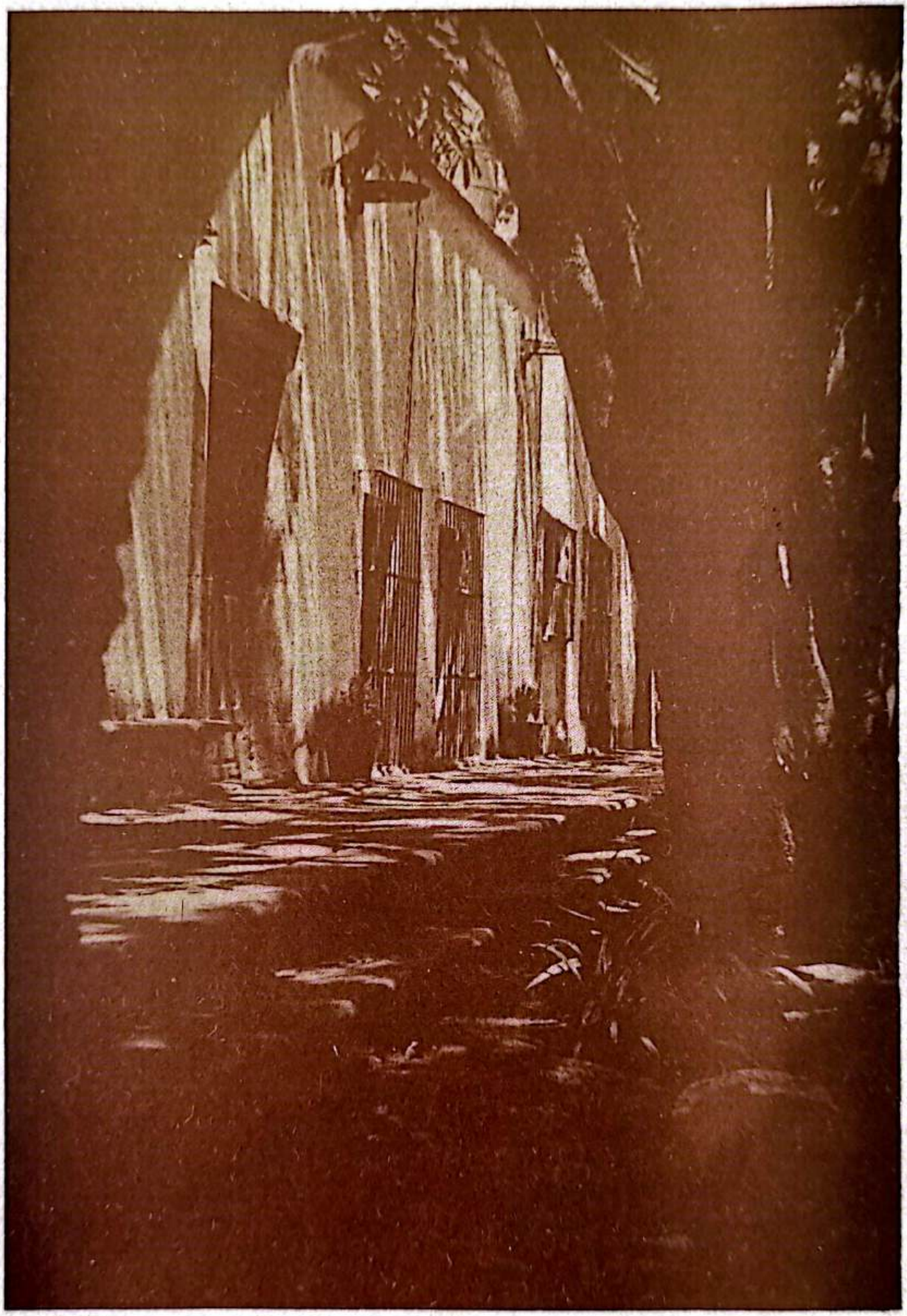
En 1705, heredó su hijo don Manuel Rincón Gallardo y de Luna.

En 1730, su hijo don Francisco Javier Pablo Rincón Gallardo y Feijoó. Sucedió en 1765 su hijo don José Antonio Anastasio Rincón Gallardo y García de Roxas.

En 1784, su hijo don Manuel Rincón Gallardo y Calderón, fue creado Capitán y primer Marqués de Guadalupe.

Por último en 1819, recibió el mayorazgo su hijo don José María Rincón Gallardo y Santos del Valle, segundo Marqués de Guadalupe Gallardo, quien, acatando leyes de la República, disgregó el mayorazgo y aplicó en vida los bienes entre sus doce hijos habidos en sus dos matrimonios; los del primero, con doña Paz Villamil y Rodríguez y diez del segundo con la señora doña Ana Romo y Delgado, reservándose don José María para su manutención y la de doña Ana, los ganados menores y su pastoreo por toda la hacienda.

En el año de 1862, se formalizaron las escrituras asignándose las distintas haciendas y estancias a sus hijos, como sigue:



A doña Guadalupe Rincón Gallardo y Villamil de Tornel, la Hacienda de los Campos; a doña Luz Rincón Gallardo y Rosso de Urquiaga la de El Tecuán; a don Manuel Rincón Gallardo y Rosso la de Ledezma; a don Pedro Rincón Gallardo y Rosso, la de la Troje; a don Francisco Rincón Gallardo y Rosso la de Ciénega de Mata; a don Juan Rincón Gallardo y Rosso, la de Ojuelos; a doña Refugio Rincón Gallardo y Rosso la de Palo Alto; a doña Luisa Rincón Gallardo y Rosso, casada con don Miguel Cortina San Román, la de Chinampas. Finalmente a don Eduardo Rincón Gallardo y Rosso, la de la Punta, cambiada después a su hermano por la de Ciénega de Mata.

Al morir doña Luisa Rincón Gallardo de Cortina en 1902, heredaron sus hijos, don Genaro Cortina Rincón Gallardo y don Miguel Cortina Rincón Gallardo, y habiéndose muerto el primero soltero, la heredaron los hijos del segundo: Don Manuel Cortina y Rivas y don Miguel Cortina y Rivas, en el año de 1930.

Don Miguel vendió su parte y quedó don Manuel Cortina y Rivas con la fracción del casco viejo de la Hacienda de las Chinampas, Jal.

En 1960, de sus divisiones, hereditarios, ventas, y despojos para ejidos, sólo quedan en partes de descendientes del mayorazgo un diez por ciento de la extensión, o sea sobre 360,000 hectáreas.

En fracción de los Campos, Zac., doña Consuelo Rangel y Barajas de González.

En fracción de la Troje, Jal., doña Carmen Barrón y Rincón Gallardo de Romo.

En fracción de Ciénega de Mata, Jal., los hermanos Jaime y Alfonso Rincón Gallardo y Mier.

En fracción de Chinampas, Jal., don Manuel Cortina y de Rivas, quien casó con doña María Teresa Pizarro y Ordozgoiti, y tienen un hijo único, don Manuel Francisco Cortina y Pizarro, quien casó con doña María del Refugio Reynoso de Cortina en el año de 1971 y tienen un hijo de nombre Manuel Cortina Reynoso . . ."

Por el preciosismo caligráfico de este biombo, pacientemente dibujado por don Manuel Cortina Rivas, y por entre una selva de "dones" y de "doñas" que a lo largo de los siglos han venido escribiendo la historia de estas haciendas, hemos venido hasta el último retoño, un chiquitín que duerme plácidamente en una cunita de espuma, mientras nosotros tomamos estos datos.

La señora doña María del Refugio Reynoso de Cortina y el doctor don Francisco Cortina y Pizarro, sencillez y cordialidad manifiestas, se han puesto a contestar todas nuestras preguntas, a satisfacer todas nuestras curiosidades.

Y hasta los perros de la casa que primero nos llenaron de pavor, con la solemne estampa y el fiero resonar de sus ladridos, hoy nos rodean zalameros y se nos tiran amistosamente a los pies para que los retratemos.

Se ha escrito mucho acerca de las haciendas mexicanas, pero pensamos que los datos encontrados aquí, van a despejar más de alguna duda con respecto a nombres, fechas y genealogías de hacendados de esta región.

Y Chinampas, seguirá meciéndose en la corriente de los siglos a despecho de todos los agitados oleajes de nuestra historia, igual que se mece suavemente al viento del último verano, esta casa tan llena de recuerdos.

TRANCOSO.

Estaban saliendo las gentes del templo donde se había celebrado un acto de culto religioso, unas rogativas pidiendo la lluvia, a la hora en que llegamos a esta hacienda.

Fue aquella una impresión profunda cuando, recorridas las llanuras interminables que siguen más allá de Guadalupe, fuimos a penetrar dentro de la muralla que circula la hacienda.

Llevábamos la sensación de aquel horizonte esfumado en las lejanías.

Y sentimos sobre nosotros la solemnidad inigualable del campo limpio, del llano monótono, de la tierra desnuda que se entrega como es, en su pobreza.

No todo está en la augusta grandeza de un bosque, en los golpes violentos de la barranca, en el torrente que se desboca bramando, o en las olas cansadas del mar.

Esta tierra vacía tiene lo suyo, esta superficie que se tiende al alcance de la vista tiene también un encanto hecho de austeridad.

Tiene el solemne canto de un salmo que se queda en la misma nota, sin cansar la respiración. En su murmullo ronco y sordo puede llevar el corazón a Dios.

Por aquellos campos avanzábamos sobrecogidos ya de su inacabable extensión, imaginándolos una patena enorme que acababa de ser purificada de la última partícula de pan. No quedó nada . . .

Pero una patena limpia y vacía, como una superficie hecha también para recibir.

Aquella patena pobre de tierra se extendía al infinito para recibir la catarata de una tarde amarilla; sol quemante, enfurecido sol del último verano y que agrietaba, y asoleando más, más desollaba, desolaba y asolaba aquella tierra.

Con paso que no quería herir el silencio, que no quería turbar la solemne grandeza del llano en sol, vimos la muralla enorme, piedras calcinadas por el tiempo y por la sequía.

—Es Trancoso; lleguen para que conozcan, ya que andan curioseando todo lo que encuentran y haciendo ese mil de preguntas sobre cosas que a nadie se le ocurren. Entren nadie les va a decir nada.

Nos animaron y entramos a una explanada ancha que se rodeaba de las ruinas de lo que llegó a ser una muralla imponente.

La gente estaba saliendo del templo que domina aquel enorme patio.

Magnificente en su arquitectura de piedra, en su torre al centro, en los graciosos pebeteros, como almenas o remates de los cuerpos laterales, así es la iglesia de Trancoso.

Iban saliendo en sombras enlutadas, las mujeres. Y se apiñaban unas junto a las otras, dobladas por un peso que las encorvaba dolorosamente.

Traían en el semblante la emoción de la súplica que acababan de alzar hasta la altura misteriosa de la divinidad.

Con queja adolorida habían pedido por su tierra, esa tierra seca, tierra crispada en grietas de sequedad.

Y esperaron ahí; doblaron la espalda y escondieron el rostro esperando la respuesta de Dios.

Soñaban en aquellos terregales fecundados por la lluvia. Tan grande era su ilusión que ya de antes habían levantado bordos, uno tras de otro, por todo el cascajal que se alcanzaba a la vista, para que ahí se detuviera el agua.

Pero los surcos permanecían secos y duros, como costillares de un cadáver, el cadáver de aquella tierra que se quedó rígida y muerta.

En un instante se perdieron las sombras negras de las mujeres. Los hombres se quedaron en la plazuela que se rodea de la casa grande de la hacienda, del templo y del enorme y suntuoso camposanto.

Es ciertamente interesante advertir cómo entre las construcciones que quedan de la hacienda y entre el miserable caserío, ocupe sitio tan destacado el viejo panteón que hace ángulo con el templo y mira de frente a la edificación de lo que fue la hacienda.

Mausoleo enorme de piedra roja que sale casi a la misma altura de la torre del templo, como la mejor conjugación con este aire adolorido, con estos campos de parda monotonía.

Los viejos se animan a hablarnos. Se rascan la cabeza y tratan de sonreirse al recuerdo de otros años.

Hablan de un Conde de Moncada, primer poseedor de esta hacienda allá en lo más antiguo del tiempo; del movimiento que suponía el cultivo de tanta tierra y de los cientos de peones que trabajaban aquí.

—Fíjese en la fuerza de la muralla, cuándo iba a derrumbarla nadie . . . Por algo levantaron esos muros tan gruesos y tan firmes.

Recuerdan que el reparto de tierras se hizo por el año de 1934, en tiempos de Cárdenas y dicen que de entonces para acá empezaron a cambiar las cosas.

No desmienten la realidad que conocemos: jornadas de sol a sol, la tienda de raya, salario promedio de dos reales. Y sin embargo . . .

—Tengo 60 años o poco más. Me tocó vivir en aquellos tiempos y puedo asegurarle que la vida no era como dicen. Los patrones entendían las necesidades de la gente . . . Me acuerdo de los años del 28 y 29 en que hubo una sequía de

las más duras que he conocido. Las milpitas quedaron así de tamañitas; bueno pos los patrones no se cruzaron de brazos; trajeron muchos cargamentos de maíz y así salimos de aquella apretura.

Luego nos hablan del sistema de trabajo a base de tareas que recibía cada peón, las cuales, dándose prisa, llegaban a terminar a las diez ó las once del día.

En las tiendas de raya se les surtía de manta, de piloncillo, de todo lo que necesitaban en su familia y se les iba descontando poco a poco . . .

—Uno oye decir que aquello era un abuso espantoso. Puras habladurías. Ai'stá lo que hace ahora el gobierno con la Conasupo y eso, un patrón sin cara ni figura que la está haciendo tantito pior. También ahora que dizque van a hacer pozos que nombran cartesianos, canales para riego, caminos, quieren pagarle a la gente con despensas y cosas de comer. Ya verá que nadie quiere trabajar, mejor se quedan dioquis . . . Usted no conoce a los de Zacatecas: tenemos nuestra ley. Así nos verá charicos y con el buche pegado, pero no entregamos nuestro honor: como no quieren pagar en efectivo, nadie tampoco ha querido trabajar. Le digo esto, para que no crea que en aquellos tiempos hubo los abusos que dicen que hubo".

Dentro de una arquería tendida a lo largo de la casa grande, hay puertas y ventanales que corresponden a diferentes dependencias de la hacienda.

A un lado del portón principal, vemos una puerta abierta y nos atrevemos a entrar.

Es una sala grande con piso de madera, amueblada

todavía con muebles que tienen cuando menos un siglo de antigüedad.

Haciendo juego con el mobiliario, un anciano doblado sobre el escritorio, limpio él y de conversación fluída y gentil.

—Estas son las oficinas de la hacienda. Nosotros las llamábamos "el escritorio". Aquí se llevaba el control de los trabajadores y de las tareas que hacía cada uno.

Y nos va mostrando los escritorios de entonces, hasta nueve en total, unos ya desvencijados y temblorosos con el mismo temblor con que el anciano nos va contando las peripecias de sus tiempos.

—Fíjese en las paredes; mire qué bien se marcan las manchas de grasa de la cabeza. Aquí se llevaba el santo y seña del trabajo que hacían aquellos 500 peones que, todavía en los tiempos que yo alcancé a ver, trabajaban en Trancoso.

Don José León García que así se llama este amable viejecito endulza la expresión y recuerda y refiere y trae mil sucesos de aquel tiempo. Su semblante apagado revive y se ilumina al conjuro de su charla que tiene ese sabor amable de todas las pláticas de las personas mayores.

La hacienda pertenece ahora a Don Jesús López, vecino de la ciudad de Zacatecas, que ha querido conservar con amoroso anhelo todo lo que fue la antigua construcción, en su forma original. Ha hecho reconstruir la muralla y los torreones de la entrada, mantiene los mismos muebles y hasta la caja fuerte donde se guardaban los caudales de la hacienda que muestra por cierto las huellas de violencia, a

golpes de hacha, con que trataron de abrirla los revolucionarios, cuando irrumpieron aquí, saquearon y destruyeron todo lo que les vino a la mano.

Platicamos con los dueños. Un joven profesionista nos lleva por todas las dependencias: sus corredores sostenidos con postes de fierro, un poco al estilo inglés, sus salas, su cocina, su comedor, su patio interior y la huerta llena todavía de árboles descarnados y viejos.

—Nada más tiene el nombre de huerta. Es imposible cultivar aquí una planta, frutales, flores . . . La sequedad de esta región lo hace imposible. Andamos viendo la posibilidad de un pozo artesiano a ver si entonces transformamos esto . . .

Caballerizas enormes, bien acondicionadas, en sus arquerías de pura piedra, sus pilas y patios, hablan del movimiento que debió tener la hacienda. Hoy se aprovechan estas instalaciones para una gran ordeña que es ya la única actividad permanente que tiene la hacienda.

Enormes y pesados peroles de cobre que sirvieron para hervir y rendir en pura miel la tuna que se cosechaba en toda la extensión de la hacienda, sirven hoy como recipientes para la elaboración de un forraje que se emplea como complemento en la alimentación de las vacas. El tal forraje no consiste en otra cosa que en pencas de nopal chamuscadas y trituradas.

Nos hablan también estos señores del Conde de Moncada, personaje legendario que, en tiempo de la Colonia, tuvo con ésta, 99 haciendas, para no violar la reglamentación de entonces que prohibía tener más de cien haciendas.

Español de origen, hizo el Conde de Moncada buena fortuna de estos pegujales áridos; impulsó la ganadería, promovió el mejor aprovechamiento de estas tierras y creó un medio de vida que benefició a muchísimas familias.

Este empeñoso y entusiasta personaje es conocido como el Conde del Jaral, por una famosísima hacienda de este nombre en la que habitualmente vivió y a la que llegó a dar un esplendor y grandeza notables.

Por lo que respecta al nombre de "Trancoso", consideran los actuales dueños que el tal debe tener origen en España, donde existe un pueblo llamado así. Acaso el Conde de Moncada o del Jaral, tuvo relación con aquel Trancoso, o vio en estas arideces alguna semejanza que le hizo recordar y lo movió a bautizar así este horizonte de ceniza en el Estado de Zacatecas.

Terminada la ceremonia religiosa y luego que las mujeres enlutadas se desparramaron, leves y huidizas, entre el caserío, vimos la plazoleta sola.

Algunos hombres se quedaron sentados en las piedras gastadas de lo que fue una pila o en las raíces de un zapote. La mirada perdida en el infinito, más allá de los campos desnudos que rodean la hacienda.

La pobreza, la desolación de la comarca, ha hecho a estas gentes duras y estoicas en el infortunio, y las ha hecho acrecentar un acopio de valores espirituales que ya quisieran quienes en la abundancia de dones de la naturaleza, dejan que se les reblandezca el ánimo en solas morbideces.

Es asombroso el nivel de cultura de estas gentes, el empeño por mejorar su nivel intelectual, aun entre campesinos, y la dignidad y el orgullo humano bien entendido, que los hace un pueblo dueño de sí mismo, rico en su pobreza, seguro en las eventualidades del tiempo, y con un no fingido apetito de bienes espirituales enmedio de las otras lacerantes carencias en que viven.

Una explosión de luz encandenscía a la distancia. Era la tarde amarilla del último verano que temblaba en la tierra suelta, en la tierra vacía, en la solemnidad impresionante de un horizonte duro, golpeado por un aire de ceniza, confundido en un cielo cárdeno.

Y ni siquiera el vuelo de un pájaro o su canto, en aquella soleada desolación.

LA ESPERANZA

Empezamos a sonar las campanas en atrevida audacia. Vibraba en el aire un sonido transparente y liviano. Aquella campana tenía la voz como de un niño que va saltando por entre los verdes que matizan el valle.

Ahora la otra. Aquella campana tenía modulaciones amorosas. Tonos apasionados. Una campana que se estremece como un corazón, que llora y canta y sueña y bendice en el lenguaje con que hablan los enamorados.

Tocábamos una campana y luego la otra. Así hasta recorrerlas todas, tratando de descifrar el lenguaje de cada una de las cuatro campanas que hay en la hacienda de La Esperanza.

Otra tenía un sonido grave y solemne. Una voz que llega hasta los hondos repliegues de la conciencia y la estremece con su voz sentenciosa. En círculos concéntricos hacía vibrar el aire aquel bronce con admoniciones de un Miércoles de Ceniza: Acuérdate, hombre . . .

La última campana tenía una voz impalpable. Era nada más como un soplo verde, como un destello de la luz del mediodía, en la anchura infinita de aquel horizonte. Hablaba con el lenguaje que no es de este mundo; una campana que nos pareció con voz divina.

Empezamos a sonar una y luego la otra, tratando de encontrar el sentido misterioso de cada campana en el tono de su bronce. Y nos gozábamos de aquel sonar tan melodioso y argentino, y algo dentro de nosotros mismos, se rebullía en emoción indescriptible.

Una campana y luego la otra, hasta que empezamos a sonarlas todas al mismo tiempo, en un orgasmo diabólico, en un frenesí enloquecido, en una vehemencia que nosotros mismos éramos incapaces de contener. Una excitación interior se había prendido de nosotros y cada uno de los que íbamos se cogió de una de aquellas cuerdas que agitaba y agitaba en incontenido frenesí.

Las personas del caserío empezaron a volver la cara llena de azoro hacia lo alto de la torre. Las mujeres se paraban en la puerta de sus zaguanes, los hombres se detenían a media calle. Y no sabían explicarse el por qué de aquellos toques tan a deshora.

Los chiquillos de la Hacienda no tuvieron qué preguntar. Ellos acudieron en parvada al atrio, pensando que eran aquellas las llamadas de la "doctrina" . . .

Cuando bajamos de la torre, jugueteaban y brincaban entre los montones de escombro, o se colgaban de las ramas de los mezquites. Era una turba de chiquillos que esperaba nada más la última llamada para el estudio sabatino del catecismo.

La Hacienda de La Esperanza, a una mínima distancia antes de llegar a Ameca, tiene muchas cosas qué mostrar al visitante.

Divisamos de lejos el perfil adusto de su construcción de ladrillo ennegrecido por el tiempo. Líneas violentas, impresión de abandono, dureza y rigidez de unos muros altísimos que se alcanzan a ver desde la carretera, como un castillo abandonado, como una fortaleza vencida . . .

Habíamos de ir; tendríamos que descubrir el enigma de aquellos contrafuertes ahogados de maleza, y aquel templo de arquitectura tan extraña.

Don Jesús O. Cañedo fue el propietario de esta Hacienda que alcanzó el punto más alto de su esplendor al mismo tiempo que El Cabezón y todas las importantes haciendas cuyas ruinas en la amplitud del Valle de Ameca, son como un signo de la riqueza agrícola de esta zona y de lo que en aquellos sistemas llegó a tenerse.

No hay mucho qué decir de la época de florecimiento de La Esperanza, fuera de lo que sabemos de todas las haciendas de la región. Los cultivos de tierra extendidos a la amplitud que abarcaba la hacienda, pastizales para el ganado, gentes que trabajaban en jornadas agobiadoras, trojes henchidas, una cierta conformidad de la peonada con el estado de cosas, datos muy positivos sobre la benevolencia de los amos, algún manchón negro no faltaba a veces, ambiente en calma y tranquilidad, celebraciones religiosas y profanas, la capilla o el templo presidiendo la vida y el trabajo y lós anhelos de aquellas familias . . .

Nada queda en La Esperanza que pueda servir como testimonio preciso de sus mejores días. Las tierras reparti-

das, los cañaverales tendidos en horizontes inabarcables. El agua del río pasa en el murmullo en que pasaba en aquellos tiempos, aunque ahora los canales que la distribuyen entre las parcelas, van midiendo diferencias y a veces inyectando enconos.

Por quién sabe qué circunstancias los Cañedo tuvieron que desprenderse también de la casona imponente de La Esperanza, misma que fue a dar a un don Eulogio Contreras que vino de rumbos desconocidos.

No, esta casa no sirve para nada. En cambio las vigas de fierro, tan largas, y tan anchas, deben valer un dineral . . . mejor el dinero en la bolsa que todo eso.

Tal debió ser el razonamiento de don Eulogio, y como dueño de lo suyo, un día hizo que una cuadrilla de albañiles, llegara y con barras y picos y enmedio de un estruendo destructor, se pusieran a tirar los techos del edificio.

Barrenando sin compasión las sólidas techumbres de bóveda, sacó todas las vigas de fierro y obtuvo muchas toneladas que pudo vender a muy buen precio en tiempo de la última guerra. Se echó sus centavos a la bolsa y dio la media vuelta dejando aquel caserón vacío, aquellos ventanales como ojos saltados, órbitas hundidas en la nada, una jaula de muros sostenidos con firmeza, y montones de escombro y suciedad . . . un cielo azul errado de nubes y un viento perfumado en las hierbas del campo, entran y se asoman por las bardas que es lo único que queda.

La gente que rodea esta vieja construcción, ni se interesa, ni sabe, ni le llama la atención su trágica figura.

También aquí hubo historias de aparecidos, rumor de fabulosos tesoros enterrados en aquella esquina. No, al pie de este pórtico; que no, el dinero está en unas ollas enormes acomodadas en el mismo cimiento de aquel muro.

Y empezaron a hacer excavaciones por todos lados. Aquí y allá aparecían de un día a otro, túneles profundos, paredes derrumbadas. Todo en vano. Nadie llegaba a sacar nada, hasta que un día . . .

Dicen que un día llegó un señor con una piara grande de cerdos, los llevaba a vender a Guadalajara y tuvo que pasar noche en Ameca. Buscando un sitio a propósito para encerrar sus animales por la noche, al resguardo de cualquier riesgo, pensó en aquellos tapiales y pidió permiso al presidente municipal de encerrar ahí sus cerdos.

Aseguran que los animales dieron en escarvar, desesperados, o por el encierro o por el hambre, o por el simple instinto de remover la tierra con la trompa. Como hubiera sido, lo cierto es que, según dicen, aquellos animales desubrieron un entierro de dinero tal que el dueño de ellos anocheció y no amaneció; ni siquiera le importaron ya los cerdos, el hallazgo lo dejó más rico de lo que nunca había imaginado ser.

Por eso ya ahora nadie tiene mayor cuidado por las ruinas de las que ya nadie espera sacar ningún provecho.

Lo único que queda en pie y dando alguna utilidad es la vieja iglesia imponente en su arquitectura y de un trazo interior que difiere de todo lo que se conoce en edificios religiosos.

Un portón magnífico y luego un recinto dominado

por un majestuoso exágono de pilastras que sostienen por dentro y desde abajo una hermosa cúpula.

Fuera del exágono, pero dentro del templo, hay en la parte de entrada, unas tribunas a las que se llega por unas escalerillas de madera, ruinosas y apolilladas. A vuelta y vuelta y temblando en su inconsistencia, llevan estas escaleras hasta las bóvedas del templo y de ahí a sus torres.

El altar es pobre. No tiene en realidad imágenes de mayor mérito. Los vasos sagrados y los ornamentos no tienen especial valor.

Don Adrián, un viejecito que cuida el templo y sus pertenencias, anduvo enseñándonos todo lo que guarda. Nos condujo a la sacristía, nos dejó ver y hurgar todo lo que sirve para el culto católico.

De pronto nos llamó hacia una cómoda desvencijada y con voz llena de unciones reverentes, nos dijo también con mucha resolución: hínquense para que vean a su padre.

Nos desconcertó la energía de aquel anciano; no era una broma la suya, se le conocía en el semblante respetuoso, en la expresión emocionada. Nos hincamos sin saber a qué conducía todo aquello.

Cuando nos vio de rodillas, abrió la cómoda y sacó una imagen del Niños Jesus cubierta con una tela blanca de bordados azules. Recogió la tela y luego, en actitud de suma reverencia, nos acercó el Niño para que lo besáramos. Un acto ingenuo de piedad que no pudo menos que conmovernos.

Se satisfizo el anciano de vernos compartir con él un

acto de devoción y dueños ya de su confianza se puso a contarnos lo que andan queriendo hacer las autoridades con aquel templo.

Dice que han dado en afirmar que la construcción exige riesgos muy serios, que puede desplomarse en el momento menos pensado y que han querido retirar esa iglesia del culto, invitando a los fieles a cooperar para construir otra más amplia y más segura.

Pura política, eso es todo en el fondo, asegura don Adrián. Y nos sube a las bóvedas desde donde se columbran lejanías azules y unas llanadas interminables . . . Que veamos, que nos demos cuenta por nosotros mismos, si con aquellos amarres de fierro, tensados de un lado a otro, puede haber peligro de derrumbe.

Pura política en todo esto, afirma de nuevo don Adrián, y dice que no se sacarán la suya quienes tratan de cerrar este templo, que en resumidas cuentas pertenece al pueblo y no a las autoridades ningunas. Y que ni crean que la gente va a dar un solo centavo para construir otra iglesia.

Desde las bóvedas del templo nos ponemos a contemplar el imponente perfil del Cerro de Ameca, y el dilatado valle que es sin duda alguna uno de los más fértiles de México; ahí está por si alguien pudiera dudarlo, el número de haciendas que se desparraman por toda la extensión verdeante de cañaverales, de legumbres y hortalizas.

Por entre aquel juego de esmeraldas, que luce más bajo un cielo de limpio azul, por donde se dibuja la tierna blancura de unas nubes, pasa como serpiente enfurecida el Río de Ameca. Agua lodosa, agua revuelta, que viene desde aquellas cumbres a estas planicies interminables, recogien-

do la lluvia del temporal.

En momentos sopla un viento húmedo y en él se percibe la fragancia de los campos que ya empiezan a puntear con las primeras flores silvestres de la estación.

Con el viento se agita y desmadeja en la inmensidad del cielo, la columnilla de humo que brota de aquellas chimeneas que desde aquí, como en la visión lopezvalerdiana del tren mexicano, parecen "aguinaldo de juguetería".

Uno podía quedarse toda la vida contemplando el maravilloso paisaje que desde aquí se domina. Lo hubiéramos hecho si no es que de manera imprevista nos pusimos a sonar las campanas, comprobando cuán argentino y melodioso es el sonido.

Dos de estas campanas muestran data y sello de una casa alemana que las fundió allá por el año de 1904. Y tienen realmente un timbre musical que hechiza el alma.

Dicen por aquí que las autoridades eclesiásticas quisieron un buen día cargar con estas campanas para colocarlas en el campanario de catedral; que su sonido bien venía a la ciudad episcopal, cabecera de la Diócesis; mejor acá y no en el villorrio escondido tras el oleaje de sus cañaverales, ruinas abandonadas de una hacienda que ya no tiene nada.

Esas campanas deben contener una liga muy alta de ricos metales y su sonido se dilata por el valle como una algarabía de ángeles que van bendiciendo a Dios en la gloria de esos toques . . . Que esos toques correspondían mejor a la catedral y que por eso se habrían de traer hasta Guadalajara.

Todos estos razonamientos se estrellaron contra un no rotundo del vecindario, nos dice el viejecito que subió con nosotros al campanario de esta iglesia, y las campanas siguen ahí, con su figura un tanto extraña, con sus leyendas y sus escudos de la fábrica alemana que las fundió.

Nos ponemos a tocarlas y a tratar de descifrar el lenguaje de cada una. La campana atiplada con la voz de niño; la campana grave y sentenciosa; la que expresa quejas de amores y la que tiene arpegios como de una voz divina.

Sin pensarlo ya estamos tocando al mismo tiempo todas las campanas en un arrebato enloquecido que nos pone fuera de nosotros mismos y asusta a los vecinos y hace venir a la parvada de chiquillos que piensan que ya están llamando a "la doctrina".

Aquella mañana en la hacienda de La Esperanza. Una de las numerosas haciendas de Jalisco que guarda tantos recuerdos, que ofrece tantos datos y que es un testimonio silencioso y trágico de otras épocas, de otros sistemas, de otro modo de vivir y de pensar que registra nuestra historia.

BUENAVISTA

Tenía los ojos desvaídos y tristes. Ponía sus ojos blandos en las cosas y los dejaba ir sin detenerlos en nada. Podía pensarse que eran los suyos unos ojos de mentira.

Dicen que así era aquel maestro labrador de cantera que vino una vez a apalabrarse con los dueños de la hacienda de Buenavista quienes pretendían hacer una iglesia muy superior a la de El Cabezón, San Antonio de Matute, La Sauceda, El Carmen y otras muchas más que ya lucían por estos rumbos exquisitos primores de arquitectura, tallas y dorados de fino acabado.

Aquellos hombres trataban de superarse unos a otros. La bonanza, el copioso fruto que hinchaba sus trojes les impulsaba a entonar un canto de alabanza a Dios ¿y qué mejor modo de hacerlo que edificando una iglesia, la más preciada y rica?

Corrían rumores llenos de admiración por la habilidad

y destreza de un cierto artesano, labrador admirable de imágenes que sabía hacer prodigios con la piedra.

Lo hicieron venir a Buenavista. Que él mismo discurriera lo que podría hacerse, que presentara proyectos, que propusiera sus ideas para la edificación del templo más hermoso en toda la región. Los hacendados pagarían con hartura.

Llegó aquel hombre y se puso a hablar con los dueños de Buenavista. Corto de palabras era, se tropezaba en su propia lengua, repetía una y varias veces la misma expresión y luego doblaba los ojos como en avergonzada actitud. Francamente quedaron decepcionados los señores de la hacienda con el porte de aquel hombre.

Hicieron venir al capellán, tal vez con él pudiera el artesano concertar mejor acuerdo. Parece que ellos sí se entendieron, porque pasaban las tardes largas a la sombra de unos ciruelos de España que había en la huerta de la hacienda, en una charla que parecía animada.

Al cabo de una semana estuvieron listos los planos. Líneas toscas, figuras desgarbadas, perspectivas mal dispuestas, manchas y rayones por toda la hoja del papel que no llegaron a convencer a los hacendados, mas lo aceptaron así, a instancias del capellán que aseguraba y repetía que la obra de aquel hombre llegaría a satisfacer plenamente los deseos de los señores.

Eso fue a mediados del siglo pasado. El trabajo de la iglesia de Buenavista avanzó a su paso, desconcertando a todos por la audacia y belleza en que se iba conformando.

Magnífico e imponente se levantó el frontispicio, equilibradas y armónicas se curvaron las bóvedas. La pequeña iglesia del lado con su vieja torre, era ya un juguete junto a la majestad del nuevo templo.

Y luego vinieron las esculturas con que el maestro quiso rodear el atrio y adornar el cornizón alto del frontis. Aquí pondría a los profetas Moisés y Elías; en la balaustrada colocaría a los doce apóstoles.

Hizo que le acercaran unos bloques inmensos de cantera morada. Que los pusieran junto al portalillo aquel que se escondía casi en la arboleda posterior de la casa grande. Pedía a todo trance estar solo en su trabajo.

Y nadie sabía realmente lo que estaba haciendo en aquella ausencia de días y semanas enteras. No cambiaba palabras con nadie y en su rostro no había expresión alguna, sino aquella forma de su mirar, aquellos ojos suyos desvaídos y tristes que pasaban sobre las cosas y las gentes sin detenerse en nada.

Dicen que la única exigencia que puso antes de comenzar este trabajo fue la de que se le proveyera cada día de un bulito de tequila. Eso era todo lo que pedía.

A veces regresaba del portalillo distante al caer la tarde, con paso lento y actitud cansada. El mandil de cuero lleno de polvo y lleno de polvo también, como si hubiera encanecido repentinamente, el desordenado pelo de su cabeza.

Pero no hablaba con nadie. Todo lo que hacía era contemplar largamente, insaciablemente el perfil de la iglesia, y calcular distancias y medir a pasos el rectángulo

que cubriría el atrio de la misma.

A la fecha en que se escriben estos recuerdos, acaba de descubrirse una inscripción muy interesante en los muros interiores que sostienen la magnífica verja de este atrio, donde consta el nombre de este artesano y el tiempo que duró en la hechura de los apóstoles colocados sobre altas columnas de piedra a nivel de la verja misma.

Fuimos a Buenavista una de estas tardes, helada y sombría. Si en otros lugares habíamos experimentado una íntima desolación ante las ruinas, el abandono, los escombros putrefactos a que fueron reducidas las edificaciones magníficas, aquí, al menos por lo que respecta a la iglesia, pudimos satisfacernos plenamente con un deleitoso embeleso, por la maravilla de aquel conjunto.

La piedra tosca se transparenta en promesas de luz. Las figuras todas alcanzan una levedad y blandura que apenas puede entenderse cómo la piedra pudo someterse así.

Y la expresión de aquellos rostros barbados tiene un arrobamiento espiritual que seduce interiormente a quienes los contempla.

Quien sabe si la mirada desvaída y triste del maestro cantero haya quedado plasmada en estas piedras; no una tristeza aguijoneada por la fatalidad, sino la dolencia de quien se siente atrapado en la materia y quisiera subir, abrirse paso por el cielo azul.

Platicamos con el capellán que tiene actualmente esta iglesia. Es un sacerdote serio, de palabras graves y de un espíritu profundamente apostólico que siente y vive en su

carne las condiciones de estas familias que componen la comunidad ejidal que se repartió las pertenencias de la hacienda.

Dice el capellán que una vez intentó remozar las esculturas valiéndose de ciertas substancias que le dijeron emplean en catedrales europeas para limpiar el musgo y la negrura que pinta el tiempo en las piedras.

Alguien lo hizo recapacitar: esto es más valioso así, con la huella dorada del tiempo, con las chorreaduras y sombras que hacen resaltar mejor el trabajo escultórico de las túnicas, la expresión hierática de estos apóstoles.

Hubo unos laureles de la India, corpulentos y frondosos que sombreaban el atrio pavimentado con ladrillo de jarro; pero se pensó quitarlos de una buena vez porque la humedad que propiciaban, estaba dañando las figuras, aparte de que podía darse el caso de que una rama se desgajara sobre alguna de las esculturas que no podría volverse a labrar igual.

También nos habló el capellán de algunos objetos de culto que se conservan todavía como recuerdo de los mejores tiempos de la hacienda. Entre éstos, una custodia y las valiosas imágenes de la Sagrada Familia, en talla bacerlonesa y en tamaño natural, que ocupan el sitio principal del retablo.

Unas tribunas de madera en las esquinas de la entrada al templo, se conservan todavía como recuerdo del lugar donde los patrones asistían a los actos religiosos. Y la tarima de madera preciosa con un letrero que dice que "el entarimado de esta capilla tiene un largo de 18 varas, 8 de ancho. Se pusieron 816 tablas y 130 varas de durmientes.

Lo hizo el honrado artesano Eutimio Rábago bajo la dirección de su padre, ambos nativos del Cabezón. Costó 336 pesos y quedó concluído el 30 de octubre de 1880".

Fuera de esto, en Buenavista ya no queda nada, apenas la tierra suelta, el abandono, la casa en ruinas de lo que fue habitación de los dueños de la hacienda. Las terrazas, los salones interiores, todo aparece hoy lleno de humedad y de inmundicias. Una parte de la construcción amenaza ruina, por más que, nos dijeron, algunas salas de la casona son empleadas hoy como escuela de la comunidad ejidal.

No faltó con todo esto más de un amargo comentario, pero nosotros evitamos toda expresión negativa; muy otra fue la intención que nos trajo a este lugar.

Quisimos más que todo contemplar y extasiarnos en el conjunto arquitectónico de esta iglesia y en el testimonio de fe que los Apóstoles han encarnado en esta piedra, piedra nuestra, piedra de toda condición humana, materia tosca que puede resplandecer y transformarse y transfundirse en una levedad de luz . . .

CIENEGA DE MATA

Dicen que esta hacienda nació como una regalía, en tiempos de la Conquista y Evangelización de la Nueva España.

Servicios muy señalados a la Corona; intrigas y desaveniencias entre los dominadores; el afán de premiar a alguien o de retirarlo gentilmente de la acción dominadora . . .

Dicen que hubo una concesión del rey para los primitivos dueños de esta Hacienda: que fueran a subirse al cerro más alto de la comarca, que tendieran los ojos por todos los rumbos del horizonte . . . hasta allá, sí, hasta a aquel filo azul que se columbra a la distancia: todo iba a ser de ellos, que pusieran sus mojoneras en aquellos límites.

Quienes conocen los antecedentes de lo que fue Ciénega de Mata se hacen lenguas y no acaban de ponderar la magnificencia que alcanzó. Dicen que está entre las cinco más grandes que hubo en México, considerando entre ellas las de San Juan del Río, Durango, Querétaro y Chihuahua.

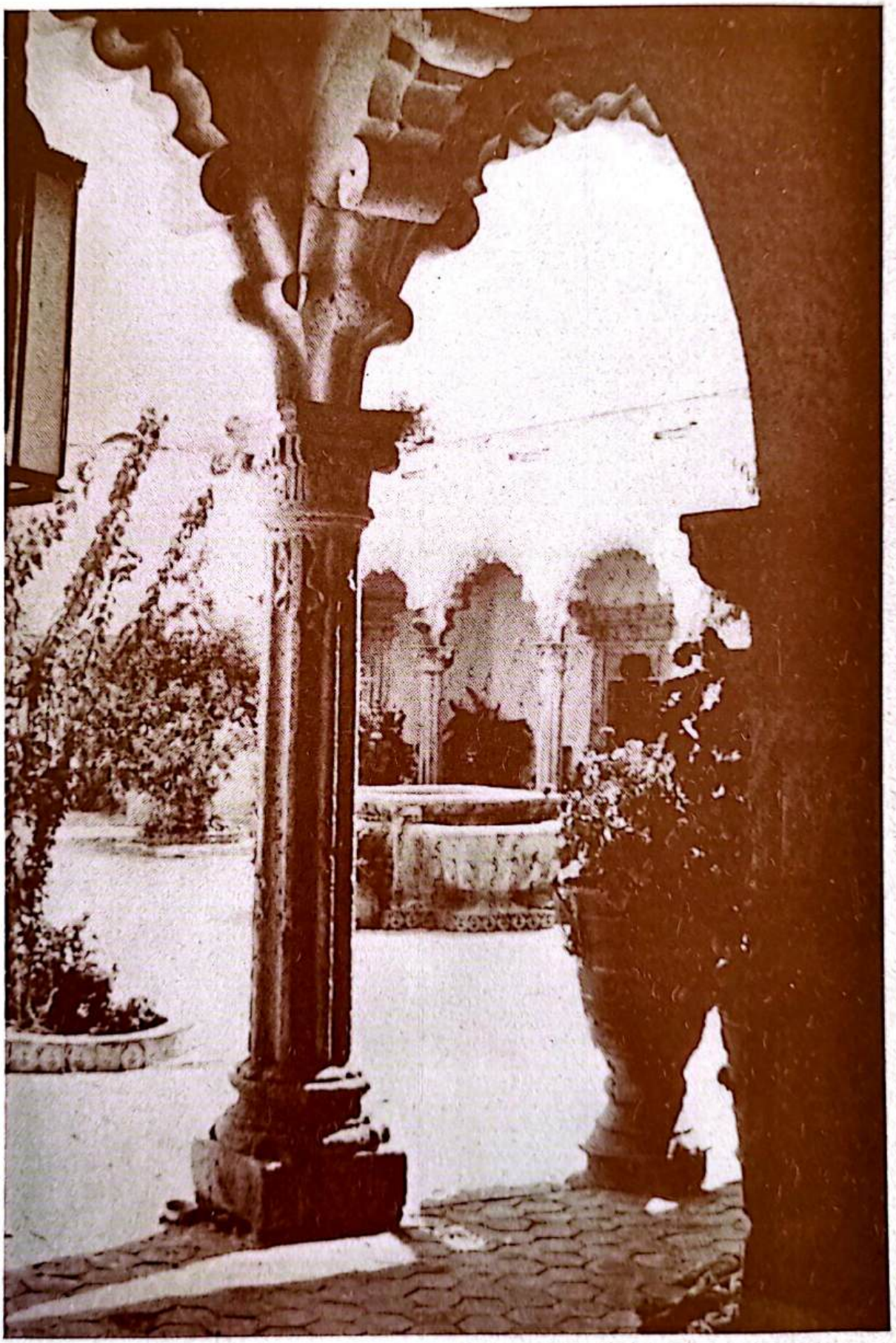
Grande fue Ciénega de Mata en distancia y estancia. A lo primero, señalan su límite, por Aguascalientes en la línea de Río Grande, colindando con las posesiones del Conde de Rul y con la Hacienda de Peñuelas del señor Dosamantes. Por Jalisco, abarcaba todo lo que hoy pertenece a Lagos de Moreno y cubría grandes extensiones de San Luis Potosí, Zacatecas y Guanajuato.

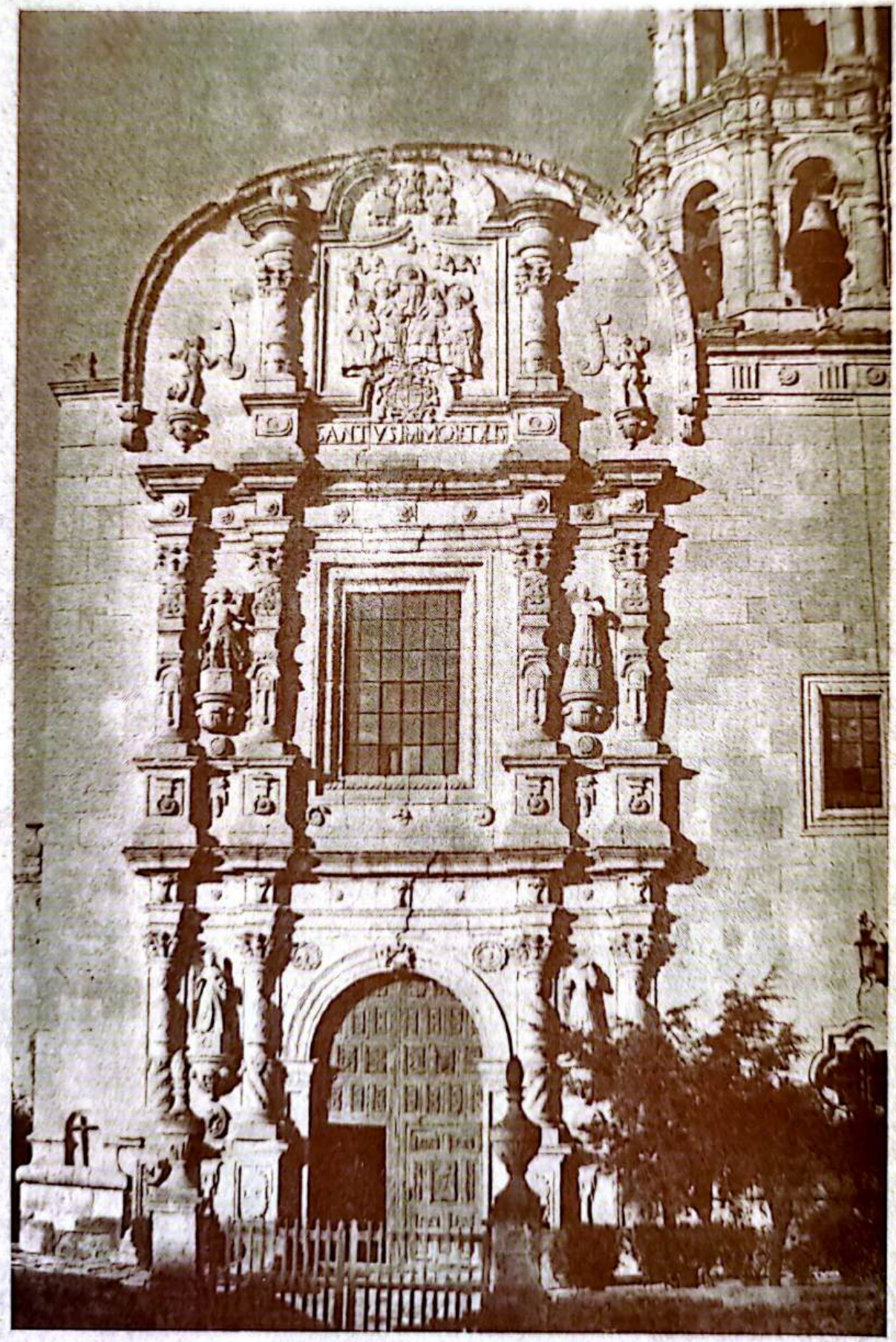
Entre los autores que se han ocupado de estudiar las haciendas mexicanas, Joaquín García Lazo, dice que "cabecera de lo que fue un Mayorazgo Colonial, lo es sin duda, la Hacienda de Ciénega de Mata en el Estado de Jalisco, fundado dicho Mayorazgo a mediados del siglo XVI por la familia Rincón Gallardo quienes conservan hasta la fecha esta hermosa propiedad".

El Canónigo Luis Enrique Orozco dice que el apellido "Mata" que da nombre a la Hacienda corresponde al primitivo dueño español y que fue a principios del siglo XVII cuando adquirió estos dominios el Lic. D. Pedro Rincón de Ortega, de quien arranca ya la sucesión de los Rincón Gallardo. Y apunta todavía que en documentos coloniales llega a mencionarse ésta como "Hacienda del Rincón".

Nosotros no vamos a tomar parte en puntualidades históricas que convienen al melindroso especialista y no a los términos de una estampa: lo que vimos, lo que oímos, lo que dejó en nosotros esta maravillosa Hacienda.

Antes que el alba ya íbamos desde Lagos por la carretera de San Luis. Se columpiaba el camino entre las sombras dándonos a veces la sensación angustiosa de quien se precipita al vacío.





Luego empezó a aclarar poco a poco el cielo. Ya podíamos contemplar a los bordos del camino, en el pasto y los pedregales, las manchas blancas de hielo crudo que dejaba aquella terrible helada.

A medida que se iluminaba el ambiente desconocíamos o reconocíamos el paisaje norteño: cactos retorcidos, yucas espléndidas y unas planicies interminables que iban a llegar hasta los límites donde el cielo empezaba a pintarse de rojo.

Sesenta kilómetros hay de Lagos a Ojuelos. Cuando llegamos aquí el aire se enrojeció tan vivamente, que nos vimos envueltos en las llamas de aquel extraño amanecer de tierras del norte. Todavía aquí, hubimos de caminar cosa de cuarenta kilómetros, ahora por el camino hacia Aguascalientes, para llegar a Ciénega de Mata.

Vegas retoñadas, arboledas y campos de alfalfa van bordeando el camino hasta el punto donde una enorme presa puso un espejo de agua a las luces del amanecer.

Del otro lado de esta presa y saltando entre pedregales tuerce por un pequeño cerro, la brecha que lleva hasta la hacienda.

Está escondido el caserío y las edificaciones magníficas que pertenecen a Ciénega de Mata. Nadie pudo imaginar que allí fuera a construirse tan sorprendente fábrica.

Barrían y regaban las calles del poblado. Ahora está buena parte de las extensiones de Ciénega de Mata en posesión de cinco ejidos que tienen aquí su más importante centro vecinal. La primera estampa es de un pueblo sin significación.

Pero luego se sorprende uno de la arquería, del edificio de la hacienda, de su maravillosa iglesia en un alado y transparente barroco, de las trojes con arcadas y ventanales como de una catedral.

A todo esto, tratamos de entablar conversación con los vecinos, buscar el conducto indicado para obtener permiso de conocer el interior de aquel palacio. Obtuvimos sólo evasivas, datos muy generales y en ninguna forma el medio de conocer detenidamente la hacienda.

Todo fue a solucionarse cuando el sacerdote del lugar, Pbro. Ramón Miramontes, lleno de bondadosa gentileza, hizo a un lado sus ocupaciones para mostrarnos el templo y recomendar y pedir él mismo al guardián de la hacienda nos permitiera acceso a las dependencias de ésta y todavía nos proporcionó los datos que él ha llegado a recoger sobre los antecedentes de este singular Mayorazgo.

El frontrispicio de la iglesia que se comenzó a construir en 1743 y se terminó en 1770, ofrece valores arquitectónicos de extraordinaria belleza.

Nos dice el P. Miramontes que fue construída bajo la dirección de un sacerdote jesuita, por el mismo arquitecto que construyó el templo del Señor del Encino y la Catedral de Aguascalientes.

Y nos hace notar el detalle de las Cinco Personas que constituyen el motivo principal del frontispicio: Jesús, María, José, Joaquín y Ana, que sostienen sus relieves sobre los signos heráldicos del blasón de los Rincón y Gallardo.

Esta alusión a las "Cinco Personas", fue característica

del tiempo de la Colonia y todavía, viejecitas de nuestro tiempo, invocan y veneran la "Mano Santa, la Mano Bendita", significada en estas Cinco Personas. Al parecer, sólo hay en la arquitectura religiosa de la Colonia, otras cuatro iglesias con este piadoso testimonio.

Angeles, figuras ornamentales, molduraciones caprichosas, imágenes que no supimos identificar, componen en un barroquismo lleno de levedad y de gracia, este retablo.

El interior es amplio y más sobrio. Hay un cuadro inmenso relacionado con las Apariciones de la Virgen de Guadalupe, hecho contemporáneo casi de la fundación de la Hacienda. Y un altar en el crucero izquierdo, al Señor de la Capilla, venerada imagen de Cristo Crucificado, de aquellos Cristos elaborados en pasta de maíz que quedan todavía en muchas iglesias antiguas.

Hacia el crucero derecho y tras verja de hierro forjado hay una serie de tumbas y mausoleos de mármol que corresponden a señalados personajes de la familia de los Rincón Gallardo y donde en la sucesión de siglos, fueron consignados los títulos y nobleza de condes y marqueses sepultados en el lugar.

Joaquín García Lazo describe esta iglesia diciendo que consta de "planta de cruz latina, con cúpula sobre tambor octogonal rematada por una pequeña linternilla. La hermosa portada consta de tres cuerpos con columnas y estípites, figuras de bulto y en el remate altos relieves. Por su diseño y proporciones sería notable aún localizada en una ciudad importante".

El canónigo Luis Enrique Orozco, por su parte, indica que la construcción de esta iglesia realizada por Don Fran-

cisco Javier Rincón Gallardo tuvo un costo de sesenta mil pesos y afirma que se emplearon quinientos cincuenta marcos de plata en la confección de alhajas y preseas para el culto.

Sobre una elevación, a un lado de la hacienda observamos unas ruinas extrañas sobre las que campea un Cristo. Nos dice el P. Miramontes que los vecinos llaman a Este, el Señor del Castillo.

Y nos refiere que existió aquí un poderoso fortín de sólida y amplia hechura. En tiempos pasados tuvieron los señores de la hacienda poderes militares y reconocimiento muy señalado del gobierno de Huerta, pero al caer el usurpador, desistieron de sus intenciones militares y el Fuerte de cal y canto ya no volvió a emplearse.

Tiempos después, alguien quiso destruir aquella imponente construcción poniéndole dinamita, pero no logró derrumbar los sólidos muros del redondel, que quedaron a medio demoler y todavía mostrando los rasgos magníficos de su hechura. Entonces colocaron arriba ese Crucifijo de Piedra a quien se venera con el título que dejamos anotado.

Hacia el interior de la hacienda, todo es grandeza y esplendor. Se suceden las arquerías realizadas en un lirismo desbordado, en torno al patio principal en cuyo centro hubo una exedra con cuatro relojes de sol, y ahora se ve un pilón enorme de piedras donde florecen con derroche unas matas de geranio.

Está el Patio de los Naranjos, rodeado de portones y ventanas que corresponden por un lado a dependencias de

servicio y por el otro, a estancias y recámaras de la hacienda. Baldosas centenarias en el pavimento se rompen en cuadros simétricos para dejar sitio a unos viejísimos naranjos que todavía amarillean de fruto.

Está por fin el Patio de Primo de Verdad, así llamado porque en las estancias que ven a él, nació el célebre personaje de nuestra historia, cuando su padre trabajó aquí como Contador de la Hacienda.

Don Alfonso Rincón Gallardo, uno de los sobrevivientes de la familia, ha escrito a propósito de esta edificación:

"Ciénega de Mata es una hacienda antigua, con magnífica casa construída en los siglos XVI, XVII y XVIII y que también cuenta con una magnífica iglesia. Ciénega de Mata es en la actualidad exclusivamente ganadera".

Y por cierto, con una simple observación pueden advertirse las sucesivas etapas que corresponden a la edificación. Hay detalles ornamentales sobrepuestos y diferencias apenas sensibles en la calidad de las monolíticas piedras que constituyen las preciosas columnas del patio principal.

Don Candidito es un señor todo donosura y suavidades en la voz y en el ademán. Lleva treinta años como amo de llaves, guardián y hombre de confianza de los hermanos, Jaime, Eduardo y Alfonso Rincón Gallardo, que se dividen las estancias y compartimientos de la inmensa casona.

Ha tenido la atención don Candidito de dejar ciertas labores de aseo que desempeñaba. "Este día toca por suer-

te que los señores no se encuentran en casa y voy a enseñarles todo. Esto nada más por la recomendación del Padre, sino no les habría permitido. Hace poco estuvieron unos gringos a suplicarme que los dejara pasar. Y no, y no, y no. Sin autorización de los señores no puedo dejar a nadie".

Don Candidito se relame los labios y da suavidades más delicadas a su voz cuando habla de sus amos. Manifiesta por ellos una entrañable veneración. "Usted cree que no les guarde cariño, si llevo más de treinta años en su servicio. Mire, yo los conocí así de chiquitos . . ."

Hay un orgullo apenas disimulado en la entonación que don Candidito da a sus palabras. Y con esa ufanía, nos lleva y nos trae por todos los rincones de la casa.

Estancias de una magnificencia imperial, alfombras rojas, muebles europeos, óleos bellísimos, cortinajes y candiles que llevan siglos puestos ahí, y se conservan en tal perfección y limpieza como si los acabaran de poner.

Terrazas amplias sobre la segunda planta y una serie de recámaras amuebladas también en estilo colonial auténtico. Hasta en el caso de una cama nos hace notar don Cándido De Lira, cómo ésta fue construída con los herrajes, maderas y tapices de un antiguo carruaje de la hacienda.

Casi todas las salas y recámaras de la hacienda cubren su piso de ladrillo con esteras de tule mandadas hacer a la medida exacta de cada estancia.

Una recámara, otra y otra más, hasta pasar sin duda de las cuarenta. Y todas amuebladas en muebles genuinos de los siglos XVII o XVIII, y todas en acomodo, limpieza y

uso regular por estos señores que se establecieron aquí con su familia y trabajan en las faenas que corresponden a la atención de los hatos ganaderos y tierras que en diecisiete mil hectáreas les quedaron.

Entre estas recámaras hay una conocida tradicionalmente como la "pieza del obispo", cuyos muros cubiertos de madera negra ofrecen incrustaciones amarillas de hermoso acabado. Así también los roperos, cama, sillones, con el mismo material y la misma decoración.

El comedor es de una amplitud y elegancia impresionante. Un candil enorme y aparadores y alacenas con loza de uso: piezas de Sayula, de Talvera y muchos platos de esos que aprecian tanto los coleccionadores de antigüedades. Un platón enorme a la entrada del comedor, ostenta el nombre de don Pedro Romero de Terreros fundador del Monte de Piedad y de este mayorazgo.

Y por todas partes, cuadros y pinturas de autores famosos de la Colonia. Una colección de temas mexicanistas de lcaza y una serie de óleos de grandes proporciones que nos dicen han sido valuados en doscientos mil pesos cada uno.

No se puede medir con las palabras la magnificencia de esta casa, escondida en las sequedades, laderas pedregosas y derivaciones de la presa que llegan hasta sus proximidades.

Para medir la importancia que llegó a tener, baste decir que de Ciénega de Mata, como Cabecera de Mayorazgo, dependieron noventainueve haciendas menores. Cien menos una, según señalaban las Leyes de la Colonia.

Las 99 haciendas se dividían en Estancias y éstas toda-

vía en mayores y menores, según el tipo de ganado que se criaba en cada una. Estas iban pasando a poder de los sucesores de la familia, pero nos aclara el Padre Miramontes, las mujeres no tenían derecho a heredar tierras del mayorazgo, sino tan sólo ganado menor con su producto y lo necesario para la crianza, pastos, aguajes, etc. Pero así, una estancia de ganado menor llegaba a tener hasta 30,000 cabezas.

Entre las Estancias, todavía de alguna importancia ganadera que existen a la fecha, nos menciona el Padre Miramontes las de Ojuelos, El Sitio, La Estrella, Las Jaulas, El Cerrito, Arriaga, San José de Bernalejo. Y entre las haciendas dependientes do ésta, todavía con vida, las de Chinampas, La Troje, La Paz, El Puerto, La Punta, Tecuán, San Cristóbal, Betulia, etc.

Aparte de todas las haciendas mencionadas había otras que llamaron Mantillas pues eran el "bolo" o presente que daban los Rincón Gallardo a sus ahijados de bautismo. Así se desparramaron las posesiones o prolongaciones de Ciénega de Mata hasta Lagos de Moreno, cuyas haciendas más famosas como Comanja, Cuarenta, La Merced, Las Animas, etc., pertenecieron a este mismo núcleo.

Así se conserva este testimonio de una vida, de un estilo, de unas modalidades que representaron una hegemonía y ahora son un punto de apoyo en el desenvolvimiento agrícola y en la vida de incontables familias campesinas.

Aquel título de nobleza del Marquesado de Guadalupe que obtuvieron los dueños de la Hacienda por fines del siglo XVII, o el nombre de Don Carlos Rincón Gallardo, impulsor destacado de la charrería mexicana, por el año de

mil novecientos, que además del título de Marqués de Guadalupe, ostentaba del de Duque de Regla, son ya recuerdos, testimonios arcaicos de un pasado glorioso, del que depende la continuidad, la permanencia de esta hacienda única en todo el país, desde muchos puntos de vista.

ESTANCIA GRANDE

Dios nos guiñaba un ojo y sonreía.

Estaba aquella tarde en su balcón mirando hacia estas tierras de Lagos.

Era por los soles de junio, cuando la tierra enrojece y tiembla al latigazo del fuego.

Era una tarde de junio, cuando la embriaguez de la luz enloquece los sentidos y desnuda en oro y azul la lejanía.

Ibamos caminando por esta tierra y enmedio de esta luz que se abría como en brazada de espigas.

Y Dios desde arriba sonreía guiñándonos un ojo.

Porque resulta que a estas fechas los hombres no podían ponerse de acuerdo:

—Que no, Señor; no es posible. Espérame nada más unos ocho días. Déjame acabar de trillar mi trigo. Mira que si mandas un aguacero ahorita, me harás perder mi cosecha.

Nosotros vimos el trigal.

Ondeaba aquel horizonte en plenitud. Era como una hamaca de oro, para la luz dorada de la tarde.

No todo el campo se veía así. Estaban allá otras tierras agrietadas en la sequedad y un hato de vacas gimiendo de sed.

Y otra súplica:

—Hasta cuándo, Señor. Ya pasaron los cuatro meses de ley desde el Miércoles de Ceniza y no ha caído una gota de lluvia. Mis animales se están muriendo. Los pastos, las siembras, el río . . . Queremos la lluvia, Señor.

—Detén el aguacero, Señor; apiádate de mi trigo. Ya, Señor, suelta tus compuertas, mándanos la lluvia; tenemos los labios secos, la respiración cansada . . . Aún no, Señor; nada más una semanita . . . Agua, Señor, lluvia, esta asfixia en el sol . . .

Estaba Dios en su balcón mirando hacia estas tierras, y sonreía . . .

Por la tarde de junio veníamos nosotros caminando entre trigales y terrones endurecidos en la terrible sequía.

Unas nubes se dibujaban en el horizonte. Era tal vez un simple vapor lontano; acaso un engaño de los ojos.

En los sembradíos se veía avanzado ya el trabajo de la siega.

Las gavillas punteaban a golpes dorados aquellos tramos que habían quedado desnudos.

Y más allá la tierra, seca, el espinal crispado en el azote del sol.

El río era ya nada más una agua cenagosa y un arenal polvoriento.

A la distancia de aquellos sauces que bordeaban el río, el agua se teñía de verde por las frondas y uno podía creerse en el paraíso terrenal.

Nos dieron las señas y conforme a ellas avanzamos seguros con destino a la hacienda de Estancia Grande.

De Lagos, rumbo a San Luis. Unos kilómetros adelante, a mano izquierda el letrero que corresponde al Ejido Primero de Mayo.

Tomamos la brecha y nos internamos por entre nopaleras ruines. Algunos señores ejidatarios no tienen gracia ni para cultivar un nopal.

El ejido se estableció ya en lo que fueron tierras de aquella hacienda.

Dicen que apenas tomaron posesión de estas tierras, se vio como que cayó una maldición encima de ellas. La aridez, la desolación, la sequedad, se aposentó aquí donde antes hubo gigantesca arboleda, tierras feraces, abundancia en las cosechas.

El río a nuestro paso, para salir de los dominios ejidales.

No es el río sino una corriente delgada y transparente, como una telita de agua tendida entre las piedras.

Acá viene un hato de vacas, hinchadas las ubres, rumiando de satisfacción. Debe haber por aquí una ordeña bien cuidada.

Y los llanos que siguen, la tierra suelta, ardida de sol, y los trigales cansados con el peso de la granada espiga, y las extensiones de alfalfa, y los preparativos apremiantes de aquellas tierras que deben ser sembradas en el temporal.

Así va el camino al encuentro de los más diversos motivos. Un camino que seguimos casi a la adivinanza en busca de aquella hacienda que nos dijeron es extraordinaria.

Hay arroyos secos, vados que en tiempo de lluvias se vuelven insalvables y el río que corta varias veces el camino.

Hemos llegado a un muro derruído que corresponde indudablemente a la muralla que cercó esta hacienda.

Ya aquí, unos árboles inmensos, erguidos en orgullosa rectitud. Allá, en su última altura reparten penachos verdes de finísima fronda.

No podemos atinar en la especie a que corresponden estos árboles. Tal vez se trate de alguna planta extraña que los dueños de la hacienda hicieron traer de otras tierras.

Se reparten aquellos inmensos gigantes a los lados del camino y forman valla a la entrada.

El ingreso a la hacienda tiene de esta manera una solemnidad y señorío verdaderamente impresionantes.

Ya está aquí el muro exterior de la casona.

El callejón de entrada nos conduce primero a una amplia explanada que se rodea de las casas de los trabajadores de la hacienda. Son casas de una misma conformación y cuyo tejado se levanta en un pico central.

Este círculo de casas da la idea de unas niñas cogidas de la mano que se han puesto a jugar alrededor de la casona grande.

La tarde, el viento azul de abril, los llanos rojos de junio y la alegría de unas chiquillas que no se cansan de dar vueltas cogidas de la mano, que cantan la María Blanca o la Rueda de San Miguel.

Guiados por esta ingenua fantasía damos vuelta hasta el portón de entrada de la hacienda.

Austera e imponente es la entrada misma.

Hay un torreón de piedra desnuda, como el de un castillo español, con almenares y aspilleras que hacen sentir su solemnidad.

Aquí está la tierra seca, el pedregal hiriente; no hay adorno, matujo, color, que ablande la rigidez, la dureza de esta primera impresión.

Pedimos permiso de entrar.

Que no, que no están los señores; ellos vienen muy poco. Tal vez don Jesús, el encargado de la casa consintiera, pero es difícil. A don Raymundo Tovar, dueño de Estancia Grande, no le gusta recibir personas extrañas.

Anduvimos de una parte a otra. Hablamos con don Jesús, le dijimos nuestros mejores argumentos y consintió. Aún se mostró halagado y dicharachero. El podía darnos todos los informes que quisiéramos.

El portón de entrada lleva a un patio a donde miran las caballerizas de la hacienda y donde ahora estaban triturando unas enormes montañas de alfalfa.

La hierba marchita, magullada de sol, era recogida a palas y dejaba trascender una acidez cálida.

Unos pasos más y llegamos al espacioso jardín de plúmbagos y rosales a donde voltea la fachada principal de la casa.

El conjunto es alegre y risueño. Los muros bien pintados de rosa muestran la armonía de puertas y ventanas, enrejados y faroles.

Un banquetón alto va por todo lo largo de la fachada ofreciendo escalinatas de piedra para bajar al jardín, bien cuidado al menos en la parte que da directamente a la casona.

Más allá se extiende todavía el jardín, con su bosque de plúmbagos, con sus árboles airosos, con sus rosales viejos y con el ensueño rosa y azul de este florecer de primavera.

Hacia el extremo del jardín la pequeña iglesia de líneas muy graciosas y de una antigüedad que parece venir de los años de 1800.

La torrecita tiene una levedad e inocencia que juegan a esconderse en el boscoso jardín. Una pequeña escultura en piedra de Señor San Miguel, remata la parte central del frontispicio en una clara influencia colonial.

Lo que tiene de atractivo al exterior de esta iglesia se contradice en el desmantelamiento frío del interior. Nada hay acá que merezca mayor atención si no son algunos cuadros antiguos en lamentable ruina. Entre éstos, merece ser consignado el que muestra a San Pedro y San Pablo, pintura de algún mérito que está pidiendo a gritos una restauración.

Ya fueron a conseguir las llaves de la casa grande. Don Jesús se ha mostrado diligente en complacer nuestros deseos.

Pensábamos que no íbamos a conocer la casa, pero la bondad del mayordomo ha allanado dificultades.

Entrábamos a la casa cuando empezaron a repicar las campanas de la iglesia, llamando al Rosario de junio.

Hay un alboroto en el aire, hay una fiesta de bronces. De verdad que el sonido de estas campanas es maravilloso. Son voces de plata, es un jugueteo de cristales danzando en el aire enardecido de la tarde.

Don Jesús asienta nuestra emoción: Que sí, que hubo aquí un sacerdote que se extasiaba oyendo tocar las campanas. Que en especial gustaba de que tocaran la esqui-

la y se quedaba oyéndola con la mirada perdida en el viento y no volvía en sí hasta mucho rato después de que se había evaporado en el cielo el sonido de las campanas.

Tan puro el sonido de estas campanas, tan argentino y tan limpio que no deja lugar a dudas: deben estar fundidas en metales muy finos, quizá con una alta porción de oro y plata.

Entramos a la casona por la puerta ancha.

Empezaron a ladrar unos perros con enfurecida vehemencia . . . Que no tuviéramos temor, por el momento estaban encerrados en el último patio.

Pasamos el zaguán y el corredor y llegamos a un patio cuadrado donde están acomodados en simetría, unos macetones pintados de blanco.

Uno podía imaginarse que en un lugar como éste cabría bien abrir cajetes en el suelo y plantar ahí los limoneros y rosales de esos enormes barriles blancos. Sin duda prosperarían mejor las plantas.

Parece que hubo un capricho, parece que se tiene el afán de cambiar de aquí a allá los macetones dando movilidad al huerto . . . Ocurrencia divertida que no es sino eso, pues es verdaderamente imposible cambiar de sitio tan gigantescos macetones.

Los corredores que rodean el patio son angostos y tienen la particularidad de sus techos en donde fue quitado el "cielo" mostrando las vigas originales que lucen las estrías negras que se les dibujaron y sostienen los ladrillos rojos de hormigón primitivo.

Dice don Jesús que el "cielo" de estos corredores era muy bonito. Valió la pena quitarlo, después de todo, ya que el aire directo sobre las vigas las hará durar más.

Hacia el fondo está el comedor, la parte principal de la casa.

Esta es en verdad una estancia grande, salón rico y bien aderezado como aquél que pidió el Señor para celebrar la pascua. Sus dimensiones deben ser de unos 20 metros por 6, amplitud que en edificaciones del siglo pasado pudo tenerse como un positivo lujo.

El piso es de ladrillo de jarro de mucha calidad y en combinación de tamaños cuadrados y rectangulares.

Desde el piso y a una altura bien proporcionada, un lambrín muy inglés y moldeado en madera preciosa, si bien un tanto descuidado, sobre todo en las partes donde lo moja la lluvia que entra por las puertas.

Sin duda alguna que el cuidado de aceitarlo periódicamente lo haría lucir más y favorecería su conservación.

Los muros, a partir del friso, están decorados con un papel tapiz de dibujos y tonos muy discretos.

El techo está cubierto de un "cielo" pintado al estilo renacentista y en aquella moda característica del fines del pasado y principios de este siglo que consistía en engañar los ojos con perspectivas tan bién llevadas, que no sabía uno donde terminaba la ficción de la pintura y donde comenzaba la realidad.

En efecto, el "cielo" del comedor de esta hacienda está pintado con molduras de madera y frutas que se acomodan y desacomodan en aquellos relieves, con tan sugestiva habilidad, que esto sólo constituye un toque de elegancia en todo el conjunto.

Pende del techo un candil de bronce, con un armonioso juego de luces que hacen resplandecer maravillosamente los cristales de Bacará con que está adornado.

En los muros cabezales, sendas imágenes de La Dolorosa y San José, pinturas del siglo XVIII, con marcos de copete imperio de hace cien años que lucen mucho en esta grande estancia de la Estancia Grande.

El mobiliario del comedor es más bien pobre. En lugar de una gran mesa, de la alcurnia y proporciones que pide la sala, hay una serie de mesitas que no valen mayor cosa.

Y hay unas cómodas con la loza más ordinaria.

Nos oyó don Jesús hacer referencia de todo esto y salió presto a defender el nombre de sus señores: aquello podía parecernos insignificante, pero hay en la hacienda servicio de plata, cristalería fina que usan los dueños cuando vienen a pasar aquí temporadas de descanso.

En realidad, aclaró, vienen muy poco los señores y por eso encontramos en toda la casa un aire de abandono que, después de todo, presta un cierto encanto de leyenda a estas salas y corredores.

Ya habíamos visto todo o casi todo. No podíamos esperar una información autorizada sobre los antecedentes históricos de la hacienda, anécdotas curiosas, relación de sus primeros poseedores.

Supimos apenas el nombre de un señor, don Enrique Serrano que fue dueño de la hacienda antes de don Raymundo Tovar.

Ciertamente pretendíamos, más que nada, presentar una imagen fiel de lo que es actualmente esta hacienda y eso lo teníamos de nuestra personal observación. Uno puede hablar de lo que ve o de lo que recibe de fuente autorizada.

Dimos las gracias a don Jesús y regresamos por el mismo camino de árboles que en su altura abanicaban suavemente la luz de la tarde.

El mismo camino de contradictorias imágenes: la tierra calcinada por la sequía de junio, los trigales ondeando en las últimas espigas que quedaban por trilla.

Y Dios, desde su balcón, guiñándonos un ojo: lluvia o sol, sol o lluvia. ¿Cuándo iban a ponerse estos hombres de acuerdo?

Una alondra piaba en la lejanía de un horizonte pintado de malvas y de espigas de luz.

LA ESCOBA

Hacia el norte no hay nada. Jalisco sufre hemiplejía, es un muerto a medias. Esta mitad queda hacia el norte. En aquel rumbo no hay vida, no hay movimiento, no hay nada.

Apenas aquí, en las orillas de Guadalajara puede palparse ya este abandono. Hacia el sur, hacia el poniente, al lado del sol, las carreteras, las zonas residenciales, los jardines, los monumentos . . .

Hacia el norte, en cuanto sale uno de Zapopan, se encuentra la sequedad, el abandono, la tierra suelta.

Hemos recorrido unos kilómetros por este viento. Unos cuantos kilómetros que nos han parecido distancias inabarcables en otro mundo. Así nos lo dejó sentir el silencio de aquellas inmensidades de tierra suelta. Una tierra blanca, arenosa, infértil. Y ni siquiera un matujo espinoso. Ni siquiera nopales. Ni siquiera la promesa de unas nubes. El sol, el viento y la sequedad; todo en un mar de ceniza . . .

Así caminando, ¿quién iba a decirnos del hallazgo que nos esperaba nada más al término de unos quince kilómetros:

Allá estaba una presa enorme de agua tan azul que parece negra y un cedral de verde negro que huele a menta y un bosque de nogales cargados ya de fruto.

Recorrimos una parte de la carretera a Tesistán. Luego cortamos a la derecha, por el viejo camino de los arrieros a donde se animan a entrar coches y camiones de carga. Nos dijeron que en Copalita encontraríamos el rastro de grandeza que dejaron allá unos franceses de tiempos del segundo imperio. Que fuéramos a contemplar las ruinas que quedan de lo que fue La Escoba, antes de que la dinamita acabe de arrasar todo. Que fuéramos, que fuéramos.

Y fuimos. Las tolvaneras fantasmales de la zona precisa donde Tomás Mojarro sitúa aquella siniestra historia de su "Mala Fortuna", se trocaron de pronto en el milagro de este oasis. Un oasis forjado hace poco más de cien años por unos hombres que nada más construyeron, nada más edificaron estos soberbios murallones, y este castillo; nada más pusieron a funcionar la primera planta textil de Jalisco y luego huyeron en marcha precipitada . . .

Esta es en pocas palabras la historia de este rincón inesperado. Datos simplísimos recogidos por aquí, nos dicen que la Fábrica de Hilados de La Escoba empezó a trabajar el año de 1840. Es la primera industria textil bien organizada que se registra en la historia de Jalisco. Estos cedros, esta nogalera, arrullaron la infancia de nuestra industria hilandera que por entonces prometía grande desarrollo.

Las edificaciones se hicieron como para resistir no sólo la amenaza de ladrones y guerrilleros que merodeaban por estos rumbos, sino para resistir el paso de siglos. Ahí están los murallones de cal y canto; sus aspilleras convenientemente dispuestas; y sus almenas y sus contrafuertes, todo de piedra maciza.

Quién sabe cómo nacería esta histórica fábrica. Quien ideó su establecimiento conoció sin duda la región y supo que aquel nacimiento de aguas de Santa Lucía, podía aprovecharse muy bien en este sitio y de aquí llevarse para una segunda fábrica de hilados, la de Río Blanco que, terreno abajo, aprovecha la misma agua y marca su florecimiento por los mismos años.

Los vecinos no saben por qué se pondría a ésta el nombre de La Escoba. Ellos dicen que el punto se ha conocido siempre por Copalita, y que la fábrica, precisamente la fábrica, fue denominada así. A los trabajadores les llamaron en su tiempo "los popotes".

Puestos a hacer recuerdos y a referir lo que oyeron de sus padres, dicen estas gentes que el trabajo debió suspenderse aquí por el año de 1890. Todavía a algunos de ellos les tocó prestar servicios en la fábrica.

La generación actual no conserva sino imágenes de lo que en su infancia pudieron contemplar, cuando apenas empezaba a destruirse este conjunto de edificaciones.

Una señora nos habla de la presa:

—¿Sabe? Me acuerdo de una vez que se reventó la presa. Esto fue a media noche y mientras una tempestad fuertísima se sacudía encima de nosotros. Si hubiera oído

el estruendo . . . Pasó aquello y se le puso este parche de ladrillo que se nota todavía muy bien y siguió siendo un lugar de recreo frecuentado por la gente de Guadalajara que venía a pasearse en lanchas y luego se sentaba a comer a la sombra de los cedros . . .

Esta otra señora tiene recuerdos de la fábrica misma:

—Bueno, yo me acuerdo muy bien del chacuaco: una columna altísima de ladrillos rojos y la arquería maciza de cal y canto por donde era llevada el agua hasta la fábrica. Al lado de arriba, otra construcción a la que llamaban "el escritorio"; creo que allí estaban las cuentas y manejo de los trabajadores, y la casa misma de los dueños, que era preciosa.

Interviene otra de las personas con quienes conversamos:

—Eso, sí: la casa era un lujo de lo mejor. Acá, afuera, unas fuentes y unos corredores elegantísimos. De la puerta de entrada se abrían dos escalinatas, las dos alfombradas desde la primera grada, y arriba, en las piezas y corredores, cuadros de pinturas, tapices, espejos . . . No, y si hubiera visto los muebles y la loza que había en el comedor . . . Me acuerdo como entre sueños de todo esto.

La señora que había permanecido sin hablar, recuerda lo que llegó a ver en la capilla:

—Hubo aquí culto permanente. El Padre se llamaba Carmen Méndez. La capilla . . . usted puede ver todavía su altar hecho de piedra roja y labrada. Tenía al centro la Virgen del Refugio. Y los muros laterales . . . no me acuerdo si pintados de aceite o revestidos de papel tapiz; de lo

único que me acuerdo es de unas guías de hojas de parra y racimos de uvas. Ah, y afuera una fuente y unos jardines.

La conversación sigue animándose cada vez más:

—Los jardines... De esto sí me acuerdo yo. Había muchos cedros en esa parte y prados de flores. La gente le decía La Alameda. Me acuerdo que venían familias de Guadalajara, nada más por el gusto de contemplar estos jardines. Paseos de todo el día que hacían las familias ricas en coches de caballos a los que se daba el nombre de guayín y en caballo individual las muchachas listas para montar.

Estas buenas señoras nos cuentan lo que oyeron contar o lo que como un sueño brumoso les quedó grabado desde aquellos días de su infancia. Estas buenas señoras, vecinas en Copalita, aman como suyas estas ruinas de ahora, sienten cariño, se interesan por todo lo que ha llegado a acontecer a estas edificaciones.

Y nos cuentan que un buen día los dueños de la fábrica, anochecieron y no amanecieron. Huyeron en estampida. Relacionan el hecho con la caída de Maximiliano. Dicen que esto pudo suceder unos años después del alboroto que se hizo cuando la Batalla de La Coronilla.

Los dueños de la fábrica eran franceses y no pudieron permanecer tranquilos en el país. La huída fue tan precipitada que ni siquiera tuvieron tiempo de cerrar la puerta. Así quedó todo a merced de la gente que empezó a saquear la loza, los muebles, las pinturas, todo lo que encerraba aquel palacio.

Estamos apuntando en la libreta el dato tal cual . . . Y una de las señoras ha querido prevenirnos:

—Hay que hablar claro. Los que se robaron los muebles y riquezas de la casa no fueron vecinos de aquí. Ellos tenían respeto y cariño en todo aquello. Fueron las chusmas de bandidos y revolucionarios que pasaban por aquí . . . ¿Qué decir bandidos y revolucionarios no es lo mismo?

Y conservan hasta el detalle sumamente significativo de que en los telares quedó tendida la trama de hilos . . . . así por mucho tiempo; como que las máquinas se paralizaron de golpe y nadie se animó a poner mano. Algunas de estas personas oyeron de sus padres que vieron ellos todavía los telares "cargados" y todavía retazos de tela a medio terminar.

El abandono, la rapiña, el temor de una represalia por parte del gobierno a quien se hiciera reconocer como dueño de las instalaciones, y todo se fue acabando, todo se fue derrumbando hasta llegar al deplorable estado en que se encuentra ahora.

De entre los nombres que estas buenas señoras recuerdan, hemos podido reconstruir la lista de personas que han aparecido como dueños de la Fábrica de La Escoba.

Hay un dato que no podemos dejar escapar, el de la destrucción salvaje de los edificios, casas, murallas. Fue esto no hace muchos años, cuando administraba la exfábrica un señor cuyo nombre no olvidarán nunca. A este administrador hacen responsable de la venta de la madera de cedro destruyendo lo más hermoso y cerrado de la arboleda que cerraba la presa.

También en este tiempo se dinamitó, así como suena la palabra, el murallón y buena parte del acueducto de la fábrica. Parece que había verdadera saña por reducir a escombros toda las grandezas de las antiguas construcciones.

Todavía nos dicen estas señoras que ellas, cuando estaban muchachas, se acordaban que jugaban competencia de tiro al blanco, apuntando justamente al chacuaco de la fábrica que se fue desmoronando poco a poco hasta desaparecer del todo.

Y duele de verdad que haya habido gentes tan irresponsables, con una nisania llevada a tales extremos. Cuanto hubieran hecho de este lugar si hubieran querido conservar las edificaciones, reparar el castillo principal, acondicionándolo como un testimonio histórico y centro de recreación . . .

Habíamos caminado unos cuantos kilómetros por este viento de sequedad que sopla hacia el norte. Campos sin cultivo alguno. Extensiones recorridas sin encontrar una sola casa. Esto queda aquí, en las orillas de Guadalajara, donde el polvo y la tierra suelta levantan tolvaneras fantasmales. Hay que encender los faros del coche en pleno día, porque aquello se oscurece de modo peligroso.

A distancia, el surco de cerros desnudos que cuidan aquel lado de Río Blanco. Y más allá, la pequeña cordillera de El Pedregal, sitio de zozobra, amenaza de muerte en otros tiempos.

El Pedregal queda ya al lado de Milpillas. De Milpillas, un paso hacia la ceja de la Barranca. La gran explanada que

se dilata aquí, en lejanías esfumadas, se corta de repente en tajo. El bordo del precipicio se abre a una hondura de escalofrío. En la profundidad serpentea el Río Santiago . . .

Y todo aquello es Jalisco. Pero todo está en abandono. Todo incomunicado. Todo languidece en agonía de muerte.

De pronto un oasis. La presa, el cedral, la nogalera. De pronto el rastro de unas edificaciones que debían conservarse como un monumento intocable en la historia de la industria textil de Jalisco.

ESTIPAC.

Aquel día quiso don Manuel desengañarse por sí mismo de la alimentación que tomaban sus mozos, pues le había extrañado mucho verlos tan desnutridos y macilentos.

Estaba comenzando el tiempo de siembras y cuadrillas de veinticinco hombres de repartían las extensiones de tierra de Estipac.

Un sol de mayo hacía arder la tierra suelta que aquellos hombres desmenuzaban con arados y azadones disponiéndola para los cultivos de temporal.

Ya avanzada la mañana y la peonada esperaba y se desesperaba de la tardanza del *gordero.* Los agobiaba el sol, el hambre, y la sed. Tenían el paladar reseco, los ojos se les empañaban de tanta debilidad; pero no se asomaba por ningún lado el encargado de traerles el almuerzo, un mozo que tenía el oficio de recoger de cada casa los *morrales* con el *bastimento* y llevarlo hasta el barbecho.

El *gordero* de esta historia era don Pablo Orozco, el mismo que ahora nos refiere uno de los mil recuerdos que guarda de aquellos tiempos que sitúa por el año de 1910 y que sigue todavía al cuidado de la huerta que pertenece al casco de lo que fue la Hacienda de Estipac.

Esta es una hacienda que no ha perdido su carácter y donde, enmedio de los escombros a que la redujo la Revolución, se trabaja todavía y todavía se conservan los destellos de su viejo esplendor.

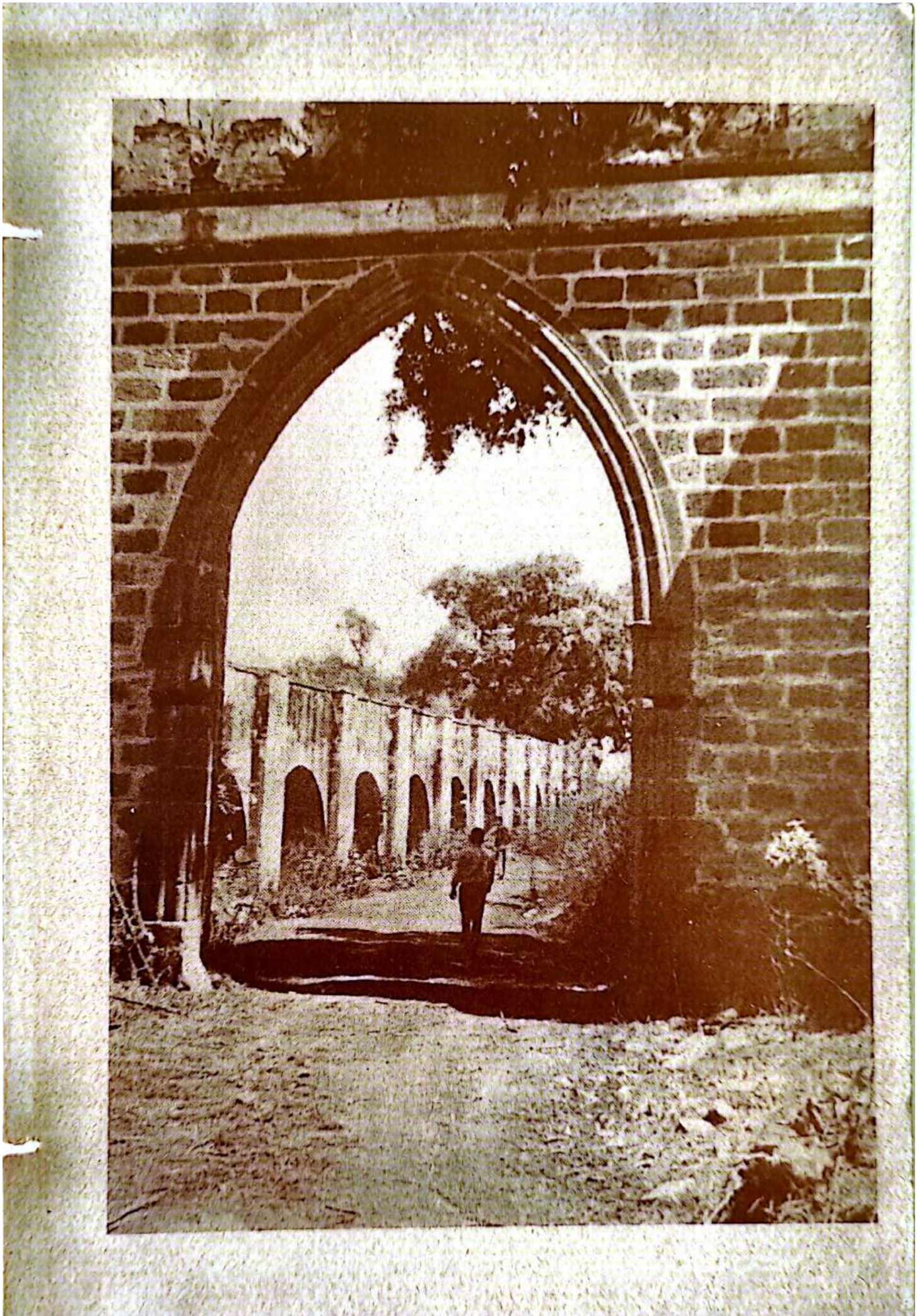
Ahí está la instalación del ingenio, con su maquinaria reconstruída; todavía el movimiento de muchos trabajadores que en época de zafra mueven y remueven el silencio de estos muros carcomidos, de estas paredes manchadas por el incendio revolucionario que quiso destruirlo todo.

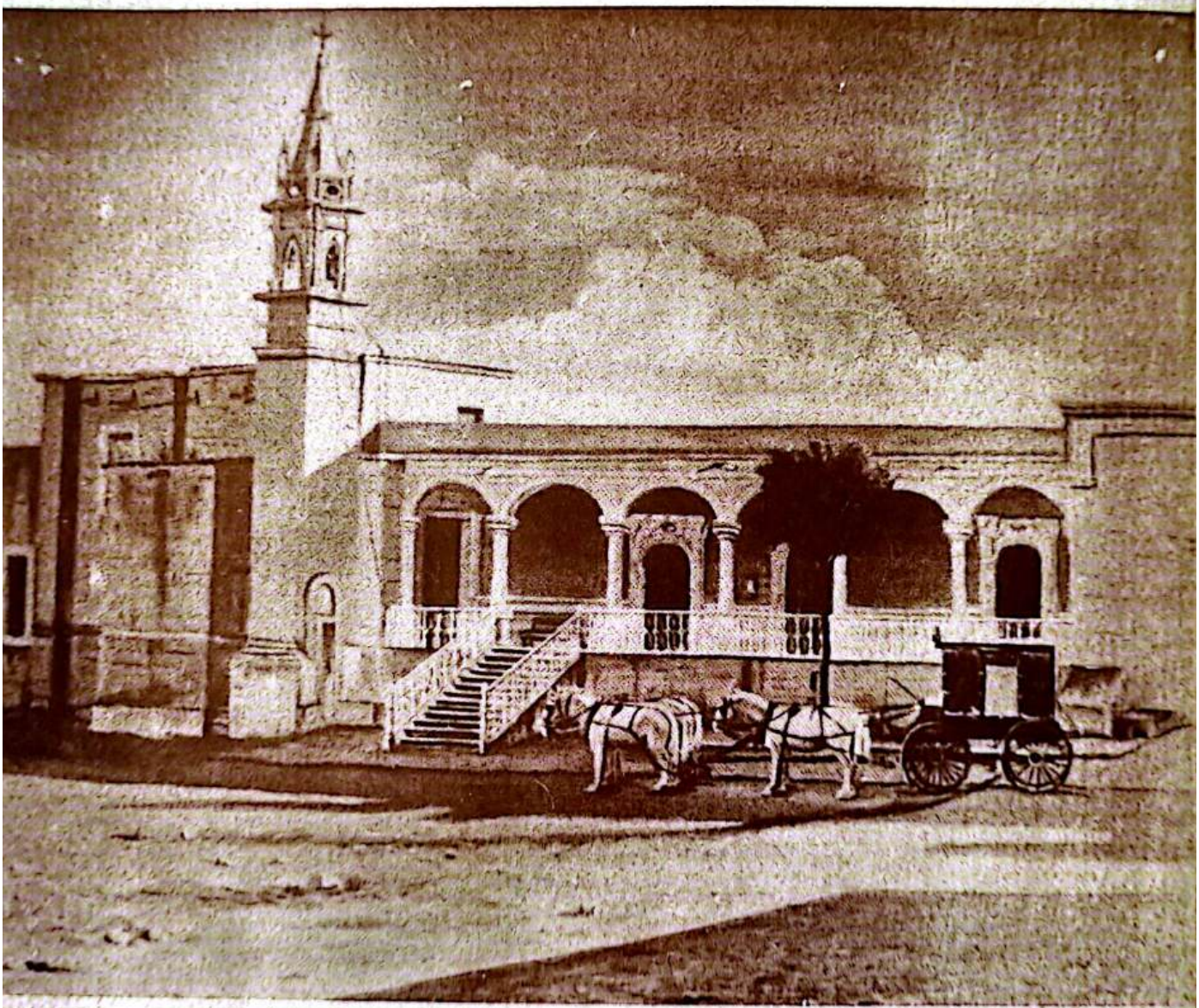
Y la capilla vieja, y la cuadra de casas de los antiguos trabajadores y la mansión donde habitaron los dueños y sirve ahora como casa de descanso a los nietos de don Manuel L. y Corcuera.

Atrás de todo está la huerta, una nogalera inmensa donde cantan los pájaros y gritan y cantan las muchachas que por estos días andan recogiendo el fruto.

Arboles inmensos de un intenso verdor. Parece que hasta el aire se tiñe de verde y se embalsama en la fragancia de los nogales. Por las veredillas que llevan a esta o a aquella parte, hay surcos de alcatraces, de malvas, de begonias casi silvestres, que dan al conjunto la belleza de un paraíso.

Una muralla construída en recio cal y canto hubo aquí para resguardar la casa grande de la hacienda y su huerta. A





fuerza de dinamita fue destruído el muro y ahora no faltan muchachos que burlando la vigilancia de don Pablo vienen a llenarse las bolsas de nueces.

El señor reniega y trata en vano guardar esto como en los tiempos de don Manuel.

Dice que entonces había mucho respeto por las casas ajenas, que cuándo iba a atreverse nadie a hurtar una fruta de aquí. Pero ahora . . . Lo dice y mueve la cabeza con pesadumbre, comparando estos tiempos con aquellos.

Por esta parte están las habitaciones de los mozos que cuidan lo que queda de la Hacienda y más acá, los patios y las caballerizas a donde parece que no alcanzó el ímpetu devastador de la revuelta.

Arquerías de piedra cegadas con muro de ladrillo dejan ver la readaptación que se hizo del lugar.

Una serie de pesebres y un patio enorme de empedrado menudo donde se respira la tristeza venida de la vaciedad de los departamentos, de los enjarres caídos y manchados de tizne y de humedad. En estos tiempos sólo dos caballos hay en éste que debió ser un lugar de mucho movimiento.

Pasando un estanque sombreado de árboles, se llega a los corredores de lo que es hoy casa de los descendientes de don Manuel.

Un patio interior rodeado de piezas amuebladas con decorosa austeridad y apenas con uno u otro mueble antiguo. Un gran cuadro en la estancia principal, compuesto al modo de un mosaico, con numerosas escenas de la vida de Cristo.

También en la estancia principal, dos testimonios que datan del otro siglo y que hacen referencia a una hacienda llamada de Alchichica, "sita en jurisdicción de Cuernavaca, en el partido de Tepacaltepec, del Estado y Marquesado del Valle, propios de doña María Josefa Icazbalceta, esposa de D. Sebastián Hidalgo y Murito".

Hay una coincidencia muy elocuente entre el nombre común de esta Hacienda "nombrada San Ignacio Urbieta" y los medallones al óleo que vimos a los lados del bellísimo retablo antiguo y representan a San Ignacio de Loyola en diferentes escenas de su vida. Acaso sean éstas señales de la filiación de Estipac, respecto de aquella hacienda cuyo plano se ofrece en detallados pormenores.

La capilla primitiva de Estipac está abandonada hoy porque sus dimensiones no satisfacían ya las necesidades de una población mucho más numerosa.

Hace unos diez años, el capellán de entonces construyó una iglesia grande de líneas simplísimas y ahí adosó en irreconciliable forma el antiguo retablo de cedro tallado donde los medallones, molduras y angelitos juegan hermosamente en un barroco de mucha gracia.

En el patio a donde miran las actuales instalaciones del ingenio, pueden verse todavía restos de la antigua factoría: lo que fue el escritorio con su letrero indicador, los tanques de almacenamiento del melado y el *chacuaco* erguido, resistiendo el tiempo y las agitadas peripecias escenificadas aquí.

Don Pablo se acuerda del día que llegaron los revolucionarios y prendieron fuego a todo esto. Nos señala el sitio donde había una cantidad grande de latas de aguar-

diente. Estallaron los botes y esto se convirtió en una hoguera pavorosa.

Y dice que se quisieron llevar consigo la caja fuerte que contenía dinero y documentos. Todos los intentos por abrirla fueron infructuosos. Trataron de cargar con ella pero su peso les hizo desistir y la dejaron abandonada a medio patio, marcada por los mil balazos con que vengaron su impotencia.

Fueron días difíciles que recuerda todavía este buen señor, asegurando que en realidad ni él ni ninguno de los trabajadores que tuvo entonces la hacienda pudo aprobar aquel movimiento devastador.

Cierto que los trabajos de la hacienda eran rudos y agobiantes. Cierto también que los sueldos que ganaban, si se comparan con el nivel actual de nuestra moneda, eran irrisorios.

Nos dice por ejemplo que cada peón ganaba entonces 10 centavos diarios y los trabajadores calificados no más de 25 centavos diarios.

Y todavía nos aclara que al primero le eran recogidos 3 centavos diarios, de manera que venía a recibir apenas la suma de 7 centavos al día. Se recogían 10 al segundo, que venía a quedarse con 15 centavos diarios. Esto por concepto de prestaciones y anticipos que recibían de la hacienda. Nos dice esto don Pablo y nos aclara que todos los trabajadores tenían aquí, de parte y cuenta de los patrones, ropa, medicina y artículos comestibles.

Así vivían y muy contentos. Tenían consigo la benevolencia de los hacendados que cuidaban las necesidades de

todos, como una familia. Y ellos como parte de esta familia, empeñados y llenos de entusiasmo en el mejor desarrollo de los trabajos de la hacienda donde se elaboraban azúcar, panocha, aguardiente y alcohol.

Concretamente, para mostrarnos la bondad de don Manuel L. y Corcuera nos ha querido contar don Pablo, entre mil historias que guarda y que podían servir para llenar un libro, aquella anécdota del día en que el señor quiso enterarse de la alimentación de sus trabajadores.

Para este efecto, había ordenado al mayordomo, un tal Valerio, no se diera a los mozos orden de almorzar, hasta que llegara él, caballero en su fino caballo, al sitio donde andaban sembrando por aquellos días.

Don Pablo vino con las *gordas* y contra lo acostumbrado, en lugar de llamar a los peones, se le ordenó dejara todo ahí y se fuera a traer agua. Era ya la media mañana. Los trabajadores se extrañaban de tan desusada tardanza.

En eso llegó el hacendado y Valerio hizo llamar a los mozos para que se acercaran. Nunca esperaban ellos encontrarse ahí al mismo don Manuel que los saludó con gentileza y les dijo que iba a almorzar con ellos, que cada uno tendría que ofrecerle un *taco* de su *bastimento*.

A aquellos hombres se les venía un sudor y otro se les iba. Sabían que al patrón había de hablársele sombrero en mano y con los brazos cruzados.

Cómo iban a guardar estas normas de respeto y a ponerse a comer delante de él, como si fuera otro de su igual.

Nadie se animaba a desenvolver el *itacate*. Se veían,

titubeaban, volvían la vista a otro lado, se hacían los desentendidos, no tenían palabra para pronunciar.

Don Manuel les instó de nueva cuenta y él mismo fue a tender la mano al más próximo que no tuvo más remedio que ofrecer un humilde *taco* de frijoles o de chile, o de pura tortilla, según sus posibilidades. Dice el señor que nos cuenta esta historia que la cuadrilla se componía de 25 trabajadores y que don Manuel se almorzó aquella mañana 25 *tacos*.

Los trabajadores volvieron a la tarea, y el hacendado se quedó pensativo; de pronto no dijo nada, como reflexionando en su interior . . . Luego habló a don Pablo Orozco, entonces un muchacho encargado de llevar los almuerzos.

—¿Conoces a Victoriano Santana?

—Sí, señor.

—¿A Luis García?

—Sí, señor.

—¿A Víctor Valencia?

—Sí, señor.

—Vas a la hacienda y les dices que los espero aquí conmigo.

Recuerda don Pablo que esto sucedió más o menos por el 20 de mayo cuando preparaban la tierra para las siembras de temporal. Pues bien, que a partir de esta fecha,

los señores nombrados arriba se encargaron de preparar el almuerzo para los trabajadores; un almuerzo con carne, con leche, "a lo bueno" nos dice don Pablo, y que así continuaron las cosas durante todo el período de siembras que es el más duro para el agricultor, hasta que no llegan las cosechas y no falta ya la manera de completar y mejorar la alimentación con los frutos de la temporada.

Todo esto nos dice don Pablo y suspira por aquellos tiempos que quedaron a la distancia de más de medio siglo. Las gentes de entonces, el modo de ser de entonces, los gustos y las tristezas de entonces, todo se ha ido, se perdió en la revuelta revolucionaria que después de todo, no llegó a roer desde sus cimientos como sucedió en otros haciendas, ésta de Estipac.

Por eso pudimos contemplar al lado de las ruinas, de fincas derrumbadas, de terreones provistos de aspilleras que hablan de los combates que hubieron de librarse aquí, de montones de escombros, tapiales vacíos; todavía los galerones donde se trabaja a ritmo de beneficio para quienes viven en esto que se ha convertido ya en una población de importancia.

El mirador viejo que sale a recibir al visitante, una terracita de arcos encalados que domina la población, hace contraste con las casas que corresponden ya a nuestro tiempo y a las comodidades que se buscan ahora.

Como fuera, en el corazón del caserío, sigue la hacienda vieja, los talleres y departamentos de la factoría, la casa de los patrones fenecidos, como una reliquia, y aquella **huerta de nogales donde cantan los pájaros y rebulle el agua su canción de vida.**

Pájaros y agua, árboles y flores . . . como hace veinte, como hace cincuenta años, cuando Estipac tuvo más de lo que tiene ahora. Recuerdos, peripecias, luchas, desesperanzas, conquistas y frustraciones . . . Y los pájaros y el agua; los árboles, las flores de siempre . . .

MOYA

Se desprende una hoja del árbol. Decir una hoja menos, es decir nada. Todavía el tronco añoso, seguirá ostentando su gallardía, y su ramaje seguirá tendiendo el regalo de su sombra.

Nadie advirtió el rictus de dolor que sacudió la pequeña rama de donde se arrancó esa hojita. Su color pajizo es el color de la muerte en las hojas de los árboles. El temblor con que se desprendió es el temblor agónico en que acaban todas las hojas de los árboles.

Se vino dibujando forzadas espirales por el aire de la tarde, hasta caer en el suelo con la levedad con que pisa la tierra una paloma. Ahí se quedó la hojita un instante, y luego volvió a levantarla el viento y la arrastró hasta unos pajonales de hierbas secas.

Una hoja menos en aquel árbol, es decir nada. El dolor de aquella mutilación insensible, el ríspido clamor de una hoja arrastrándose por la tierra hasta quedar inmóvil en su

amarillo, rojizo, color de muerte que tienen todas las hojas de los árboles, es contar un incidente que no vale para nadie.

El árbol será el mismo. Firme y enhiesto como un mástil plantado en la mitad de años y de siglos. Como él, muchos árboles. Y en ellos y a través de las edades que se han dibujado en su corteza, la historia mínima de muchas hojitas desprendidas que se van diciendo un vano gemido sordo.

El día de mañana volverán los gorriones a cantar desde aquella rama, y volverá la luz a hacer resplandecer la esmeralda de aquella fronda; y el sol y el viento y la nube y la lluvia . . . nadie sabe nada de una hoja menos que se quedó oculta entre el pajonal.

La historia de los hombres está también hecha de episodios mínimos. Unos llegan y otros se van . . . Y la tarde tiene sus mismos colores y los vientos de abril el mismo arrullo de locura.

Se desgajan de edificios venerables, como de un tronco inmenso, las historias humanas. Son como hojas de otoño, amarillas o secas, que se van acumulando allá donde queda todo . . . y no queda nada.

Este sabor hiriente de nostalgia, de abandono, de amargura escondida en la entraña de nuestra condición, nos vino a producir la visita al Rancho de Moya, que en su imponente grandeza, en su impresionante majestad de castillo centenario, tiene las resonancias de un mausoleo, por cuya hondura fueron pasando los hombres sin dejar una huella, mientras las casas, los muros, todo sigue igual a través del tiempo.

La cosa era muy sencilla. Que siguiéramos por la carretera de León, más allá de Lagos de Moreno. Sería cuestión de unos veinte o veinticinco kilómetros nada más y toparíamos con la indicación que señalaría el corte a mano de hacer la cruz.

Cuidado con que fuéramos a confundirnos. El Pueblo de Moya es cosa diferente, aunque por su pasado y por las raíces que deben entrelazarse en sus principios, sean una misma cosa.

El Rancho de Moya debió ser la estancia magnífica donde habitaron los dueños de inmensas posesiones de terreno. Y un tanto alejados de ellos el pueblo, la peonada, la gente que trabajaba esas tierras, por más que tenga que aceptarse que el Pueblo de Moya, San Juan de La Laguna y todo eso, tiene anterioridades paternales sobre la misma ciudad de Lagos y todas las poblaciones de la región.

Piedra y cascajo, imagen de aridez, por la brecha que acabamos de tomar y que nos hace creer que no puede existir en estas sequedades una hacienda tan importante.

Hacia allá empieza a vislumbrarse un reflejo de agua. Es una presa de no mayores dimensiones donde se espeja el aire brumoso de esta tarde.

Y una plantación de olivos desmedrados y polvosos que luchan a duras penas contra la sequedad y el descuido. Son tristes las frondas de los olivos. Entre olivos no puede concebirse un canto de pájaros, son árboles para una agonía como la de Getsemaní.

De pronto el arco venerable del pórtico, y la reja y los árboles centenarios que rodean y conforman la imagen de

esta Hacienda de Moya a donde hemos llegado en el momento en que lo esperábamos menos.

Ruinosas construcciones de adobe, cayéndose de tan viejas, pueden advertirse en los exteriores de la Casa. Y unos tepetates casi bruñidos en el servicio y manejo del ganado, y la tarde de abril con un sol amarillo y un cielo azul . . .

Obsequioso y con una gentileza extrema, don Francisco Mena deja la atención de sus asuntos y viene a ofrecernos su casa; ni pregunta, ni le preocupa saber nada de nosotros. Quienes fuéramos, desea él que pasemos y veamos de esta casa lo que más nos interesa.

No desmiente la educación y amabilidad de su padre, Paco, el varón único del matrimonio, que recibe la comisión de llevarnos por los corredores y estancias de la inmensa casona. Los ojos garzos y la faz rojiza del adolescente tienen temblores de confesionario cuando titubea al decirnos que todo puede parecernos muy hermoso pero representa una pavorosa soledad para él que no tiene un amigo en todo esto.

Saludamos a la señora que se ocupa ella misma con sencilla delicadeza de la nitidez, reluciente de rojo, de estos pisos y estancias. Los corredores enormes dan puertas a salas y recámaras amuebladas con gusto colonial . . . El comedor enorme con su enorme lámpara de hierro forjado; los sillones patriarcales, el servicio y loza que corresponde todo a su época.

Vamos caminando de aquí para allá. Paco abre cada puerta y va poniendo a nuestra vista otra estancia y otra sala y otro patio interior, y la misma limpieza y el refinado

gusto con que se ha conservado un mobiliario concorde a una época y a un estilo.

Alrededor de la Casa quedan apenas las huellas de lo que en otros tiempos correspondió a la huerta y los jardines de la Hacienda. Un torreón todavía con sus aspilleras orientadas al viejo camino que conduce a Lagos, y una penumbra impresionante estremecida de humedad y de murciélagos.

Las acequias no llevan agua, pero todavía manchones de alcatraces y de malvas que se esfuerzan en florecer contra la sequedad del estío.

Y los árboles enormes, erectos los troncos centenarios de unos frenos que se han revestido del verde gozo de la primavera y unos eucaliptos de hojas lanceoladas donde también se remueve la savia renovada de la estación.

Abajo, la alfombra dorada de las hojas muertas, hojas de mucha primaveras que han pasado por aquí y dejaron muchos retoños que luego se enrojecieron en el otoño y se doraron con el color de muerte que tienen las hojas de los árboles, para desprenderse y quedar olvidadas aquí.

Hemos mirado y remirado todo esto y no hemos podido sustraernos a una íntima emoción desoladora.

Hemos pensado en las generaciones que han visto todo esto; en los cantos, voces de alegría, alborozo de primavera, que ha sacudido el artesonado de estos techos y se ha reflejado en la limpieza de estos pisos. Hojas de un árbol de primavera que se desprendieron un día y se amontonan en el olvido donde van quedando todas las cosas del pasado.

Nuestra emoción abre momentos de silencio. Paco nos observa y calla. El simplemente nos ha conducido por donde le hemos pedido y ha respondido con discreta brevedad a lo que le hemos preguntado.

Aquella es por fin la espaciosa cocina donde pueden advertirse las formas y usos de un menaje que se empleaba en tiempos muy antiguos. Por ahí aparece majestuoso en la dignidad de su estirpe, *Fortunato,* que nos hace retraernos atemorizados. Nos tranquiliza Paco; es un perro inofensivo, nos asegura, y lo acaricia y mima con amistoso afecto.

Luego de haber contemplado todo esto, don Francisco y su esposa, tienen a bien recibirnos en la sala principal de la Hacienda y nos proporcionan con gentileza los informes que pueden darnos acerca de esto.

En realidad ellos conocen poco del pasado de Moya. No hace muchos años que adquirieron la finca que perteneció antes a don Raúl Romo quien, a su vez, la hubo de una Familia Serrano.

Parece que este señor Romo, finado, tuvo mucho empeño en la reconstrucción de las partes dañadas por el tiempo y mantuvo la finca en las mejores condiciones, las mismas casi en que la recibió don Francisco Mena.

Dice el señor Mena que un don Nacho Torres, llegaba a afirmar que esta construcción data de los tiempos de la Conquista, aseveración que le parece absurda a todas luces. Por nuestra parte pensamos que si esta finca, precisamente ésta, no puede venir desde aquella lejanía, sí vino, sin género de dudas, el establecimiento del señorío que gobernó esta región pues existe simultaneidad en la fundación del Pueblo de Moya y los primeros años de evangelización.

Sería cosa de ir observando detenidamente, de buscar con la mirada experta de un conocedor entre las ruinas de adobe, cimientos carcomidos y muros derrumbados que pueden verse fuera de la Casa; tal vez ahí aparezcan testimonios que sí correspondan a esta antigüedad de cuatro siglos.

El estilo de esta casa ciertamente es de tiempos muy posteriores. Nos dice el mismo señor Mena que él oyó decir a don Pancho Macías que fue por muchos años administrador de esta Hacienda, que esta Casa fue construída al mismo tiempo y por el mismo arquitecto que levantó en Lagos de Moreno el hermoso teatro bautizado hoy con el nombre de Rosas Moreno.

Si esto fue así, tercia en la conversación una señorita que visita a los esposos Mena, la Casa fue construída a principios del siglo, pues que el teatro de Lagos corresponde a la época de don Margarito González Rubio.

Por lo que se refiere a las condiciones actuales dice don Francisco Mena que las tierras que quedaron a la Hacienda son muy reducidas en comparación de lo que llegó a abarcar; tierras más bien pobres y secas que se cultivan en el temporal de lluvias, pues el agua que llega a retenerse en presas y bordos apenas basta para el ganado.

A estas fechas el negocio mejor que se tiene aquí es un establo en el que se da ocupación a unas cuantas gentes, mismas que son traídas desde Lagos o desde León, pues no queda en los alrededores un solo vecino.

Este dato lo fuimos a advertir en otras varias haciendas de la región: hubo un movimiento unánime entre el vecindario por abandonar, por retirarse cuanto más pudieron,

de estos lugares que en sus épocas de florecimiento debieron atraer a mucha gente.

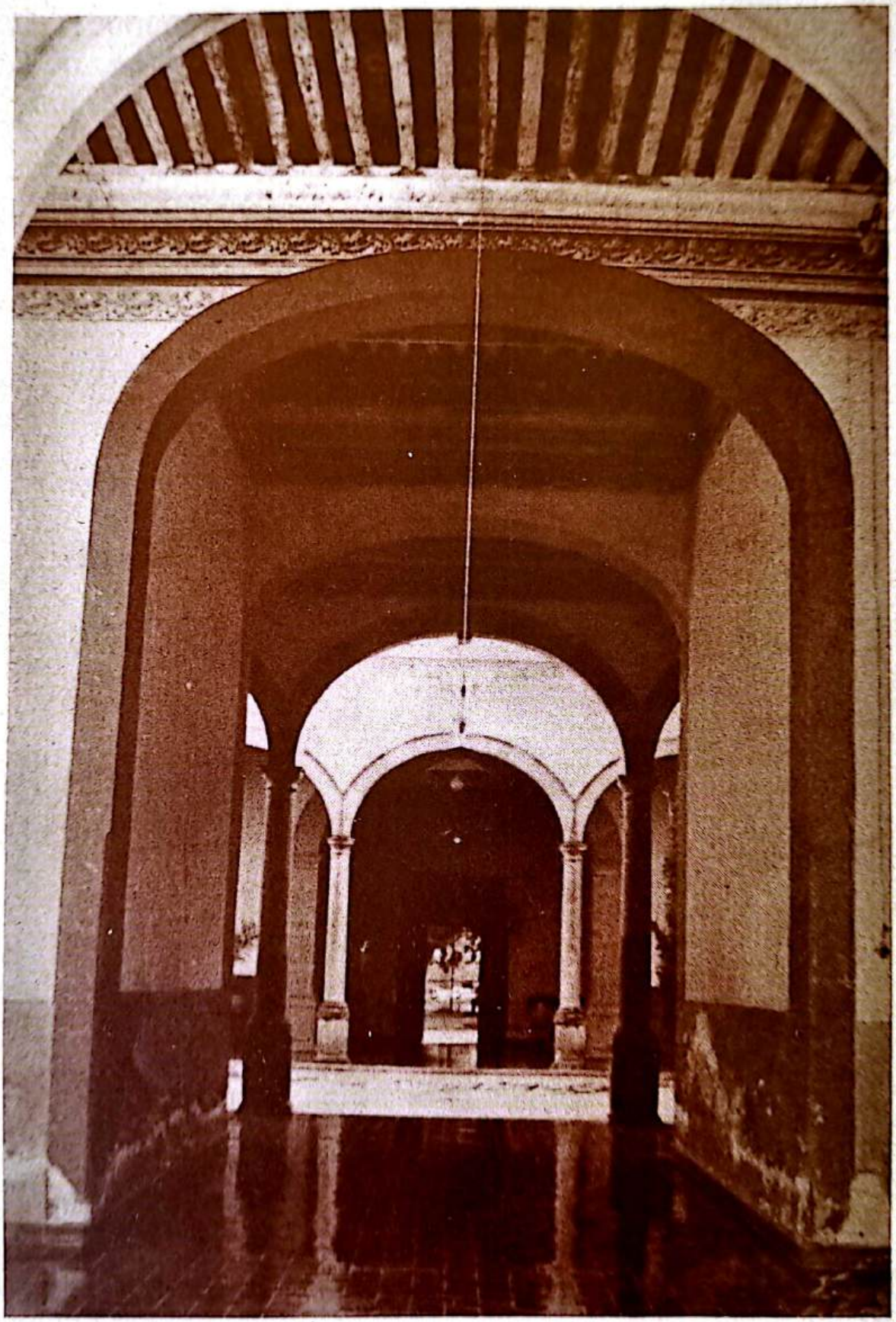
Acaso haya quedado un escondido econo; sea más bien una actitud supersticiosa; o tan sólo un cambio de mentalidad, el afán de mejores condiciones de vida y no la dependencia a un trabajo, a una exigencia, a una obligación.

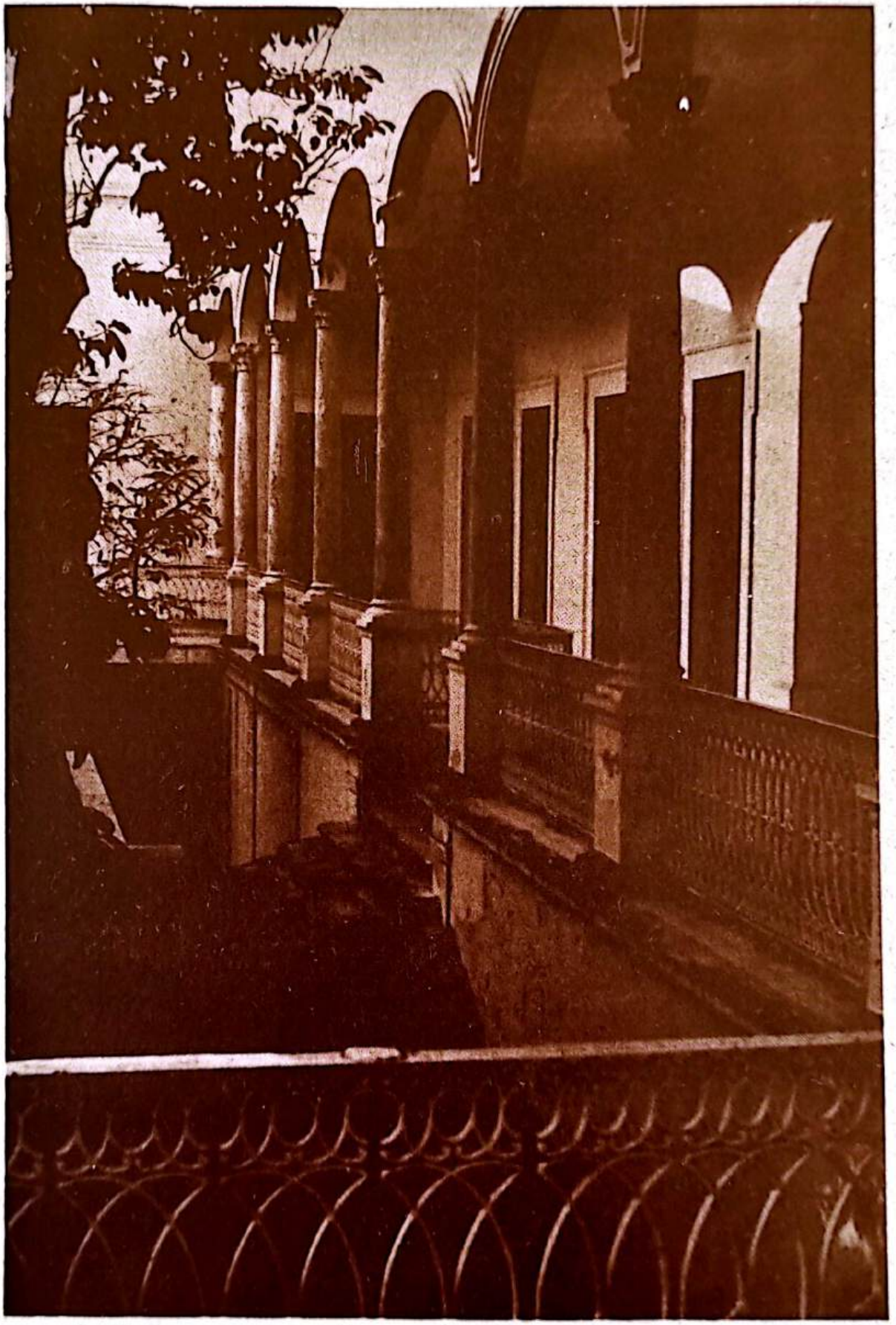
Hemos agradecido a don Francisco Mena sus gentilezas. Les hemos dicho que su casa nos ha impresionado hondamente y que llevamos materia para reflexiones muy hondas, algunas se refieren a ese mundo metafísico que nos enseña la efemeridad de las cosas terrenas, y otras a la evolución histórica de nuestra patria que fue pintando cada siglo con sus propias luces.

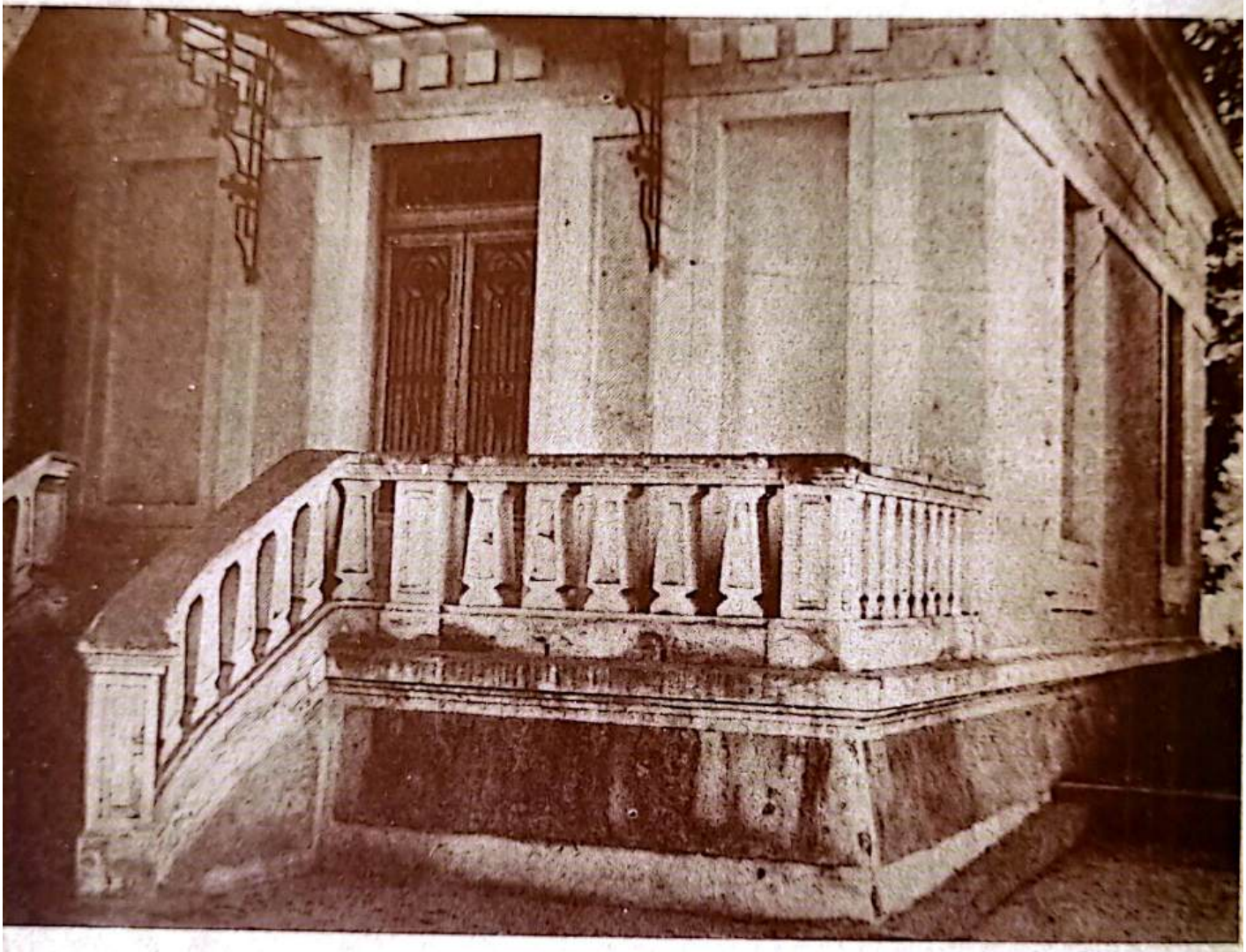
Todo lleva a lo mismo, al cambio inevitable de las cosas al temblor de una hoja en la rama de un árbol y a su desprendimiento y caída, para ir a perderse entre el pajonal podrido donde se acumulan los siglos.

La tarde se va desvaneciendo a paso rápido.

Todavía una última mirada a esos fresnos de tierna y retoñada fronda. Los eucaliptos tienen un follaje más denso, de un verde más oscuro. Como fuere, caerán las hojas de unos y otros; y nosotros caeremos también como hoja marchita puesta en la misma ley inexorable de ese movimiento perpetuo que estremece a los filósofos.







SANTA CRUZ DEL CORTIJO

La primera impresión lo transporta a uno a lo que pudo ser una antigua misión franciscana, con su blancura de cal, sus muros limpios, sus arquerías interminables.

Todo eso y la espadaña de su pequeña iglesia sobresaliendo apenas entre los verdes bordos de los cañaverales. Así encontramos a Santa Cruz del Cortijo, aquella tarde enloquecida en el canto de mil pájaros, en la fragancia turbadora de la flor de los naranjos que van siguiendo la humedad del río.

Un enorme patio empedrado de piedra menuda donde brincaba la luz caída del sol y aquellos arcos blancos que terminan junto a los viejos bodegones. El sello de su antigüedad, el sabor español, la austeridad de sus líneas, todo ello hizo la primera visión de esta escondida Hacienda.

Siguiendo la carretera que va de Zapotlán a Tamazula, después de persignarnos en la cruz donde se desbaratan varios caminos en la rosa de los vientos, vinimos por un

atajo que lleva a esta Hacienda conocida también con el nombre de Vista Hermosa.

Se pierde el camino entre dilatados plantíos de caña que exhalan un murmullo fresco de vida en la sequedad angustiosa que dejamos atrás.

Por estos caminos, exclamación risueña de la tierra feraz, bendecida con la bendición del agua y del trabajo del hombre, llegamos a lo que pareció a primera vista un simple poblado. Luego, la fachada imponente de la Hacienda; una fachada que no corresponde al ingreso mismo, sino que se puso ahí como mero adorno.

Fue necesario dar vuelta y llamar por el portón que ve a la placita del pueblo. Otra vez tuvimos desde ahí el testimonio del desarrollo que han alcanzado las Haciendas de este rumbo. Donde hubo hace siglos una casa grande y una peonada trabajando en un beneficio común, se han formado hoy populosas poblaciones.

Frente al portón, el inmenso patio donde se recibía la caña antes de entrar a los trapiches cuyas ruinas quedan todavía ahí. Y el corredor de blanca arquería en forma de L y los cuartos en hilera, rodeando aquella explanada. Todo blanco de cal y sellado con un silencio que parece que detuvo el momento en que se paró el bullicio que debió agitarse aquí.

La blancura de los enjalbes primitivos y la quietud de estos corredores parecen el escenario mejor para algunas de las curiosas leyendas que escuchamos.

Dicen de aquella mujer que pasa por estos corredores y atraviesa estos patios vestida de llamas azules. Que es una

aparición repentina que va por estos lugares como un soplo de viento enmadejado en la luz de la luna.

No son de lumbre roja las llamas que envuelven su cuerpo, son llamas limpias y transparentes. Es la llama que hace el alcohol, espíritu purificado de la caña.

Aquella mujer, la aparición de aquella mujer que han visto muchos, y sus quejas, y el llanto inconsolable con que gime . . .

Hubo un caso lamentable, sabe usted . . . Y nos cuentan la historia de una vez que estaban aquí, precisamente en estos corredores, llenando unas botellas de alcohol. Dos sirvientas y un chiquillo se dedicaban a llenar las botellas que deberían ser enviadas al pueblo cercano.

Era por los días de noviembre. La tarde se fugó por entre los cerros que rodean la hacienda y entraron las sombras a arrinconarse en los rincones del corredor.

—Anda, muchachito: tráete una vela, porque todavía faltan dos latas por vaciar. No te acerques, no te acerques; alúzanos desde allá.

Las mujeres se atareaban en su quehacer que se había prolongado más de lo que tenían calculado. Ya temblaban las primeras estrellas sobre el cielo negro de noviembre.

El niño perdió la paciencia. Se había cansado de estar ahí de bobo, con aquella vela en la mano. Un rato se paraba en un pie y otro rato en el otro.

De repente, nadie supo cómo, o en realidad todos lo supieron, el caso es que retembló la casa en un estampido.

Se levantó una llama azul hasta las vigas del techo . . . Y las mujeres y el niño quedaron rotorciéndose en los alaridos de su muerte.

Que una de esas mujeres anda ahora rondando por estos corredores, cuando las noches son más oscuras. Parece un relámpago de luna que pasa a su velocidad.

Dicen también que se ve por aquí la figura del Gral. Duque, uno de los primeros dueños de la hacienda. Lo han visto caminar por este patio, penetrar a esos cuartos, rondar por los corredores. Que lo han visto como fue, alto él y muy espigado, con su barba larga, con ademanes parsimoniosos y con la vista perdida en quién sabe qué rumbos del tiempo . . .

Nos entreteníamos recogiendo consejas, porque no había quién supiera dar aquí datos más sólidos.

Las gentes que rodean esta imponente casa, el vecindario compuesto de cinco mil almas, apenas saben nada de lo que se encierra dentro de estos muros, fuera de las leyendas con que entretienen sus ratos de ocio.

El señor encargado de la casa grande y que controla los extensos plantíos de caña que van a dar ahora al Ingenio de Tamazula, nos dijo que la cosa era muy sencilla, que nos entrevistáramos con los dueños . . .

Lo hicimos así, y aunque no en el escenario donde transcurrieron aquellos capítulos del pasado, tuvimos importantes información sobre Santa Cruz. Nos la proporcionó amablemente el Ing. D. Alberto Lancaster Jones que conoce todos los recodos y tiquis miquis que integran la historia de la hacienda.

Ahora estamos acá, en una confortable oficina. A este elevado piso llega nada más en ronroneo lejano, el barullo citadino.

Hay un choque violento entre lo que fue la paz de aquella casona umbrosa y el sordo rumor con que se agita en convulsiones de fiebre, esta moderna urbe. Sobre el fondo incansable de ese oleaje distante, la voz amena del Ing. Lancaster que tiene todas las cualidades de un excelente conversador.

La historia comienza por el año de 1830. Ahí, el nombre de ese Gral. Duque, dueño de los Ranchos de El Fresno, San Rafael y San Miguel que así se llamó anteriormente lo que se convirtió después en Hacienda de la Cruz.

Con todos los ranchos de su propiedad dio forma a la hacienda propiamente tal.

Don Carlos Duque, hijo del Gral. Duque, recibió en herencia la hacienda e impulsó su progreso instalando un moderno molino escocés. Doña Isabel Remus que fue esposa de Don Carlos, a la muerte de éste, trató de vender la hacienda.

En los arreglos del trato aceptó como garantía, mientras era liquidado el precio convenido, la Hacienda del Cortijo ahí próxima.

Vencido el plazo y de acuerdo con los convenios acordados, Doña Isabel Remus quedó con las dos haciendas de las que hizo una sola que se llamó entonces Santa Cruz del Cortijo.

Ya en estas condiciones volvió a vender la hacienda a

un señor de estos rumbos que la amplió con otras propiedades que poseía, como la Hacienda de Ferrería y la del Banco llamada también del Palmito. Se sabe que este señor era muy amante del juego de baraja y una noche, obsedido por su afición, llegó a poner sobre la mesa todo lo que poseía.

Sólo le quedaba ya la inmensa hacienda y él temblaba y se mesaba los cabellos empabilados por la ansiedad.

Clareaban las primeras luces del día. El velón que alumbraba a los tahúres chisporroteaba cansado del desvelo. El hombre dio un golpe sobre la mesa: iba a jugar lo último.

Febricitante y con los ojos llenos de lágrimas recibió el fallo maldito: la hacienda toda pasó a poder de su contrincante.

El nuevo dueño de San Cruz acrecentó todavía más las dimensiones de ésta, pero tuvo serios problemas económicos, deudas muy altas y se vio obligado a venderla a una sociedad formada por Don Rafael Arias y su hijo del mismo nombre.

Nuevas dificultades, hipotecas elevadas y la hacienda fue puesta en subasta. De aquí vino a posesión de ella don Ricardo Lancaster, abuelo del Ing. D. Alberto Lancaster Jones quien nos está haciendo esta relación suscinta de los poseedores que lleva en su historia Santa Cruz del Cortijo.

Las últimas luces del día se revuelven en el barullo de la gran ciudad.

Qué distinto este atardecer de aquel que puede gozarse a la tranquila luz de un pueblo o de una hacienda como Santa Cruz del Cortijo.

Allá los cerros envaguecidos en la dolencia apagada de la última luz, y el ruido enloquecido de los pájaros que cantan entre la inmensa azálea de la arquería superior de la casa.

Acá el tráfago ruidoso de tantos vehículos, el humo venenoso, el griterío de la gente que va de un lado a otro en extraña desesperación. Y la voz pausada del Ing. Lancaster que nos sigue dando los últimos pormenores de esta relación.

La adquisición de la Hacienda se hizo a principios del siglo, y tras de una serie de juicios y apelaciones por parte del dueño anterior. Luego el fallo definitivo y el programa de trabajo que se emprendió con resuelto ánimo y que hizo producir excelentes rendimientos.

Las extensiones inabarcables plantadas de caña, el trabajo del ingenio de donde se obtenía azúcar de marqueta y excelente alcohol. Y todavía amplios campos sembrados de maíz, mismo que se utilizaba en la alimentación de los peones como una ayuda que se les proporcionaba sin costo ninguno. Así por último, la ganadería que llegó a alcanzar niveles de importancia.

Pero vinieron las afectaciones, la primera en 1917 y otras en tiempo del Gral. Cárdenas que redujeron la propiedad a sólo el casco de la hacienda y una porción de cerro que se planta ahora de mezcaleras.

En todo lo demás, se formaron varios ejidos que pasaron a gentes de aquí y de otros rumbos.

Gentes que, nos dice el Ingeniero, han trabajado activamente y han hecho producir estas tierras en excelentes cifras, cantidad y calidad de la caña de azúcar que es llevada a Tamazula.

Se han abierto no menos de cuarenta pozos artesianos que permiten el más alto producto de las tierras. Un dato lo dice todo: cada ocho días se derraman aquí no menos de 800 mil pesos entre los agricultores.

Y todavía un recuerdo nostálgico: Don Ricardo Lancaster se echó a cuestas la edificación del soberbio caserón, de dos plantas, que constituye hoy lo más importante del casco. A últimas fechas, se han cambiado techos, se han remozado pisos, se ha dotado de mobiliario todas las salas y dependencias de esta casa. Y así es aprovechada en períodos de descanso, entre las familias Verea Prieto, Verea Palomar y Lancaster Jones, con derecho al inmueble.

Todavía nos queda una última historia, una más de aquellas que tienen el sabor romántico de las consejas que se guardan en torno a estas viejas construcciones.

Un día hubo por aquí el encuentro de conservadores y liberales; el Gral. Cadenas con los primeros y el Gral. Rocha con los segundos. Fue esto en la guerra de Tres Años. Uno de los combatientes, no esperaba el encuentro y traía con la tropa un cargamento de dinero en plata para pagos del ejército.

Al estallar violento de la fusilería, se espantaron las mulas y tomaron rumbo por entre la maleza del cerro. En

su huída fueron a meterse por sí mismas al corral de un campesino que vio con ojos asombrados la increíble cantidad de dinero que transportaban las acémilas.

Ni tardo ni perezoso fue luego a cortar las correas que sostenían la carga y les dio carrera por el cerro, libres ya del valioso tesoro.

Llegó un militar al poco tiempo preguntando por las mulas, sólo por las mulas, y el ladino labriego respondió y no mintió . . .

—Unas mulas, dice . . . sí, sí, allá van; desde aquí se les divisa . . .

Y el cargamento, los pesados fardos de dinero . . . dicen que se guardan todavía en una cueva que se localiza por aquí.

La historia tiene todos los visos de veracidad, la plata ahí recogida sigue todavía enhebrando historias y consejas . . . Quien sabe si no fuera difícil dar con ella.

Pero nosotros no andábamos buscando tesoros perdidos. Buscábamos tan sólo la transparencia de este aire donde se rebulle la fragancia de los naranjos que vienen siguiendo la humedad del río.

Nosotros buscábamos el testimonio vivo de una de nuestras haciendas que guardan en su historia el nombre de muchas gentes que pasaron por aquí dejando su huella.

Esa huella viva que puede leerse en las paredes encaladas, de blanco, en el señorío de esta casa. Una huella que se agita y tiembla con el griterío de los gorriones que cantan a un mismo tiempo entre el ramaje de las azáleas.

EL RINCON

Dijo que sí, que no tenía ningún inconveniente en ponerse a platicar un rato con nosotros, tanto más que por el momento no tenía otra ocupación.

Y con mucha sencillez y naturalidad fue dejando que la plática penetrara a rincones olvidados de su vida y de la vida de la hacienda.

La voz de don Domingo a pesar de sus ochenta y tantos años, es fresca y jovial como la de un niño.

Dice que de muy pequeño empezó a relacionarse a la hacienda desempeñando el puesto de monaguillo en la propia capilla.

Que al paso de los años le encomendaron el puesto de sacristán y que todavía desempeña estos menesteres con mucho agrado.

Toda una vida en la penumbra interior, el recogimiento y las suavidades místicas del templo. Toda una vida en contacto con los ritos litúrgicos.

Ahora nos explicamos el por qué de aquella entonación melíflua. Su voz se habituó a los "Dominus vobiscum", y hoy no puede decir nada que no vaya animado de cierta piadosa entonación.

Los terciopelos blandos de la voz de don Domingo, y su cordialidad, y su expresión risueña y el recuerdo fiel de tantas peripecias que lleva en su memoria.

En resumen, el encuentro don Domingo, una gran ocasión para pasar esta tarde y para tener las referencias más completas acerca del pasado de esta hacienda del Rincón de Magdalena.

Hablamos de una cosa y de otra; este asunto lleva a otro muy distinto, y la conversación fluye así, mientras la tarde se mece en el viento de febrero.

Doña Carlota Gómez Vda. de Vizcaíno, una gran mujer que sostuvo y consolidó esta hacienda en tiempos difíciles.

Los recuerdos vienen de una distancia que arranca de principios del siglo y más allá.

A veces las modulaciones de esta conversación toman el tinte de una emocionada nostalgia . . . Don Domingo se está acordando de su bisabuela y de lo que ella le previno un día . . .

"Apenitas me acuerdo de la cara de mi bisabuela. Era

una viejecita chupada por los años; como si le dijera, nada más un costalito de huesos.

"Se llamaba Sixta pero no sé de qué. Hace tantos años que ya se me nubla el recuerdo de muchas cosas de ella, pero no esto que me dijo un día . . .:

"He, hijo, yo ya no lo veré pero tú sí. Va a venir un dragón echando humo por el hocico y lumbre por los ojos. Va a ser esto algo horroroso que no puedes imaginártelo siquiera.

"Va a llegar el dragón arrastrándose por la tierra y donde se pare, no va a respetar cristiano, se los va a ir tragando vivos y arrastrándolos en su panza.

"Me dan ganas de persignarme nada más del puro pensamiento de lo que va a ser ese dragón con el que tú mismo te vas a encontrar un día".

"Todo eso me decía mi bisabuela, mientras alisaba sus chiqueadores de hierbabuena que se le querían desprender con los movimientos de espanto con que se estremecía la pobrecita.

"Y luego me dijo:

"Pero no creas que eso es todo; también va a venir un monstruo como un mayate de colores y donde vaya llegando van a irse acabando las carretas de bueyes y los caballos y los burros".

Don Domingo se sonríe de las ocurrencias de su bisabuela. Hay en su expresión. una piadosa sonrisa a la memoria de su bisabuela . . .

"No le entendía lo que me quería decir, y fíjese que es muy fácil descubrir lo que me avisaba: lo del dragón ese, no es otra cosa que el tren, y como entonces no conocíamos nada de eso.

"Ahora que yo no sé cómo se informó mi bisabuela de la figura del tren y lo de los resoplidos de humo y las chispas de lumbre.

"Lo otro, el monstruo de colores, son los camiones; clarito decía, porque con el tren y los camiones se acabaron las carretas de bueyes y todo el modo de caminar que usábamos entonces".

Dice don Domingo que él recuerda muy bien el día en que llegó por estos rumbos el primer tren. Fue por el año de 1909.

Había un alboroto entre la gente y una de cuentos sobre lo que podría cargar el tren: un pueblo entero de cristianos y a una rapidez que nadie creía que pudiera alcanzarse.

El estaba muy quitado de la pena haciendo su quehacer. Era una mañana como a eso de las once. Unos ventarrones muy fuertes sacudían y golpeaban unas contra otras las puertas del templo.

Se tenía la noticia de que ese día iba a llegar por primera vez el tren, y la gente desde muy temprano se apiñó a los lados de la vía.

Don Domingo tenía la urgencia de limpiar unos candeleros y otros pequeños quehaceres en la iglesia; además de que no ha sido amante de andar entre la bola, por eso se quedó en lo suyo . . .

Pero sentía el huracán, oía el estruendo del viento y las puertas golpeándose unas contra otras. Le llegó la idea, le llegó la idea: si aquello fuera el fin del mundo.

Ahora ha dejado campo abierto a la risa. Se ríe don Domingo de sus temores de aquella mañana. Total, llegó el tren y no pasó nada.

Pero se burla de sí mismo, de sus sustos, de aquella mañana. Y pensar que hace unos instantes estaba compadeciéndose de la ingenuidad de su bisabuela . . .

Ha hecho una pausa y se ha quedado con la vista baja contemplando sus huaraches nuevos. Quien sabe por qué rumbos tan distantes anden ahora los recuerdos de don Domingo.

Nosotros, entre tanto, nos hemos puesto a contemplar el magnífico perfil de estas construcciones de un neoclásico diseño y de una opulencia todavía palpable.

En la explanada del frente y más acá del pórtico que sirve de entrada, hay unos gigantescos laureles de la India.

Entre sus densas frondas se tamiza la tarde con inflexiones muy delicadas que van del verde tierno al violeta del crepúsculo.

Y los pájaros en su alboroto vespertino, y la luz como arrullándose en la hamaca del viento, este viento loco de febrero.

No pensábamos encontrar ciertamente una hacienda de rasgos tan característicos, ni este ambiente tan grato.

De Huescalapa hacia adelante vinimos por brechas, torciendo por caminos apenas dibujados en ese terreno calizo que espanta toda vegetación.

Una vuelta por este lado, otra por aquel. No, este no es el camino, hay que desandar un trecho para tomar por el otro atajo.

Es muy difícil llegar a la hacienda. Creemos que nadie lo puede conseguir a simples señas si no lleva consigo un guía.

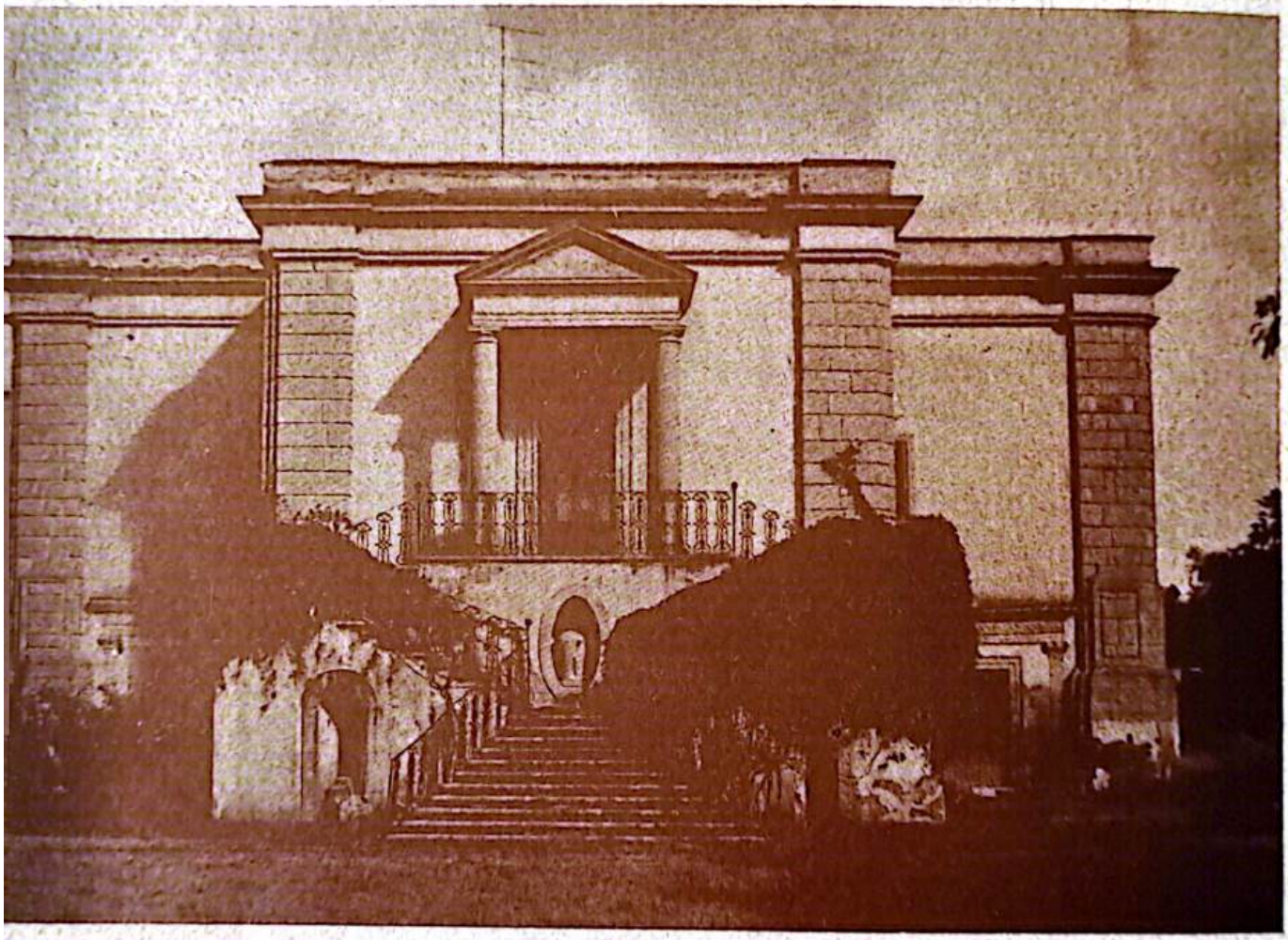
Por eso el encuentro de esta escondida casona tuvo para nosotros el carácter de una aventura colmada. Por algo le pusieron la Hacienda del Rincón, porque se oculta en verdad en un recodo de montañas.

Aquí no llega el aire inficionado de las caleras. Se transparentan las distancias y dejan contemplar en pleno embeleso, el perfil grandioso de los cerros.

Buscábamos a alguno de los dueños de la hacienda o a una persona relacionada con ellos y encontramos a un jovencito montado a pelo en un hermoso alazán. Nos recibió con alguna reticencia. No estaba su papá y no podía dejarnos entrar.

Le explicamos nuestro propósito, nos deshicimos en elogios de la arquitectura tan bien conservada, le insistimos si no sería posible nos permitiera conocer siquiera los patios interiores . . .

Pero el joven, muy puesto en su papel, dijo que no; en todo caso iba a comunicarse con su papá que había ido a Ciudad Guzmán.



Nos causaba risueña impresión la actitud desconfiada de Francisco Javier Vizcaíno que así nos dijo llamarse este joven, resuelto en su decisión de no abrir las puertas de la casa a unos desconocidos.

Y nos sentamos en el bordo de la banqueta y nos pusimos a platicar con don Domingo Campos que, por su parte, no tuvo empacho ninguno en ponerse a contestar y a satisfacer todas nuestras curiosidades.

Sí, él ha vivido aquí toda su vida. Nació en 1892 y desde entonces ha estado a servicio de la hacienda, no sólo en los menesteres de la iglesia, sino también en el cultivo de las tierras.

Dos veces se casó; sus hijos ya son hombres viejos y él sigue aquí al rescoldo de aquellos años de su mejor edad, cuando la hacienda floreció en singular grandeza.

De aquí para acá, nos va señalando, había una extensión muy amplia donde estaba la ordeña. Muchas cántaras de leche eran sacadas todos los días a Zapotlán.

Y luego la cuestión de la caña de azúcar. Se sembraba mucha caña de azúcar. Ondeaban los cañaverales en un verde mar que se perdía a la vista.

Y humeaban de negro, bajo el cielo azul, los dos chacuacos grandes del ingenio donde se producía buen azúcar y excelente alcohol.

Se acuerda nuestro amigo de todo. Aquellos tercios de azúcar empacados en petate que eran llevados a lomo de mula por los caminos de Colima y de Ciudad Guzmán, hasta que empezó el tren.

Y las siembras de maíz, de frijol, de garbanzo. Era aquel un Rincón de fertilidad maravillosa. Casi como el Paraíso escondido de nuestros primeros padres.

Pero un día fue llegando la Revolución . . .

No pasan las horas en esta conversación sencilla y cordial con don Domingo Campos. Dice que todavía puede quedarse con nosotros otro rato, pues no es tiempo aún de llamar al Rosario.

Estamos frente al edificio de la Hacienda, a la espesa fronda de los laureles y bajo una quieta llovizna de sol.

Ya el viento empieza a soltar con fuerza sus banderas y deshila las lilas de la tarde . . .

"Bueno, le decía de las dificultades que vinieron después y que acabaron con todo. Decían que se trataba de que mejoráramos, pero yo no sé cómo estuvo eso.

"Yo empecé ganando seis centavos diarios, con trabajo de 6 de la mañana a 6 de la tarde. Me ocupaban como becerrero.

"Las gentes grandes ganaban 20 centavos, o sea $ 1.20 a la semana. Usted ha de decir: una injusticia. Cómo podían vivir esas pobres gentes con esos sueldos.

"Hummm qué usted . . . Estábamos mejor que ahora.

Con ese peso veinte podía comprar todo lo que se le antojara. Con decirle que un espinazo grande de puerco, costaba 20 centavos.

"Y luego, por otra parte, de los señores de la hacienda teníamos cada ocho días, como regalo, sin cuento ni descuento de nada, 6 almudes de maíz, frijol, azúcar, arroz, manteca y sal . . . ¿Qué más queríamos, oiga?

"La casa amplia y buena para cada uno de los que trabajábamos. Nada más para que tenga una idea: de una de aquellas casas que teníamos entonces, están sacando ahora tres.

"Pero vino el desorden . . . Que no, que teníamos que entrar a un sindicato para defendernos . . . ¿Para defendernos de quien, oiga?

"Y luego la cuestión ejidal y el sindicato mismo se liaron en un enredo que mejor hizo a los patrones dejar esto a la buena de Dios.

"Se acabó todo. Vino una sequía de muchos años. Se azolvaron los tanques y se dejó de regar. Las tierras se quedaron muertas.

Con el tiempo se aprovechó el agua del Tanque de la Monja para dar agua a Zapotiltic. Ahora están empezando a limpiar el Tanque Principal y dicen que se van a volver a sembrar todas las tierras para aprovechar la caña en el Ingenio de Tamazula.

"Dicen que esto va a organizarse como antes. Pero ya no es posible, ya no es posible que las cosas vuelvan. ¿Verdad que no, señor?

Don Domingo ha clavado su pregunta, estremecida, desde adentro de su ser, en una "íntima tristeza reaccionaria".

Dice que no sabe leer, que ya se siente cansado y viejo, pero que le satisface pensar que él vivió los mejores días de esta hacienda.

Aunque ahora hablen de muchos adelantos y se vean las cosas que no se vieron en sus tiempos, él sabe que nada volverá a ser igual.

Y nos conmina a que nosotros también convengamos en su punto de vista: nada vuelve a ser igual.

El tiempo que pasa, los seres queridos que se nos arrancan de la vida, y la soledad espantosa en que quedan todas las cosas.

Una soledad llena nada más de estos vientos que están sacudiendo con látigo desesperado, la blanda suavidad del atardecer.

Nos hemos despedido de don Domingo casi sin decir otra palabra. Hemos comprendido su tristeza.

Todavía el sol llameaba, a los golpes del aire, en las puntas altas de los laureles.

LA TROJE

Como en huerto cerrado y más allá de una campiña que rebosa los sábridos frutos del otoño, está la casa venerable, último testimonio de esta Hacienda de la Troje.

No es fácil llegar hasta la señorial construcción, donde puede palparse la grandeza de una época de esplendor.

Anduvimos dando rodeos por una parte y por otra, preguntando y pidiendo rumbos. Siempre topábamos con una especie de muralla que circunda la casa principal.

Hubimos de recurrir a un guía que nos trajo por entre calzadas de árboles, perales todavía en producción, caminos y avenidas abiertos por entre sembradíos en plenitud, hasta llegar a la casa escondida en el encantamiento de su soledad.

Dicen que hace muchos años, uno de los más antiguos dueños de esta hacienda, en viaje por Europa, vio por allá y se encantó del trazo arquitectónico de los viejos castillos medievales que visitaba.

Que hizo tomar dibujo, relación de planos, muy minuciosamente, con el propósito de venir a construir aquí una casa igual.

No quiso perder tiempo y mientras continuaba por varios meses más la ruta de su paseo, envió los planos al mayordomo de la hacienda.

El solícito servidor pensó adivinar las intenciones de su amo y antes de recibir disposición alguna, se dio a levantar la finca con apurada urgencia para dar a su señor una grata sorpresa.

Que la sorpresa no fue después de todo tan agradable, porque sin una dirección adecuada y en las prisas, no se llegó a construir una casa en la rigurosa propiedad de estilo y en la exactitud de lo que vio y quiso el dueño de la hacienda.

Todo esto nos dijeron gentes de aquellos contornos, haciéndonos notar cómo la casa de la Troje muestra curiosa mezcla del estilo colonial mexicano que así llaman, con la conformación general de un castillo europeo.

Escalinatas de una llamativa opulencia, salones amplios, artesonados y pinturas de mucho mérito; mobiliario francés, todavía en perfecta conservación; y un aire y un ambiente misterioso que seduce y repele al mismo tiempo.

Uno no sabe de pronto si devolvió la máquina del tiempo y fue a situarse en siglos pasados; no sabe uno si después de aquellas vueltas por entre avenidas silenciosas, vino a perderse en un país extraño.

Pero los moradores de la hacienda, nos vuelven a esta vida con su cordialidad y llaneza, con las gentiles atenciones que nos dispensan.

Nos muestra el Lic. Alfredo Romo todos los rincones de la casa y nos dice que al parecer, no fue trazada como casa habitación, sino como sitio donde se reunía toda la parentela, dueños de las haciendas de la región, en los tiempos en que éstas alcanzaron toda su grandeza.

Pero nos dice también que si queremos datos, si queremos una relación de recuerdos, acontecimientos vividos aquí en los lejanos tiempos, vayamos con su papá, le preguntemos a él . . .

Don Jaime nos recibe en su estancia con la mayor cortesía. Una quieta penumbra de octubre envuelve en tristeza estos muebles centenarios.

La conversación fluye animada, llena de chispeantes observaciones, de referencias muy interesantes, de datos precisos.

Sin duda que don Jaime es un buen conversador. Y vivió tan intensamente el desarrollo y esplendor de esta hacienda, que ahora, al recordar todo aquello, hace como si en el claro-oscuro de esta tarde de otoño, volviera a vivir aquellos días . . .

"Bueno, usted ya lo sabe: esta hacienda fue parte del mayorazgo de los Rincón Gallardo.

"Recordará que las posesiones de Ciénega de Mata se dividían en Haciendas de Labor y Estancias de Ganado.

"Esta era una hacienda de labor que, como todas las que pertenecieron al latifundio, tuvo su advocación religiosa según el espíritu de profunda piedad de aquellos hombres.

"Acuérdese de la Pura Concepción de Ciénega de Mata, de Nuestra Señora de Guadalupe de Ledezma, de Nuestra Señora del Rosario de la Troje, de Señor San José de Ojuelos y así por el estilo.

"En sucesión hereditaria, tocó esta hacienda a Don Pedro Rincón Gallardo, abuelo de mi esposa, quien a su vez la heredó y repartió entre sus dos hijos.

"La parte que correspondió al papá de mi esposa se fraccionó de nuevo en las porciones de los seis herederos que hubo.

"Quiero decirle esto, para que vea cómo por razón natural todas aquellas inmensas posesiones se fueron repartiendo y dividiendo en varios dueños legítimos . . ."

Don Jaime parece que recuerda aquí, muy entre líneas, tormentas pasadas, viejas inquietudes, cuando anduvo en el campo la amenaza arrasadora del agrarismo.

"No, yá verá que aquí no hubo estridencias ni dificultades. Déjeme decirle cómo se hicieron aquí las cosas:

"Resulta que yo tuve un acuerdo con mis cuñados: la situación era inevitable, pero sucedía que los trabajadores, vecinos del rumbo no pedían tierras, no denunciaban, no exigían, ellos estaban agusto trabajando así . . .

"Entonces empezaron a llegar campesinos de otras

partes con ánimo de quedarse con las tierras y por eso le digo que tuve un acuerdo con mis cuñados:

"Vamos repartiendo nosotros mismos estas tierras, vamos haciendo una especie de fraccionamiento y vamos asignando en donación legítima cada parte a estas gentes que trabajan con nosotros.

"Así lo hicimos; luego legalizamos todo en la forma de un ejido y santas pascuas. No hubo fricción, ni descontento, ni amenaza, ni nada".

Vemos en don Jaime a un varón respetable y digno. Sus expresiones, su criterio, su modo de enfocar tal o cual tema, lo dibujan como un hombre justo, prudente, equilibrado.

Decimos esto porque en versiones recogidas en estos mismos rumbos, supimos que se le está asediando todavía por parte de un grupo de gentes que tratan de fundar casi en el patio de la hacienda, que fue lo único que le quedó, un nuevo centro de población.

Al parecer, se han hecho trámites en diversas dependencias oficiales y aunque consta la inafectabilidad de la posesión actual de la Troje, lejos de cortar en definitiva la pretensión de los paracaidistas, se sigue insistiendo, buscando por una parte y por otra.

Don Jaime no menciona nada de esto. El tiene recuerdos muy gratos, conserva testimonios muy sinceros de la bondad de estas gentes, sabe que hay una cordialidad muy grande de los vecinos, y eso le basta.

Dice que él vivió por lo menos cuarenta años de dedi-

cación al trabajo, y de atención cabal a esta hacienda. Aquellos fueron días inolvidables.

Por entonces, casi al principiar el siglo, el Gral. Rincón Gallardo, trajo a un escocés, William Soderdam, perito en fruticultura.

Aquel hombre tenía en realidad conocimientos extraordinarios en plantación y tratamiento científico de los frutales más finos y plantó aquí una huerta que era casi un paraíso terrenal.

De acuerdo a las condiciones del terreno y del clima, escogió una cierta variedad de pera de lo más fino que se ha cultivado en México. Había también ciruelos de exquisita fruta, vides muy finas, nogales y manzanos.

Contaban para ello con el agua de la Presa de Valerio y la dedicación y el esmero de aquel escocés que amaba sus árboles y se gozaba en verlos fruteciendo.

También se cultivó aquí con mucho éxito un tipo de magueyes que daban un pulque muy apreciado que iba a consumirse casi todo a Aguascalientes.

Con el reparto de las posesiones de la Troje, se acabó todo. El mismo don Jaime dio al traste con la producción de pulque, medida que creyó necesaria al darse cuenta que el gobierno había armado a muchos campesinos de la región. No quiso que con pulque y armas fuera a combinarse una riña o una tragedia de graves alcances.

Al legalizarse el ejido, se quitó a la hacienda el provecho del agua de Valerio, por aquella ley que llaman de accesión, según la cual las tierras que se pueden regar con

una presa y de hecho se han regado con esa agua, tienen derecho absoluto sobre la misma.

Así en un tris tras, se acabó la huerta. Los perales empezaron a amarillecer con la dolencia de un otoño del cual no volvieron jamás.

Pastizal y basura, matas de calabaza, en aquellas tierras donde antes se cultivaron los frutales más finos de México. Así quedó todo.

Aunque no lo manifiesta en modo alguno, pensamos que en la voz de don Jaime hay una nostalgia, un recuerdo entristecido de lo que él llegó a ver en tanta magnificencia y hoy se muere cada día más en la sequedad y el abandono.

De acuerdo a las posibilidades que se tienen, hoy se negocia aquí con la cría y venta de ganado. A esto se reduce la actividad de la Troje.

Experimentando un año y otro, haciendo pruebas de una forma y de otra, primero con ganado pinto de ordeña, después con ganado suizo, ha venido don Jaime a criar con buen rendimiento el Hereford que da buenos resultados en la calidad de su carne, en el peso y buen mercado.

Todo ha sido resultado de un esfuerzo constante, de trabajo, de lucha, de pérdidas. Así ha llegado a establecer un negocio que le permite vivir con decoro.

En su conversación sigue haciendo recuerdos, trayendo nombres, recordando sucesos, muy interesantes. Y lo hace con un estilo muy franco, con sencillez, sin engolamientos, sin reproches, sin resentida referencia a nada y a nadie.

Nos cuenta de sus viajes allá en el segundo decenio del siglo, de aquí a Aguascalientes. No había carretera, no había transportes, no había nada.

Una diligencia en salidas de toda la familia o una berlina, para él solo, con su buen tiro de mulas que remudaban a la mitad del camino.

Las madrugadas aquellas, iluminadas por mechones de petróleo mientras se daba maíz a las bestias, mientras se disponía el bastimento, mientras se preparaban los mil requerimientos del viaje.

De pronto don Jaime Romo ha hecho una pausa. Le ha venido un recuerdo muy señalado entre todos . . .

"Ya verá ya verá. Me dice de anécdotas o recuerdos especiales. Sucede que un día vino a visitarme el Gral. Lázaro Cárdenas. Así como lo oye, él, con todo su séquito, generales, políticos, gente del gobierno. Fue allá en aquellos tiempos . . ."

La conversación de don Jaime Romo se anima al revivir la sorpresa que recibió aquella tarde, ante el inesperado aviso. Dice que había desarrollado una actividad muy fatigosa toda la mañana y que después de comer quiso acostars a descansar un poco . . .

"Así sucedió, ya le digo. Yo muy quitado de la pena y viene un mozo a hablarme; que el Gral. Cárdenas en persona estaba ahí, a la puerta, y que preguntaba por mí.

Me impresionó la noticia. Eran tiempos aquellos muy inseguros. No sabía uno lo que podía suscitarse de un momento a otro.

Mi familia me hace broma: dice que bajé la escalinata haciendo examen de conciencia. Y en realidad fue así. Buscaba interiormente algún motivo que hubiera originado tan inesperada visita . . .

Llegué al portón de la entrada. El mozo lo había abierto de par en par al verse frente a tamaño personaje. Pero el Gral. Cárdenas no pasó hacia dentro ni la mitad de un pie, hasta que llegué . . .

Me expresó con mucha gentileza que había tenido noticia del gobernador, no me dijo ni de dónde, ni quién, que tenía yo buen ganado suizo, que si no tenía inconveniente en mostrárselo.

Y anduvimos de un lado para otro. Se interesó por todo. Preguntó acerca de esto y de lo otro. Admiró y se sorprendió de la calidad de los frutales que quedaban entonces todavía; vio una descremadora y se interesó en su funcionamiento y producción.

Fue un ir y venir por todos lados. El y yo delante; tras de nosotros la numerosa comitiva de gentes del gobierno, militares, políticos, gobernadores y ex-gobernadores. Por entonces Lázaro Cárdenas era Ministro de Guerra.

Hasta las diez de la noche duró la visita. En la puerta grande se despidió aquel hombre, tan llano, tan cordial, tan campechano, como nunca me imaginé que pudiera haber sido aquel personaje tan discutido . . .

Un abrazo muy efusivo y muy cordial, y sus palabras que recuerdo muy bien:

Lo felicito, amigo. Sé que aquí vive y hace muy bien

en disfrutar y cuidar todas estas cosas. Acuérdese que tiene en mí un amigo para lo que se le ofrezca".

Don Jaime ha hecho una pausa. Todavía sigue después contándonos otros pormenores y las reacciones que en el medio político provocó esta visita.

La tarde se ha cansado de su luz y empieza a doblarse blandamente.

Pensamos que también esta larga conversación ha fatigado a don Jaime y nos despedimos dándole cumplidas gracias.

Estos vientos del último octubre y esta fragancia de los campos magullados dolorosamente por las primeras heladas.

En el recodo escondido de esta hacienda es más pura, más diáfana, la rendida fragancia del otoño.

SAN CLEMENTE

Silencio de agua podrida. Se levanta el tufo y mancha el sol, el viento, las nubes. Todo lo ha envuelto desde hace muchos años un silencio de muerte.

Aquella fue una muralla de magnificencia y solidez únicas. Los presos políticos de épocas tormentosas de nuestra historia eran traídos aquí. Ahora sólo unos montones de piedra y dos torreones de lo que fue el portón de entrada.

Este muro de piedra de castilla, recio y fuerte, correspondió al templo primitivo de la hacienda. Ni el tiempo, ni las embestidas violentas contra todo lo que perteneció a los Palomar en esta hacienda de San Clemente, lograron derrumbarlo. Hace poco lo derrumbaron a golpe de dinamita para construir la nueva iglesia.

La casona grande sigue en pie. Se compone de un corredor espacioso levantado sobre el piso, unas salas enormes, frías y húmedas. Algunas tienen todavía las pinturas y el techo original.

Desde esta terraza se columbran lejanías luminosas. El verde del campo se funde en el azul de la distancia.

Pero esta contemplación no logra apartar la sensación siniestra que se respira en las estancias vacías. El aire de soledad, el silencio de agua podrida que revuelven nuestros pasos.

Al fondo de la casa está todavía un torreón enorme de piedra, construído a todas prisas. No hay el cuidado, la delicadeza que pueden verse en la arquería o en la pila de la entrada. Aquello tuvo que levantarse con la precipitación que pidieron las amenazas de lucha que un día sobrevinieron y turbaron para siempre la paz de este lugar.

Una mala escalinata de piedras a medio acomodar, lleva hasta lo alto del torreón, donde se colocaron los ventanillos desde donde se combatió a quienes vinieron a arrasar esta hacienda.

Y aunque aquella altura ponga a los ojos el paisaje cautivador de unos cielos azules, de unos cerros cubiertos de flores y unos sembradíos inacabables, uno no puede menos de pensar que todo esto fue escenario de lucha desesperada, de odio enconado, de gritos desgarradores, de fuego y de muerte, en el trance histórico que conocemos.

Pasó el estruendo y la hacienda se quedó agonizando. En esta misma agonía la hemos encontrado nosotros. No presenta una destrucción absoluta pero está muy lejos de ser lo que fue.

Las personas que adquirieron el casco no hace muchos años han tratado de reconstruir la finca. Pero están muy lejos de la visión y el empeño de sus primitivos dueños. En

la huerta interior tienen una infinidad de jaulas donde están criando un buen número de gallos de pelea. En esto vino a quedar San Clemente.

A un lado de las ruinas de piedra, de la inmensidad vacía de estas estancias, hemos querido nosotros remover los escombros del recuerdo, y hemos querido buscar un testimonio que nos dé hechos concretos, historias, sucedidos, anécdotas, mantenidos en la inmensidad estremecida del tiempo que ha transcurrido desde entonces.

Don Porfirio López Pelayo era la persona más indicada para el caso. Un anciano que carga sus 79 años con dignidad y donosura. Muy acicalado él y limpio en su pobreza. Una lentitud en las palabras, pero también una entonación distinguida y amable.

Dice don Porfirio que ha perdido casi totalmente los sentidos de la vista y del oído; que se considera ya una ruina humana, otra más de estas ruinas que componen lo que fue la hacienda. Pero así y todo, guarda recuerdos muy fieles. Aquello fue su vida y no puede olvidarlo nunca.

Que esta fue una de las haciendas más extensas y más ricas de Jalisco, comienza por asegurarnos este anciano, a tiempo que nos da los linderos que abarcó y que comenzaban en la Unión de Tula, por acá, hasta media agua del Río que viene de Ayutla. Siguiendo el curso de éste, alcanzaba por el otro viento hasta la Cruz de Moya que está antes de bajar a Juchitlán.

Habla de los señores Palomar y Corcuera, dueños de la hacienda y se vuelve elogios ponderativos acerca de la generosidad y buen trato que "los Palomares" particularmente, tuvieron para sus trabajadores.

Cosechas enormes de maíz, de frijol, de garbanzo, de trigo, se levantaban en tierras de la hacienda. Aquí predominaban los trabajos de agricultura; no hubo industria o factoría de importancia, fuera de una pequeña fábrica de jabón en la que se requería "el unto" de ocho cerdos gordos que se sacrificaban cada día.

El tiene el dato preciso de dos años en los cuales se encargó de recibir solamente el maíz para entregarlo al trojero.

Venían los cargamentos en burros, en mulas, en caballos, jadeando trabajosamente desde distancias muy apartadas, subiendo por laderas y pasando por barrancas a entregar el maíz que se recogía de las tierras de la hacienda.

Y ahí esta don Porfirio, lápiz en mano apuntando la entrega de fulano, de zutano, de perengano; recogiendo detalle minucioso de lo que recibía, descontando los dos hectólitros que se le habían anticipado como "habilitación" para que cada uno se sostuviera durante el tiempo de la siembra.

Dice este anciano de conversación lenta, lentísima, como si en cada palabra estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano para arrastrar el recuerdo de una distancia de más de cincuenta años, que él llegó a sacar cuenta de más de 60,000 hectólitros de maíz, sólo por lo que correspondía a la parte del patrón.

Y asegura que una cosecha así no se ha vuelto a ver, ni se volverá a ver, tanto menos que ahora ya las tierras no quieren producir garbanzo, ni trigo, como entonces. Ni solamente de maíz, y juntando la cosecha de todo lo que perteneció a la hacienda, se llegaría a sumar una cantidad así.

Dice que todo tuvo su parte buena y su parte mala. Que había entónces una exigencia de trabajo que casi convertía a las gentes en esclavos. Pero que hay que reconocer también que se vivía entonces con más holgura económica, a nadie le faltaba nada. El tiene el dato particular de su padre que cada año se daba el lujo de gastar cien pesos de pura ropa para la familia. Se traía aquella ropa desde Ayutla cargándola sobre un burro muy fuerte que tenían y al que llamaban "El Duende". Sudando, desfallecido llegaba aquel animal después de la jornada en que cargó aquellos fabulosos cien pesos de ropa.

La gente era muy trabajadora. Un año redondo de trabajo se tenía establecido en la hacienda para todos sus mozos. Las siembras, la cosecha, preparación de la tierra para el garbanzo y el trigo, refuerzo de potreros y de bordos de agua.

No había temporada para el ocio, ni día de descanso. Con ese cuidado y esa entrega al cultivo y preparación de la tierra, se explican las cosechas tan abundantes.

Que no faltaba la dureza exagerada ni la tiranía del mayordomo o sobrestante, nos dice don Porfirio. Lo afirma con entonación patética y asegura que aquellas piedras gastadas de la entrada a la hacienda, "se mojaron muchas veces con las lágrimas de los que se nombraban hombres".

Y da algunas peripecias particulares, así el caso de quienes por algún motivo particular faltaban un día a trabajar. Iba el sobrestante al siguiente día a urgir a aquel individuo el cumplimiento de su obligación. Si estaba enfermo se aprudentaba la falta, si no, se le esperaba un día más y al tercero llegaba una carreta de la hacienda a recoger todas las pertenencias de aquel hombre para sacarlo a él

con su familia y todas sus cosas, fuera de los límites de la hacienda.

Pero dice que los encargados de tan inhumana acción, tenían la cortesía no desprovista de un hiriente sarcasmo de preguntar al individuo en cuestión que señalara él mismo el viento, la dirección o el rumbo a donde prefería que lo llevaran . . .

Se acuerda don Porfirio particularmente de lo que se luchó contra unos grupos de indígenas asentados en las rancherías conocidas como Tacotán y Alpatahua. Rebeldes a los sistemas de trabajo de la hacienda, fueron sacados de los linderos de San Clemente. Pero ellos volvían a instalarse en sus humildes chozas a los dos o tres días. Así se estuvo luchando con ellos, hasta que, no sabe este anciano cómo, se acabó este núcleo de familias. Ahora no quedan en esos sitios sino dos o tres hombres muy ancianos.

Y un día retumbó en estas lejanías el trueno amenazador de la Revolución. Con el rumor que llegaba aquí de lo que venía sucediendo en todo el país, los dueños de la hacienda quisieron tomar sus providencias, y la primera consistió en armar un grupo de defensores, entre la peonada más leal.

Dice don Porfirio que a él le obligaron a tomar las armas; que tenía entonces unos 18 años y que su padre lo llamó y le explicó que no había otra salida. Cierto que su padre gozaba de especiales favores de parte de "los Palomares", pues fungía como "amo de llaves" de la hacienda. Así y todo, no hubo de escapar a su hijo de la obligación impuesta.

Un señor venido de quien sabe qué parte estuvo aleccionando a aquel grupo de 30 muchachos en el manejo de las armas y en tácticas de defensa y ofensa, mientras se construía a toda carrera el torreón de piedra que hemos visto nosotros.

Y nos cuenta don Porfirio de los encuentros que tuvieron con los alzados y del número de muertos que llegaron a contarse. Nos va señalando los sitios donde cayó uno y otro hasta contar no menos de diez, según eso, todos de las tropas contrarias.

Dice que a él le repugnaba todo esto y al cabo de unos meses se fingió víctima de unas calenturas y unas deposiciones muy fuertes que él mismo se provocó con quien sabe qué clase de hierba. Le valió el recurso y por él lo dieron de baja.

Pero que vino después "la agraria", una lucha más enconada y fuerte en la que sufrieron mucho las familias del lugar, pues dieron puertas libres a los alzados para que entraran, saquearan y se llevaran todo lo que quisieran.

De este capítulo le impresionó a él en modo especial los riesgos que corrieron las familias del lugar, las cuales amanecían y no sabían si llegarían al anocher sanas y salvas. Riesgos muy graves tuvieron para sí las muchachas en edad de merecer, nos dice este buen señor que recuerda los sustos y carreras que a él mismo le tocó compartir por este motivo.

Dice que las señoritas hacía como las codornices en cuanto sonaba el anuncio a amenaza de una partida de agraristas. Huían espantadas a esconderse a donde primero encontraban. Se olvidaban de todo; no sabían sino ir a ocultarse para salvar su honor.

Y una vez en estos azares le tocó a él tomar rumbo al cerro a esconder a sus hermanas entre el breñal. Dice que en el camino se le juntaron otras varias muchachas que andaban en huída desesperada. Así se dio el caso de que sin quererlo ni esperarlo, se convirtiera él, por aquella noche, en el ángel guardián de diecisiete muchachas a las que llevó a esconder en lo más intrincado de una barranca.

Ahí pasaron el largo día, sin probar bocado ni beber una gota de agua, atento el oído al más insignificante rumor. La negrura de aquel recoveco les daba alguna seguridad, pues dice don Porfirio que ni los halcones habrían dado con el escondite. Y sin embargo, el menor movimiento, el siseo del viento, los ponía a temblar, y dando diente con diente, a rezar la *Magnífica* y otras oraciones de mucha eficiencia en riesgos como aquél.

Para las cinco o seis de la tarde, aquellas muchachas no podían pronunciar palabra. Se les pegaba la lengua en el paladar. Las palabras se les quedaban a medias; no tenían alientos de nada.

El no hallaba qué hacer en la desesperación de aliviar en alguna forma la condición de aquellas señoritas, y sin decir palabra sacó su cuchillo, y se fue por el bordo del arroyo, sin darse a ver del descampado, claro está. Por allá empezó a encontrar biznagas y esto es quitarles las espinas y cortarlas en cuadritos que ofreció a las muchachas. La pulpa desabrida y ácida, supo a aquellas pobres como manjar celestial. Don Porfirio recuerda con gracia: dice que de ahí, todo fue un celebrar y hacer fiesta del hallazgo de las biznagas, y con todo eso, más tolerable el riesgo en que se encontraban.

Nuestro amigo se pasa una mano por la cabeza como

queriendo acomodar aquel mundo de recuerdos que se le viene en torbellino: tan intensa fue la vida de aquel tiempo, tantos riesgos, tan inminente el peligro de morir asesinados por un bando o por otro.

Entrecierra los ojos con un dejo de nostalgia muy amarga. Nosotros mismos, sin quererlo, nos hemos contagiado de esta actitud y nos hemos llegado a sentir invadidos, como el poeta jerezano, de "una íntima tristeza reaccionaria".

Don Porfirio, el homónimo de aquel presidente de México, a cuyo recuerdo se estremece el semblante pálido y marchito de este amigo nuestro, recordando las crueldades y la esclavitud de aquella época, reconoce que hubo entonces condiciones de vida más bonancibles.

Que a nadie le faltaba nada. Que se tenía mucho que comer. Que los sueldos serían miserables, pero que bastaban siempre para un nivel decoroso de vida . . . decoroso a las circunstancias de aquellos tiempos.

No, decididamente aquello no. Pero lo que vino después fue peor. Lo reconoce don Porfirio y tiembla al recuerdo de aquel vendabal de odios, como remolino diabólico que llegó y arrasó con todo, y destruyó muchos bienes, y redujo a nada haciendas que estaban dando mucho fruto para provecho de centenares de familias.

Se repartieron las tierras, nos dice, y ya las cosas tomaron el camino que estamos contemplando. Un camino que se marca al compás de ese viejo reloj de sol que ocupa la columna central de la pila de San Clemente.

Bajo el arco de impasible quietud, en el lento cansancio de aquella sombra que va diciendo el paso del día, se han registrado los hechos más tempestuosos de la vida de México y de la vida de esta región que en unas cuantas décadas ha sufrido transformaciones tan significativas.

Lo que fue entonces y lo que es ahora. Han cambiado los sistemas, se han modificado los modos de ver y de juzgar las cosas. Los mismos hombres han cambiado mucho en su aspecto exterior. También las nubes mismas del cielo, viven en constante fuga, no pueden permanecer un instante fijas.

Todo cambia, todo se muda, todo se transforma . . . Pero el verdor de estos campos es el mismo, la lozanía de estas tierras emociona al visitante; la respuesta incondicional y generosa de la tierra es la misma de siempre. Ella no guarda rencor.

AHUACAPAN

Bien nos dijeron que nos esperáramos a que se levantara la lluvia, pues que aquella tarde se volvería un largo y tedioso llover. Las nubes lo decían así, borrascosas y negras, caídas casi al ras de los milpales.

Con todo eso nos arriesgamos por la vereda que conduce a Ahuacapán. Ibamos con el ánimo resuelto en pos de esa vieja hacienda distante de Autlán no más de veinte kilómetros y de la cual nos habían dado noticias no muy optimistas.

Ibamos prevenidos de las dificultades del camino, por más que nos dieron también el dato de un acceso bien construído, con machuelo de ladrillo desde Autlán, por los dueños de la hacienda, allá a principios del siglo. Eso y también la advertencia de gentes difíciles, odios enconados, peligrosa desconfianza hacia el extraño y la frecuencia con que, por un quítame esas pajas, salían a relucir cuchillos y pistolas. Un lugar donde se registran frecuentes asesinatos, gentes que van y no vuelven . . .

Con todo eso emprendimos el camino ya a la media tarde, temiendo que nos fuera a coger la oscuridad; acaso una ponchadura fuera a dejarnos atrapados en el fango . . . Uno no sabe.

El señor que cuida la herramienta con la que está construyéndose una brecha, nos alentó: que siguiéramos, que siguiéramos adelante; era cosa nada más de trastumbar el cerrito que teníamos a la vista. Cosa de una media hora y estaríamos en Ahuacapán.

Un sordo murmullo de lluvia caminó con nosotros. A distancia, los cerros empañados por un polvo de ceniza; y nada más a momentos, el canto triste de una alondra, o el brillo de las milpas temblando de gotitas de agua.

Así llegamos a Ahuacapán en las sombras de un atardecer lluvioso; un caserío mínimo a este lado y hacia el fondo, contra el cerro, las ruinas ennegrecidas por el aguacero, de lo que fue propiamente la casa de la hacienda y las instalaciones de un ingenio.

Pero aquello no es sino un montón de escombros donde ahora crece la hierba: como una podredumbre humana de lo que pudo alcanzar niveles de importancia. Arquerías derrumbadas, muros de piedra sosteniéndose con firmeza, oquedades profundas en el suelo, y una peste de murciélagos y una peste todavía más concentrada del odio que sigue anidándose aquí hasta convertir el lugar en un sitio siniestro, repulsivo, de donde uno quisiera salir lo más pronto posible.

La impresión desoladora de aquellos escombros, de aquellas hondas cavidades disimuladas en el tierno retoño de las hierbas, la oscuridad de aquel caserío derrumbado y

de las portaleras sostenidas todavía . . . Todo eso y el fondo agreste de peñas donde estila el agua; todo eso y un vuelo de murciélagos que yerran de un lado para otro desconcertados por la penumbra extraña de este temprano anochecer en medio de la lluvia; todo eso nos hizo la impresión que luego habíamos de formarnos de este lugar.

Por plática que tuvimos con personas muy significadas en lugar, entre ellas el propio comisario, pudimos darnos cuenta del odio que se respira aquí; pudimos sentir el rencor enconado contra "el rico" que los hace temblar todavía al nombre de los dueños de esta hacienda.

No es más extraño Ahuacapán por los signos exteriores que configuran su imagen, que por la conversación y los datos que nos dan estas personas, vociferando todavía y trayendo una sarta de denuestos contra los hacendados.

A pesar de todo nos reciben con una medida cordialidad. Dijeron que nos habían divisado de lejos y que llamamos su atención: quién podía dirigirse hasta aquel lugar si nadie, en la región, quiere tener trato con ellos.

Por eso se salieron a la puerta del corralón inmenso que queda en lo que fue la hacienda y se pusieron a esperarnos. No les importó la lluvia; tenían que darse cuenta de quiénes éramos y qué buscábamos allí.

Y se pusieron a platicar. Aún nos invitaron a pasar a la casa de uno de aquellos señores; que no nos estuviéramos mojando, allá podríamos platicar más a gusto, que no tuviéramos desconfianza, que entráramos a la casa cuyas puertas se nos abrían.

Empezaron a hacer recuerdos. En realidad a ellos no

les tocó vivir los tiempos de esplendor de la hacienda, cuando se trabajaba aquí en extensas plantaciones de caña que se llevaba al ingenio para la elaboración de azúcar, alcohol y otros productos. Aquellas fueron épocas de mucho movimiento, según supieron ellos, pero todo para beneficiar más "al rico" y para sacrificar más al pobre trabajador . . . nos dicen.

Empiezan a insinuar así la orientación de su charla y aclaran que aquí hubo primero un pueblo viejísimo; que unos españoles levantaron la hacienda que los historiadores identifican como el mayorazgo de los Gómez de Parada. Saben que perteneció luego a "los Micheles", hasta que la compró después, a principios de este siglo, don Carlos Valencia.

Para explicarnos su antelación indígena, nos dan estos mismos señores una curiosa explicación de la palabra Ahuacapán, donde aparece un manantial de agua, un árbol de ahuacate y un canasto de pan. Explicación que tiene toda la ingenuidad de una conseja popular.

Nos dicen también que por todos lados se encuentran aquí infinidad de idolillos y de trastos indígenas. Que ahora que andan haciendo el camino, el día anterior nada menos, salieron en la zanja seis mono enteros con figura de reyes y una ranita que pitaba de modo muy curioso. Nada de esto les interesó y dieron los cachivaches a un tal Esquivel.

De los señores Michel no tienen ninguna información concreta; recuerdan, sí, y concentran el rencor que les inculcaron sus padres, contra ese señor don Carlos Valencia de quien dicen, a la fecha nada más viven sus "ñetos".

Y por aquí dejan salir los sentimientos que llevan agazapados bajo una capa más o menos cordial, por la tiranía y la crueldad que aseguran tuvo el hacendado para sus trabajadores.

Luego embisten también contra "el cura" que se mantenía aliado con "el rico" para cometer toda suerte de crímenes. Que por eso ellos nunca se paran en la iglesia; son creyentes y todo, pero no pueden dejar de sentir "mucha repugnancia contra esas cosas de los santos".

Van dándonos pormenores que no pudieron ellos comprobar, pero así se los dijeron y así lo creen a ojos cerrados. Según esto, "el rico" mandaba a la persona a confesarse y "el cura" iba tomando nota y apuntando lo que oía . . . "fulano de tal se robó una caña; perengano sustrajo una medida de maíz; mengano cortó una calabaza del barbecho" Eso bastaba al amo para proceder . . . Los infelices aquellos desaparecían misteriosamente; nadie volvía a tener noticia de ellos.

Estos señores están seguros de lo que dicen: "el cura" era responsable de aquello, de otra manera cómo les podríamos explicar el hecho de un subterráneo que dicen que había antiguamente de la casa del hacendado a la iglesia de la hacienda.

Que el subterráneo existió sin duda ninguna y servía para la comunicación tortuosa entre uno y otro. Buscaban el mayor secreto, en la oscuridad de aquel recoveco, sin que nadie fuera a sospechar que ellos se traían en las manos la vida y suerte de aquellos pobres miserables . . .

En realidad ninguno de estos señores tiene constancia cierta de la existencia de aquel subterráneo, pero ahí están

todavía unos agujeros muy hondos y oscuros. Nosotros mismos tuvimos que rodear uno de ellos. Con esto no cabe duda de todo lo demás. Aquellos pozos tienen que corresponder al referido subterráneo. Y con la prueba del subterráneo la confirmación de los más horribles crímenes.

Por si esto fuera poco, nos cuentan que no hace mucho empezó a extrañar a todos la existencia de un cuarto cerrado por los cuatro lados, sin puerta por ninguno. Nadie se había fijado en él o lo habían considerado como una ruina más entre las ruinas de la hacienda. Pero que luego se pusieron a abrirle un agujero para penetrar en él y cuál va siendo su sorpresa al encontrar ahí un montón de esqueletos . . . La verdad, la verdad es que ninguno de estos señores llegó a ver el cuarto misterioso ni los esqueletos, pero dicen que otras gentes han llegado a sostener que todo es muy cierto y que ahí está otra prueba de los asesinatos que cometían "el rico y el cura". No puede haber argumento más contundente.

Al irnos refiriendo la historia de esta hacienda nos cuentan estos buenos señores que un día llegó Casimiro Castillo a arreglar cuentas con aquellos desalmados. Aquí la voz se les transforma en entonaciones de vehemencia y ardores vindicativos.

Claro es que Casimiro Castillo no iba a llegar sin más ni más. Tomó sus precauciones para dar el golpe y apoderarse de la hacienda, dando lugar al reparto de bienes y terrenos que pertenecieron a don Carlos Valencia.

La personalidad de Casimiro, lo sabemos nosotros, fue de lo más pintoresco: de vendedor de lechugas y verdolagas en el mercado de Autlán, se convirtió en líder de campesinos. Mal sabía leer y así deletreaba pasajes de la Biblia y

luego encendía a las multitudes con su verborrea de merolico sagaz.

Llegó a suplantar funciones sacerdotales y a administrar sacrílegamente algunos sacramentos; todo esto, cuando por este medio pudo atraer mejor a aquellos campesinos ingenuos y bien intencionados. En sus desplantes ordinarios dejó traslucir un odio furibundo a la Iglesia Católica.

Empezó Casimiro a relacionarse con los campesinos de la región. Y empezó a mover a los trabajadores de la hacienda a una acción vengadora, citándoles a periódicas sesiones en lo profundo de una barranca no distante de Ahuacapán. Estas reuniones se celebraba a altas horas de la noche. Casi, casi como una tenida de tecolotes.

Así se organizó la lucha que luego encabezó Paulino Navarro y en la cual fueron desposeídos de sus bienes los hacendados de esta región, después de una lucha que dejó decenas de muertos por las faldas del cerro.

Don Carlos Valencia huyó dejando todo aquello en manos de la chusma. Un hijo suyo, del mismo nombre, se quedó para hacer frente a los agraristas y ver qué podía escapar de aquella chusma.

Pero lo tomaron los revolucionarios intempestivamente y el joven Carlos fue brutalmente martirizado en las cercanías de Autlán y luego asesinado.

Así terminó la época de florecimiento de Ahuacapán. Estos señores que nos han invitado tan amablemente a su casa, portal de teja y muros de desnudo adobe, dentro del perímetro de la hacienda y a vista de las imponentes edificaciones de piedra, reconocen que no hubo tiempos mejo-

res para la agricultura de la región que aquéllos que corresponden a los tiempos de la hacienda.

Aceptan como un hecho constatable que nadie padecía hambre, que no se veía un pordiosero. Cómo iba a haber nada de esto si las cosechas eran tan copiosas que años había en que era necesario tirar al arroyo próximo las fanegas de trigo, de frijol, de maíz, para dejar sitio a las nuevas cosechas, porque en un año no alcanzaba a consumir el vecindario lo que producían las tierras.

Reconocen estos señores que a pesar de todo, ahora el campesino vive tiempos más difíciles. Desde luego tienen contra sí las plagas. Necesitan curar la tierra, dicen ellos: necesitan *medecina* para el gusano, los chapulines, el barrenador y otras mil plagas que los atosigan.

Pero estos son los tiempos que les tocó vivir, sin la opresión de un poderoso que controla, vigila y regula los aspectos de la vida de aquella región.

Debían destruir el pasado como una pesadilla. Había que derrumbar aquellos muros. Había que desmontar las instalaciones y meter marro y barra a la maquinaria del ingenio.

Uno de estos señores nos cuenta que él ayudó a destruir la caldera, a echar golpes sobre el alambique, a barrer por tierra todo el *fierraje* del ingenio y ver que se desplomaban los techos y se acababa aquello que no podía ser tolerado por el nuevo modo de ver las cosas. Lo anterior había sido abuso, explotación, barbarie; estos hombres entraban a una nueva etapa de justicia, de progreso y civilización . . .

Y así van removiendo sus recuerdos, como se remueve el escombro, y van dejando salir los sentimientos de un odio que no ha podido apagar la distancia que media desde que acontecieron aquellos hechos.

Esos muros ennegrecidos por la lluvia, por los eternos aguaceros que como el de esta tarde va dejando lamparones siniestros sobre los enjalbes viejos, sobre las piedras que sostuvieron aquellas construcciones, guardan todavía como el aletear siniestro de un rencor que vive ahí, se agazapa y luego resurge y vibra cuando un extraño como en el presente caso, se pone a pedir datos sobre la historia de la hacienda.

Dice el señor que encabeza la plática que ahora el gobierno ha cambiado; que en años anteriores no contaban realmente con el apoyo de las autoridades y que el comisario se veía en problemas muy serios. Pero que ya son distintas las cosas, que el gobierno actual está de su parte, que esperan alcanzar la fuerza que tuvieron en los tiempos de Casimiro Castillo para arremeter de nueva cuenta contra "el rico".

Hemos dado por terminada la conversación agradeciendo las atenciones que nos han dispensado estos señores.

Afuera empieza a tenderse la noche y hemos de apresurar el regreso si no queremos que el fango y lo tortuoso de la brecha vaya a jugarnos un mal rato.

Una lluvia infinitesimal sigue cayendo y oscureciendo más las distancias. Es como un polvo de agua que suena quedamente entre las milpas de espiga. Una fragancia de flor de espiga y de maravillas, esas perfumadas florecitas

que se abren al atardecer, embalsaman el aire.

A vuelta de rueda empezamos a tantear el camino que se pierde entre temblores de luciérnagas y el relampagueo lejano que anuncia tormenta para esta noche.

Ya caminábamos cuando nos alcanza a todo correr uno de los señores: encontró por ahí una jícara de barro de las que han hallado ahora que trabajan en el camino a Ahuacapán y quiso alcanzarnos para traérnosla en amistoso obsequio. Si volvemos otro día nos tendrán muchas de esas figuras de barro que van apareciendo en la zanja.

Mientras terminamos estas cuartillas contemplamos sobre nuestra mesa esta jicarilla, dibujada de grecas y signos misteriosos. Ella nos está recordando la lúgubre impresión de aquellas ruinas, el aletear fatídico de los murciélagos entre aquellos muros ennegrecidos por la lluvia. Todo eso y el odio que se anida ahí, el odio que alcanza en el recuerdo y la voz de aquellos hombres, vehemencias muy dolorosas. Si la Revolución dejó estos sedimentos de odio en el campesino, no podrá dar nunca frutos positivos.

INDICE

Prólogo 7
La Estanzuela 13
Usmajac 21
El Carmen 31
Veta Grande 41
Santa Ana 51
El Castillo 59
Chinampas 67
Trancoso 77
La Esperanza 87
Buenavista 97
Ciénega de Mata 103
Estancia Grande 115
La Escoba 127
Estipac 135
Moya 145
Santa Cruz del Cortijo 153
El Rincón 163
La Troje 173
San Clemente 183
Ahuacapan 193

LIC. ALBERTO OROZCO ROMERO
Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco.

LIC. ALBERTO ROSAS BENITEZ
Secretario General de Gobierno.

LIC. JUAN FRANCISCO GONZALEZ R.
Jefe del Departamento de Bellas Artes.

ERNESTO FLORES
Ediciones.

Se terminó de imprimir el 19 de marzo de 1974. La edición consta de dos mil ejemplares en papel rotopipsa y mil en chebuco. Impreso y diseñado en los Talleres Gráficos del Departamento de Bellas Artes del Estado de Jalisco. Portada de Luis Sandoval.